



EMMA ♥ CRESPO

*¿Te gusta la
magia?*

¿TE GUSTA LA MAGIA?

EMMA CRESPO

Todos los derechos reservados.

©2017 Emma Crespo

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, así como su distribución sin que medie consentimiento expreso del titular de los derechos.

www.facebook.es/emmacrespo

@emmacrespo.nstgrm

Para todas las mujeres que asumen los riesgos de decidir, de dar marcha atrás o de insistir en su avance. Porque la vida sin riesgo se vive de manera menos intensa.

P. D. : Cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia, sino magia.

Prefacio

(Polka de John Ryan)

¿Hay algo menos glamuroso que conocer a alguien en las fiestas patronales de tu pueblo?

Así, a bote pronto, se me ocurre la cola del supermercado, la del paro, el gimnasio, la sala de espera del centro de salud o, en la cúspide del anti *glamour*, la pescadería. Todos ellos lugares y situaciones en las que una nunca pensaría que una de esas historias de amor que te hacen vibrar de la emoción pudiera llegar a surgir, de ninguna manera.

El caso es que a veces los astros (que son muy cabrones) se alinean para que hasta lo más inverosímil y poco probable se materialice ante nosotras y nos deje mudas por la perplejidad. Y si no son los astros es la casualidad, o la causalidad, dependiendo del credo de cada una. Y si no, por buscar alguna otra alternativa de índole un poco menos esotérica, es que las cosas pasan porque el mundo está tan lleno de seres humanos y sus relaciones son tan imprevisibles que todas las situaciones que podemos imaginar son susceptibles de ocurrir, por muy pocas posibilidades que parezcan tener *a priori*.

Así que, ahí estás tú, sosteniendo tu vaso de plástico medio vacío en una juerga nocturna en la plaza del pueblo, cuando empieza a sonar una de esas

melodías que llaman al baile colectivo y que, aunque quieras ignorar, no es fácil dejar de lado porque la turbia marabunta se te acerca, te arrastra y acaba por engullirte sin remedio.

El vaso cae de tus manos salpicando la pernera de tu pantalón. Mierda. Te agachas para hacer un control de daños. Tenías que haber elegido un tono mucho más oscuro de vaquero, pero ya no tiene solución: el vino con refresco de cola no sale con nada, por mucho que las esmeradas amas de casa digan lo contrario y te hagan una lista de trucos caseros para eliminar las manchas difíciles. Te has quedado sin el pantalón que mejor culo te hace, aunque todavía puedes cortarlo por encima de la rodilla y usarlo como bermudas cuando llegue el buen tiempo, ¿no?

Tratando de consolarte por la irremediable pérdida, te levantas de tu posición encorvada demasiado deprisa y la vista se te desenfoca un momento por culpa de la moderada ingesta de alcohol. Tu inesperada pareja de baile ha seguido adelante con el rítmico movimiento del corro y otra persona ha aparecido junto a ti. Te tiende la mano (porque esto que está sonando se baila de la mano) y, al dársela, sientes una corriente eléctrica que recorre tu médula y se refleja en varios puntos de tu anatomía femenina que ahora no viene al caso detallar. Lo que viene siendo un chispazo, vamos.

Seguís bailando. El cambio de pareja os lo pasáis por el arco del triunfo. No estáis dispuestos a soltaros aunque el Vesubio eructe, aunque el cielo se os desmorone encima, aunque toda la furia de Zeus se desate sobre vuestras cabezas... Lo único que hacéis es continuar con el baile sin dejar de miraros porque ambos teméis que, si el contacto visual se rompe, el momento mágico se evapore como una meada de perro en las aceras de Écija.

Cuando la música termina y no parece que tenga sentido seguir agarrados, ambos sonreís, azorados, y él se pasa la mano por la nuca y se da media vuelta, caminando unos pasos de vuelta al círculo de amigos que le espera, fuera del meollo de la danza social.

Al día siguiente, cuando te levantes de la cama a eso de las cinco de la tarde y medio muerta, con una de esas resacas que hacen que pierdas las ganas de vivir, solo podrás recordar con claridad el color oscuro de esa mirada que parecía incendiar tu alma y tu cuerpo con su fuego ancestral. Esto no se lo dirás a nadie porque, si lo hicieras, nueve de cada diez personas (incluidas tus amigas de siempre) te dirían que te has *quedao* gilipollas de tanto vino malo o que la estás flipando por efecto de otras sustancias que, por su condición de políticamente incorrectas, no vamos a referir (aunque resulte hipócrita a más no poder que solo el alcohol sea legal, con la de gente que se lleva por delante).

Resumiendo: el domingo por la tarde no te acuerdas de la cara del interfecto, pero no puedes quitarte de encima la potente sensación que notaste mientras os tocabais. Y esto, ¿tiene arreglo? Pues claro, todo tiene arreglo menos lo que no lo tiene. Solo has de hacer un profundo ejercicio de memoria, un trabajo de investigación entre los posibles testigos de lo sucedido y un rastreo de la zona (extendiendo el perímetro cuanto sea necesario) hasta que localices al sujeto y puedas comprobar si, fuera del ambiente festivo y coyuntural, queda algo de esa atracción animal que no te va a dejar tranquila

hasta que la concretes en un contacto físico con alto componente de intimidad.

Una vez más y desafiando las leyes de la naturaleza, das con él y compruebas en tus carnes lo que es exactamente el efecto imán. Entonces comienza un baile distinto en el que él está quieto en el centro de la pista y tú improvisas a su alrededor una coreografía cuyo único objetivo es que se dé cuenta de que existes y (lo que es más importante) que no puede resistirse a tus encantos. Pero este es un baile lento y muy largo que, además, requiere toda tu concentración porque los pasos son complicados: si te equivocas, podrías lastimarte.

Sin embargo, ¿quién dijo «miedo»? Te lanzas a la aventura y que sea lo que tenga que ser, o lo que dios quiera, o las estrellas... Después de todo, la vida es para vivirla y no puedes hacerlo si el temor frena tus pasos, ¿verdad?

CAPÍTULO 1

(No sé qué me das, Alaska)

Llevo semanas esperando un encuentro fortuito con él. Le había echado el ojo y esperaba mi oportunidad como una fiera de la sabana, agazapada tras la maleza, acechando, echándole una buena dosis de paciencia.

Sé que sabe quién soy, porque me he hecho la encontradiza en un par de ocasiones y hasta nos han llegado a presentar, pero no tengo las más remota idea de lo que piensa sobre mí: si le agrada mi aspecto, si cree que soy simpática, si preverá lo que yo he llegado a imaginar las muchas veces que he pensado en él... Si supiera esto último, podrían pasar dos cosas: que saliera corriendo en dirección contraria o que todo se volviera muy fácil para mí. Todo depende del tipo de tío que sea, es decir, de los que se asustan o de los que se alegran de toparse con un polvo fácil. Indira siempre dice que todos los tíos son del segundo tipo, pero yo no estoy de acuerdo. De hecho, puedo dar fe de que los que se asustan existen. No sería la primera vez que me ha pasado.

Por eso esta vez no quiero cagarla. No me importa tomar la iniciativa, pero no pienso arriesgarme a boicotear mis propias posibilidades siendo demasiado agresiva. Creo que se impone la necesidad de hacer un tanteo previo, un acercamiento, una valoración de las circunstancias antes de diseñar la estrategia y ponerla en práctica. Tratando de mantener la cabeza fresquita,

tomo la decisión de no hacer absolutamente nada hasta no haber mantenido con él una conversación de, por lo menos, diez minutos ininterrumpidos. Qué menos, ¿no?

Así que, en lugar de pasar el fin de semana dando vueltas por la ciudad y rastreando su presencia y marcando sus movimientos (ya he decidido que eso no conduce a nada fructuoso y sí, posiblemente, a una denuncia por acoso), las chicas y yo organizamos una salida nocturna. Equipación festiva, cena ligera y desfile de copas en una zona por la que no nos movemos habitualmente. Lo que viene siendo una pequeña desintoxicación de mi obsesión. Ellas lo ignoran, pero mi mente lleva girando alrededor de este tío por lo menos un par de meses. Indira lo sabe, pero nunca lo comentamos delante del resto. Cuando no hay nada sólido sobre lo que cotillear, no merece la pena gastar el tiempo en explicar lo que solo existe en tu calenturienta imaginación.

Así que dedico un rato a ponerme a punto (por mucho que sea noche de chicas, una tiene su reputación) y a las nueve en punto, como un clavo, Indira llama al timbre. Ni siquiera pregunto quién es, lo sé de sobra. Ni contesto. Solo salgo de casa y cierro la puerta de un portazo, bajo las escaleras de dos en dos y, en menos de un minuto, estoy saliendo a la calle y abrazando a mi persona favorita en el mundo.

—*¡Amore!* —grito junto a su oído. Hay que ver la de gilipollecas que nos inventamos para expresar el cariño que sentimos por otro ser humano. Como si en italiano la fuera a querer más...

—*¡Reina!* —dice ella, en otro alarde de ingenio verbal.

Podríamos tener una conversación solo a base de vocativos amorosos (princesa, cari, pequeña, mi niña, mi reina), pero tácitamente decidimos no provocar el vómito de cualquiera que nos oiga y echamos a andar hacia la estación de metro, a unos diez minutos cuesta arriba. Caminamos sin prisa, tratando de no sudar la ropa recién puesta para mantenernos frescas. Nunca se sabe cómo puede terminar una noche de chicas y ninguna lleva en el bolso un desodorante mini, así que nos lo tomamos con calma.

—¿Qué tal la semana? —me pregunta, aunque hemos hablado por teléfono todos los días y el martes nos vimos en persona.

—Quitando el café que nos tomamos juntas, una mierda. Mi jefe está que trina porque me debe tres días y le he dicho que los quiero en agosto. No quiere dármelos, pero sabe que no le queda más remedio: no estoy contenta con el trabajo pero soy la única que puede llevar sin ayuda la tienda del casco viejo. Si me piro, le hago la puñeta.

—Pero, ¿te vas a pirar?

—¡No! ¿Estás loca?

—¿Entonces?

Me mira frunciendo el ceño. No comprende adónde quiero llegar. El

trabajo es monótono y aburrido, y el sueldo no es nada del otro mundo. Pero el horario no es malo y me deja mucho tiempo libre.

—No voy a dejarlo, pero él no lo sabe...

—Ah, vale. Lo estás extorsionando, entonces.

Asiento con seriedad y nos reímos de mi pobre jefe, al que tengo pillado por las pelotas. Siento ser así con él. Si no contratara siempre a verdaderas inútiles sonrientes y cabezas huecas, su negocio no dependería de mi nivel de satisfacción con mi puesto de trabajo. Claro que, por otra parte, el día que le dé por contratar a alguien competente se acabó el chollo. En fin, es ley de vida.

El viaje en metro pasa sin pena gloria. Las estaciones se suceden mientras nuestro parloteo no cesa y, para cuando queremos darnos cuenta, hemos llegado a nuestro destino. Dos tramos de escalera mecánica más tarde, nos reunimos con Tecla y Genoveva, el resto de esta cuadrilla de locas que pretende quemar el bar antes de que las copas quemem su resistencia y todo se vuelva emoción desmedida y exaltación de los sentimientos. Y sí, esos son sus nombres de verdad. Mis amigas se llaman Indira, Tecla y Genoveva, con un par, aunque muchas veces se conviertan en Indi, Teclita, Teclis, Geno, Veva o Bebe, como la cantautora valenciana.

La velada empieza suave: unas cervezas mientras esperamos la cena. ¿Quién va a un italiano y se pide una mísera ensalada de rulo de cabra? Pues cuatro locas que pretenden mantener la esperanza hasta el último momento. A decir verdad, solo tres. Geno se deja de gilipolleces y nos atormenta con un *risotto* de jamón ibérico que nos quita a todas la alegría de vivir y el gustazo que da haber conseguido cerrar un vaquero de la treinta y seis. Pero es que ella es así. Sobrepassa el metro setenta y para ella la talla treinta y seis no es más que una sarta de palabras sin sentido que hacen que se mee de risa cada vez que las oye.

Para terminar de matarnos, se pide un postre de triple chocolate con el que logra postrarnos a sus pies como si fuéramos tres esclavas suplicantes que a duras penas logran evitar la tentación de amotinarse y robarle el plato ante sus narices. ¡Ni se nos ocurre! El discurso sobre pedir ensalada para luego comerse lo que han pedido las demás se prolongaría hasta el fin de los tiempos, y con toda la razón. Por suerte, nos queda el consuelo de esperar un postre mucho más succulento al final de la noche. Aunque, con el plato delante, lo de mucho más succulento se me viene un poco abajo, la verdad.

Terminamos las ensaladas con las mandíbulas agotadas por el esfuerzo de hacernos pasar por herbívoras y la lengua pastosa por el dulzor del

Lambrusco. Mientras ponemos carita de rancias y sorbemos nuestros cafés solos, el camarero se acerca a preguntarnos si deseamos algo más. ¿Es muy típico decirle que las cuatro lo deseamos a él, desnudo y untado en algo que cueste mucho quitar a lametones? Lo es. Y sexista. Uno de esos comentarios que te reprendes hasta por haber pensado. Solo puedo defenderme explicando que una cosa es contarle y otra muy distinta presenciárselo. ¿Qué le pasa a este tío? ¿De dónde lo han sacado? Lo juro, si para que ahora mismo me arrastre al baño hace falta que salga a bailar bajo una tormenta envuelta en papel albal, me compro un doble rollo.

Espero unos segunditos pero no, no me arrastra a ninguna parte. De lo malo malo, me he perdido el polvo del año pero puede que me haya salvado de morir achicharrada por un rayo. Hay que ver el lado bueno en toda circunstancia. Las chicas cruzan miradas cómplices y no pueden evitar sonreír. Ellas creen que lo hacen con malicia, pero lo que yo veo es a mis tres amigas babeando por el chico que, ni corto ni perezoso, les regala un primer plano de su dentadura perfecta y despliega lo que me parece una pequeña parte de sus muchos encantos, provocando con ello un subidón de la hormona cachondina, que no sé de dónde sale ni qué hace exactamente, pero a veces se adueña de nosotras convirtiéndonos en monstruos aterradores.

Cuando comienza su retirada, Indira lleva a cabo una jugada maestra: se levanta y contonea levemente sus caderas mientras camina a su lado con el cartel de «disponible» bien visible en la frente. ¡Hija de puta! (Con perdón). Si Indira entra en la competición, las demás no podemos más que retirarnos, descalificadas por nuestra repentina transparencia. Nos dan la espalda y los vemos coquetear de forma abierta y evidente. Nuestra amiga vuelve la vista atrás y, mientras nos guiña el ojo, nosotras la ponemos a caldo con un sinfín de improperios y gestos mudos, producto de la insana envidia que corroe nuestras ardientes entrañas.

Cinco minutos después, vuelve a su sitio con los ojos encendidos por el éxito.

—A la una desaparezco, como Cenicienta pero en mejor...

—Será Puticenta... —contesto, con el ego dolido por su arrasadora victoria.

—Lo que tú digas —sonríe—, lo importante es el final feliz.

Todas nos reímos de su comentario, aunque sea un poco simple. Le paso el brazo por encima del hombro y la achucho un poco, susurrando unas palabras en su oído.

—¡Qué suerte, *japuta!*

—¿Verdad que sí? —responde, y me planta un besazo que yo correspondo apretando el abrazo.

Poco después pagamos la cena y salimos del restaurante. Indira aún tiene que soportar alguna broma por parte de las chicas, pero esta noche no creo que nada pueda enturbiar su dicha.

Cruzamos la calle y caminamos unos metros. Entramos en el primer local que encontramos y nos acercamos a la barra, a pedir la primera copa. Tres gin-tonic y un cubata de cuarenta y tres. Efectivamente, soy así de cochina, solo bebo ese tipo de guarrerías azucaradas que me producen las peores

resacas de la historia de la humanidad: Malibú con piña (diurético), licor de melocotón con lima (pinchazos en el estómago), wishky Peché (acidez), Baileys con chocolate (lengua blanquecina), kalimotxo con licor de mora (el mejor remedio anti estreñimiento)...

En ello estamos cuando detecto una ondulación en la fuerza. Se me eriza el vello púbico y, sí, la puerta del local se abre para recibir... al objeto de mi deseo, ni más ni menos. Entra acompañado por dos amigos, hace un barrido visual y me localiza, aunque solo me saluda con los ojos. Se colocan al otro lado de la barra y piden sus copas, enzarzándose en una conversación que la música alta no me deja escuchar.

Mierda. Esto no era lo que tenía que pasar. Así no puedo desintoxicarme de mis propios pensamientos ni planear ni... Qué bajón. Indira se queda con todo lo que ha pasado y se acerca disimulando, como si fuera a contarme algo súper gracioso.

—También es casualidad, ¿no?

—La madre que me parió —refunfuño, tapándome con el vaso para que las otras dos no se den cuenta de mi agonía.

—¿Qué vas a hacer? —insiste.

—¿Yo? —Me ha pillado por sorpresa—. Pues nada, ¿no?

—Hombre, no sé, digo porque la ocasión la pintan calva, ¿no?

—Mira —explico, con poca convicción—, tenía otra idea en la cabeza, ¿vale? No sabe nada de mí y...

—... ¿qué mejor ocasión que esta?

—No sé, Indi.

No lo veo. Indira deja de presionar y se aparta un poco, todavía con la sonrisa de disimulo bien puesta en la cara.

—Tú verás —murmura mientras vuelve a coger su gin-tonic de la barra.

Pero es que yo no veo nada. Sigo dando tragos mecánicos a mi copa y mirándolo de vez en cuando con mal disimulada intensidad. Mi sentido común se esfuma tan rápido como la bebida que voy tragando y, cuando solo quedan hielos en mi vaso, me decido a acercarme a él, a ver qué pasa.

—Te veo el lunes —me dice Indi, guiñando un ojo y canturreando las últimas sílabas.

Apoyo el vaso vacío en la barra y me dispongo a llevar a cabo la estrategia del cuarto de baño. Tengo que pasar junto a ellos si quiero llegar hasta allí y es la única excusa plausible para acercarme. De cerca están algo más borrachos de lo que me había parecido. Puedo notarlo en el tono ronco de sus voces. Ríen y levantan la voz, se están divirtiendo. A un metro de ellos me quedo parada y me enfundo una sonrisa de «qué gusto verte por aquí». Pero él no me ha visto, está de espaldas y tendré que hacerlo mejor si quiero captar su atención.

De perdidos al río. Mi brazo se mueve solo, apoyo la mano en su hombro y

trato de seguir sonriendo cautivadoramente. No puedo creer lo que estoy haciendo. No puedo creer lo que él está a punto de hacer.

CAPÍTULO 2

(Do you believe in magic, The lovin' Spoonful)

Gira la cabeza, sorprendido. No esperaba que yo fuera a acercarme. Su sorpresa da un giro radical y se convierte en un gesto de satisfacción. El resto de su cuerpo gira también, lo justo para que quedemos frente a frente. Y entonces tiende los brazos, me abraza con fuerza y me levanta un palmo del suelo mientras clava sus labios en esa zona tan especial de mi cuello.

Ni corta ni perezosa (que no lo he sido nunca), me agarro a su cuello sin pensar en lo fuera de lugar que está ese gesto por parte de un tío que apenas me ha visto cuatro veces en la vida. Yo le he visto muchas más a él, claro, pero las miradas furtivas desde rincones escondidos no cuentan en este caso.

—Me encanta que estés aquí —susurra, y siento cómo la calidez de su aliento eriza cada poro de mi piel—. Me has alegrado la noche.

Sin cuestionarme el hecho de que no me había parecido que se estuviera aburriendo en absoluto, siento cómo la adrenalina me sube hasta las cejas. O puede que sea otra cosa, porque literalmente me estoy derritiendo hasta mojar la ropa.

Me devuelve al suelo (es un milagro que las piernas no me fallen ni me dejen en ridículo en este preciso instante) y me presenta como una vieja amiga. Vale, no tenemos por qué dar explicaciones a nadie. Ni siquiera sé quiénes son

estos dos que lo acompañan así qué, ¿por qué decirles que nuestra relación es mucho más joven de lo que parece a simple vista?

Sin dejar de tocarme, Erik pide una ronda de cervezas para los cuatro. A estas alturas ya he olvidado que estoy de cena con mis amigas. Hasta he olvidado que están en la otra punta de la barra, alucinando con el espectáculo en directo.

Damos un par de sorbos a la cerveza mientras escuchamos cómo sus amigos retoman la conversación que habían interrumpido para saludarme. Apenas dos minutos después, Erik me mira y me hace una proposición que no puedo rechazar.

—¿Quieres salir un rato fuera?

—Sí.

Sí. Ahora mismo es lo que más quiero en todo el mundo mundial, pero tampoco es plan de decírselo así, porque todavía sigo sin saber si es de los que huyen o de los que aprovechan. Todo parece indicar que no se va a marchar a ninguna parte, pero me he equivocado tantas veces...

Con las cervezas en la mano, salimos del local pasando por delante de Indira, que está a punto de estallar de emoción, y de mis otras dos amigas, que no comprenden la profundidad de lo que está pasando pero se alegran igualmente. Creo que Genoveva ni se entera. La pobre está ya medio pedo; no tiene mucha tolerancia a las bebidas espirituosas.

Erik empuja la pesada puerta de cristal y espera a que yo salga delante. Camino unos cuantos pasos. La noche es fresca y ha empezado a chispear, pero apenas me doy cuenta. Me doy la vuelta y me lo encuentro justo delante, mirándome a los ojos y (esta vez estoy segura) deseando meter el morro hasta donde yo le deje. Creo poder afirmar que no va a ser de los que huyen, así que me muevo apenas un pasito y le ofrezco lo que los dos ansiamos. Sigue mirándome, atrayéndome hacia sí como un barco al hundirse atrae a los naufragos hacia las profundidades. Siento que mi cuerpo responde a su llamada silenciosa, entro en calor y noto ese nudo en el estómago que precede al primer contacto físico con un hombre que te excita.

Cuando quiero darme cuenta, estamos tan absortos en nuestro primer beso que todo alrededor desaparece. Noto la calidez del interior de sus labios, el roce firme de su lengua y la potencia contenida de sus dientes, que atrapan mi boca una y otra vez como si quisieran comerme entera empezando por ahí. Se me escapa una especie de sonido. Vale, está bien. He gemido, ¿y qué? ¿Es que no puedo abandonarme a las respuestas de mi cuerpo sin tener que fustigarme con el látigo de la vergüenza? Cuando hago el amor gimo. Y también cuando como algo con mucho azúcar. Es lo que hay, conocerme es quererme.

El momento queda en suspenso cuando Erik se separa de mí y me quita la cerveza de la mano. Se agacha para abandonar los dos vasos en un rincón, junto a la puerta del local, y vuelve a acercarse. Mira a ambos lados de la calle, como buscando un camino por el que escaparnos del mundo. Me rodea con sus brazos, apoyando las palmas de las manos abiertas en mis omóplatos

e inclinándome hacia atrás como en un elegante paso de baile. Luego, me lanza una pregunta que solo admite una respuesta.

—¿Te gusta la magia?

Asiento con cara de boba. A estas alturas, le diría que sí aunque me estuviera preguntando si quiero que me arranque la piel a tiras. En fin, se entiende que estoy siendo de lo más hiperbólica, pero espero que esté claro adónde quiero ir a parar. Por si no lo está, pues nada, que me tiene en el bote, así de claro.

Como un auténtico prestidigitador, hace aparecer de la nada un hatajo de llaves y me las enseña como si eso bastara para hacerme entender. Sé que él no vive por aquí, pero la cabeza no me da para ponerme a imaginar cómo va a terminar todo esto, así que me dejo llevar. Toma mi mano y echamos a correr como dos adolescentes que juegan a escaparse del mundo. ¿Quién me lo iba a decir? Recorremos varias calles, cada vez más rápido porque la lluvia se está convirtiendo en nieve. Cuando esto a punto de pedir clemencia (o de echar los pulmones por la boca), Erik se detiene ante un portal y lo abre con una de las llaves.

—¡He acertado a la primera! —murmura, como si no se creyera que todo fuera a salir rodado.

Nos colamos dentro y vuelve a besarme, pero necesito un minuto para controlar mi propia respiración.

—¿No es tu casa? —le digo.

Iba a preguntarle si se había mudado, pero eso dejaría claro que sé dónde ha vivido hasta el día de hoy, así que cambio mis palabras a tiempo y espero su respuesta poniendo cara de niña buena.

—Es el piso de un amigo —me dice—. He estado ayudándole a traer sus cosas y todavía tengo este juego de llaves. ¿Quieres subir?

Por segunda vez, asiento con la cabeza y lo sigo hasta el ascensor. Los dos estamos dando pasos y aceptando los del otro. ¿Qué más se puede pedir? ¿Que me empotre contra el espejo del ascensor mientras aprieta su cuerpo contra el mío y sostiene mis piernas alrededor de su cintura? Vale. Eso también pasa. ¿Algo más? ¿Que empiece a moverse como si no hubiera varias capas de ropa entre nosotros, confirmando de una vez por todas que no piensa salir corriendo por muy agresiva que me muestre en este juego? Correcto. Eso es justo lo siguiente que sucede. Me doy por satisfecha con mi suerte y trato de acompañar mis movimientos a los suyos aunque, cuando lo consigo, la puerta del ascensor se abre y tenemos que parar si no queremos correr el riesgo de dar un escándalo en el vecindario.

Apenas puedo ver nada en el interior del piso, pero intuyo un verdadero caos de bultos y cajas de cartón por todas partes. Por algún motivo, Erik no enciende ninguna luz y yo tampoco lo hago. Me guía con cuidado hasta el dormitorio, presidido por una cama sin sábanas y, entonces sí, enciende una de las lámparas que descansan en ambas mesillas de noche. Abre una de las puertas del armario y saca del interior un edredón de plumas y una bajera blanca sin estrenar. La estira torpemente, tratando de cubrir el colchón, y deja

el nórdico a los pies de la cama.

Diría que me gusta tomármelo con calma cuando me voy a la cama con un tío. Que me gusta que nos sentemos un rato en el sofá, tomemos la última copa, charlemos y nos vayamos acercando el uno al otro despacito, sin urgencia, disfrutando de los primeros roces y quitándonos la ropa poco a poco hasta quedar desnudos y fundirnos en un abrazo que haga subir nuestra temperatura. Lo diría, pero esta noche mentiría como una bellaca. La ropa me sobra desde hace rato y lo último que me apetece es seguir bebiendo. En este instante ya nos lo hemos dicho todo y lo único que necesito es que Erik se pegue a mí y no me suelte hasta que se me agoten las ganas, lo que no parece que vaya a suceder nunca.

Empieza desnudarse y me acerco para probar el tacto de su piel. Es suave. Huele muy bien. No a perfume. Huele a él. No me resisto a lamer su clavícula, salada por la transpiración. Un escalofrío recorre su columna y suspira. Intenta besarme pero doy un paso atrás y me deshago de lo que llevo puesto mientras él me mira sin sonreír. Se quita el pantalón arrastrando la ropa interior y me tiende la mano para que me acerque.

Siento como si nos conociéramos bien, como si tuviéramos la suficiente confianza como para no escondernos nada. Nos tomamos de la mano y tira suavemente hasta que estoy entre sus brazos. Nos olemos una vez más, reconocemos nuestras esencias, dejamos que la zona más primitiva de nuestro cerebro tome el control y solo seguimos las señales de nuestros cuerpos, que nos marcan el camino hacia la satisfacción. No dejamos un solo rincón sin acariciar, un solo milímetro sin recorrer con la lengua, una sola zona sin devorar en una vorágine de jadeos y sugerencias susurradas. Hace rato que estoy lista y, cuando por fin se tumba entre mis piernas, todo resulta pasmosamente fácil. Se desliza en un solo movimiento y arranca un sonido involuntario de las profundidades de mi cuerpo. Rodeo su cintura con las piernas y comienza a moverse tan despacio que intuyo que no le resulta fácil prolongar el momento.

Lo aparto, suave pero firmemente, y hago que se tumbe sobre su espalda. Me coloco sobre él y me acerco a su boca. Esta noche ningún beso sobra, quiero dárselos todos, que no me quede ninguno para nadie más. Él cubre mis caderas con sus grandes manos y me guía hábilmente hasta que vuelvo a sentir que alcanza el límite de mi cuerpo. Ahora soy yo la que se mueve despacio, atrás y adelante, aprovechando mi posición para que el contacto entre nosotros sea total. Casi total. No sabemos lo suficiente el uno del otro como para no proteger nuestra desnudez con una finísima película de látex.

Sujeta mis pechos con dulzura y yo sujeto sus manos sobre ellos para que

no deje de hacerlo. En el momento en que comprendo que no necesito que me espere más, dejo de frotarme contra él para comenzar un movimiento más duro. Siento su reacción cuando suelta mis pechos y se agarra de nuevo a mis caderas, empujando con fuerza una y otra vez. Entre los dos creamos una sinfonía de sonidos que se entremezclan en la pequeña habitación, un escándalo que hace que me alegre de no estar en mi casa para poder seguir mirando a mis vecinos a la cara cuando me los cruce en el portal. Entre jadeos sonoros, entrechocar de pieles y algún azote cuya marca perdurará toda la noche en mis nalgas, llegamos al final y me siento desfallecer sobre su pecho. Si no fuera porque tiene que levantarse para ir al cuarto de baño, habría sido capaz de quedarme dormida para siempre en esa postura.

Tumbada de costado, con la respiración todavía acelerada, miro cómo sale del dormitorio. Vale, me acabo de follar al objeto de mi deseo, sin darle vueltas a las cosas ni nada. Como quitar una tirita, en un movimiento rápido y certero. ¿Esto debería bastar para acabar con mi obsesión? Ahora que tengo lo que quería, ¿me puedo relajar y volver a tener la mente despejada de su omnipresencia? Me da a mí que no. Recapacito sobre lo que ha pasado y me doy cuenta (no sin cierto vértigo) de que no ha sido como si folláramos, ha sido más bien como si...

¡Olvídalo! ¡Ni siquiera lo pienses! Si no ha salido huyendo al principio, esto será como tenderle una alfombra roja e indicarle el camino para que corra lo más lejos de mí que pueda. Por favor, qué topicazo, enamorada en el primer polvo.

Capítulo 3

(*Confío*, Evan Craft & Majo Solís)

Disimulando el rubor por la sarta de sandeces que me está pasando por la cabeza cuando vuelve del baño, espero a que se tumbe otra vez a mi lado sin decir nada, para no cagarla. Pasa un brazo por debajo de mi cabeza y acomoda el otro debajo de la suya sin mostrar ninguna prisa por que nos marchemos. Algo es algo.

Sigo sintiendo la comodidad de estar desnuda junto a él, aunque me incorporo para recuperar el edredón, que en algún momento ha caído al suelo sin que nos diéramos cuenta (una cosa es sentirse cómoda y otra buscar una baja laboral por enfermedad de la vía aérea). Imagino que ahora es cuando se queda dormido y yo me desvelo con sus ronquidos y paso el resto de la noche conjeturando y dándole vueltas a la cabeza y al final me levanto en silencio y me marcho por donde hemos venido. Pero no, eso no es lo que sucede. Erik no va a dormirse. En lugar de eso, comienza una conversación que nos mantendrá varias horas en vela.

—Cuéntame algo sobre ti —dice, y me imagino a mí misma como el *emoji* de los corazones en los ojos.

—¿Qué quieres saber? —respondo, con la vista fija en el techo.

—Lo que sea, todo, lo que tú quieras contarme...

Le hablo sobre mí sopesando cada sílaba. Desnudar el alma cuesta mucho más que quitarse la ropa. Además, deseo causarle una buena impresión y procuro hablar despacio y sin levantar la voz, porque normalmente tiendo a hacer justamente lo contrario. Le digo mi edad (me lleva cuatro años y eso me hace sentir que todavía soy joven), le cuento dónde vivo y dónde trabajo. Se interesa por ello.

—¿No es un buen trabajo? —pregunta. He debido de transmitir mi insatisfacción a través de las palabras.

—No es malo, pero es monótono. Me aburre.

—¿Por qué no lo dejas?

—No creas que no lo he pensado. Pero el horario es bueno, me deja mucha libertad para... vivir.

—¿Y el sueldo?

—Una mierda. Bueno, tampoco es eso. Es mediocre, pero me apaño.

—No sé —dice entonces—. No te pega nada soportar un trabajo solo porque te apañas con lo que te pagan. Tienes más pinta de ser una tía decidida, que sabe lo que quiere y va a buscarlo.

No puedo evitar un ataque pequeño de risa.

—¿Todo eso lo has deducido esta noche?

Él también se ríe. Es ridículo fingir que nos conocemos cuando en realidad somos dos perfectos extraños.

—No. No lo he deducido, es solo la sensación que me has dado. ¿Me equivoco?

—Creo que no del todo —concedo—. Me lo he planteado varias veces, pero creo que estaba priorizando otras cosas y he dejado un poco aparcado el tema laboral. Llámame inconsciente, si quieres, pero mientras lo pensaba he disfrutado haciendo todo lo que he podido.

—¿Como alegrarle la noche a un tío que no sabía cómo librarse de dos compañeros de trabajo? —pregunta.

—No me ha parecido que te estuvieras aburriendo...

—No me aburría, pero no estaba haciendo nada del otro mundo hasta que has aparecido tú.

—Sí, he notado tu ilusión —me cachondeo.

—¿Por qué lo dices? —me sigue la broma.

—Ese abrazo volador... Ha sido muy de película, ¿sabes?

—¿Eso crees? A mí me salido del alma. No lo sé, me lo pedía el cuerpo.

—Entonces —digo, satisfecha por su respuesta—, me vale. Puedes repetirlo cuando quieras.

Nos quedamos unos segundos en silencio, saboreando lo que acabamos de decirnos. Está claro que la atracción es mutua. Y casi está claro que hay algo

más que un rollo de una noche.

—¿Esas eran tus amigas? —vuelve a decir, acariciándome el pelo con las puntas de los dedos. No sé si le apetece hacerlo o es una táctica para que no se le duerma la mano, pero me da lo mismo. Es de lo más placentero.

—Sí, teníamos una cena de chicas.

—¿Y la has dejado por mí?

—Sí —afirmo con rotundidad—. Pero no te lo creas mucho, Indira ya había quedado con el bombón que nos ha servido la cena y las otras dos... Seguro que han encontrado un plan que merezca la pena.

—¿Bombón? —pregunta, suspicaz.

—Sí. Un pedazo de tío que no te puedes creer que trabaje en un italiano de barrio, con un rollo «sexo duro» que te cagas y...

Dejo de hablar y Erik carraspea. Puede (y solo puede) que me haya excedido un poco cantando las virtudes de otro hombre en nuestra primera charla poscoital. No ha sido a propósito, es la costumbre que me ha traicionado. Al menos he parado a tiempo y no se me ha escapado que, de no ser por que Indi me ha ganado por la mano, yo misma me habría levantado para acercarme a él e insinuarle mis intenciones.

—Bueno —trato de arreglarlo—, eso, un bomboncillo. Sin más.

—Pues... Qué suerte para Indira, ¿no? Y también para mí.

Como si hubiera adivinado exactamente lo que estaba pensando. Tampoco es que fuera muy difícil, claro. Creo que solo hacía falta escuchar mi tono de veneración para darse cuenta, pero eso es lo de menos. Lo que cuenta es que mi Erik (puaj, ¡qué asquito doy!) ha elegido la respuesta perfecta y yo me relamo de gusto apretándome un poquito más contra él.

—Ya ves, las cosas salen como tienen que salir.

Y ahí lo dejo. Me quedo a la expectativa y él ríe quedamente. ¡Me encanta este tío! Ya me gustaba antes, pero con cada palabra que sale de su boquita me gana un poco más.

—Así que, ¿estás libre? —pregunta, como el que no quiere la cosa.

—¿Esta semana? —respondo yo, que parezco gilipollas—. Estoy de mañana pero para las doce y media termino mi turno así que...

—Digo que si no hay nadie esperándote —matiza, divertido.

—¡Ah! —Por favor, muero de vergüenza—. No, no. Libre, libre.

—¿Te gustaría que nos veamos otra vez?

Vuelvo a poner ojos de corazón y espero un par de milésimas de segundo para no parecer ansiosa.

—Sí. Me gustaría mucho. ¿Tú también estás libre?

—Sí, claro. Soy todo tuyo.

—He encontrado al soltero de oro —bromeo, llena de una creciente

ilusión.

—Bueno —dice, cortándome todo el rollo—, estoy separado.

¿Separado? ¿Eso qué quiere decir exactamente?

—¿Separado? ¿Eso qué quiere decir exactamente? —verbalizo.

—Pues eso, que me he separado de mi mujer.

¿Separado? ¿No divorciado?

—¿Hace mucho? —pregunto, porque no sé cómo aclarar esto con tacto.

—La verdad es que no. En realidad todavía estamos en proceso de separación.

Jo, mierda. La cosa se complica. No quiero parecer... No lo sé, pero esto me está dando un mal rollo que no veas. ¿Cómo que «en proceso»?

—No te agobies, por favor —trata de tranquilizarme, pero no puedo decir que tenga mucho éxito—. Mira, todavía vivimos juntos, pero entre nosotros hace mucho tiempo que no pasa nada, ya me entiendes. Hasta nuestros amigos lo saben, lo digo en serio. Solo es una cuestión de tiempo que yo encuentre otro sitio para vivir.

Joder. Para digerir esto voy a necesitar algo más que una sal de frutas. No me lo esperaba. Nunca lo he visto acompañado por una mujer y había supuesto que... que no había nadie con quien competir. Pero estar en medio de una separación es una complicación de las gordas. Necesito algo de tiempo para pensar en ello. Es como un jarro de agua fría. En realidad, es como una piscina entera de agua helada.

—No tenía ni idea —me excuso, casi más conmigo misma que con él.

—En serio, no tienes que preocuparte por eso —insiste—. Es una historia terminada, pero está siendo un poco complicado echar el cierre. Ella ahora no puede permitirse vivir sola y yo tampoco puedo pagar un alquiler y seguir ayudándola, ¿comprendes?

—¿Estás seguro? De que no hay nada que aclarar entre vosotros...

—Estoy totalmente seguro. No te asustes, ¿vale? No me gustaría estropear las cosas contigo por esto. Me gustas un montón.

Me pongo en modo «recapacitar». Dice que está seguro. Que le gusto (ha sonado tan adolescente...). Que no quiere estropear sus oportunidades conmigo. Y, lo más importante de todo, que la gente de su entorno está al tanto de que esa relación está terminada. ¿Me vale con todo esto? Pues no lo tengo del todo claro, pero hay algo en Erik que tira de mí como si no fuera a dejarme escapar nunca. Ahora, por ejemplo, solo con pensar en soltarme de su abrazo, vestirme y volver a casa, me entran unas ganas de taparme la cabeza con la manta y que no me encuentre nadie que no veas. Y, entonces, ¿qué hago? ¿Qué le digo?

Llevo semanas pensando en él, mirándolo a hurtadillas, babeando por sus huesos y frecuentando sitios en los que esperaba encontrarlo, así, como el que no quiere la cosa. Y ahora resulta que no está soltero. No exactamente. Pero él insiste en que está disponible. ¿De quién es aquí la responsabilidad? Si no confío en él, en lo que me dice, no merece la pena que intentemos tener ningún

tipo de relación. Y, si confío en que me dice la verdad, entonces tengo que liberarme de la culpa porque somos dos personas sin compromisos que quieren pasar algo más de tiempo juntas. Pongo mentalmente los brazos en la posición de una balanza y, claro, la mano de la confianza según la cual me lo puedo seguir tirando cuando quiera pesa mucho más que la otra. Así que, a ciegas, decido hacerle caso y no preocuparme por la presencia de esa ex un tanto cercana que espero no encontrarme nunca.

—Podemos volver a vernos —digo, haciendo un triple mortal desde el trampolín de la valentía.

—¿En serio? ¿Lo dices de verdad? —pregunta, sacando el brazo que mi cuerpo tenía aprisionado e incorporándose un poco para mirarme a la cara.

—Que sí, hombre. Si tú dices que no me preocupe, yo te creo.

—Genial —dice, pasándose la mano por la nuca—. Gracias por la confianza.

Vuelve a echarse y seguimos hablando mientras el reloj suma minutos que se convierten en horas. El amanecer nos sorprende así, tumbados, desnudos y conociendo algo más de nuestras respectivas vidas. No quiero alucinar, pero hay una conexión entre nosotros, nos entendemos. Al menos por esta noche, Erik y yo hablamos el mismo idioma y eso es algo que me ha pasado muy pocas veces en la vida.

Los dos sabemos que se acerca la hora de despedirse, pero ninguno es capaz de poner el punto final a esta larga y reveladora conversación. Yo no quiero dejar de tocarlo y creo que él siente lo mismo, porque ni siquiera hace un amago de levantarse y buscar nuestra ropa. Al final, tras varios minutos de silencio en el que respiramos al unísono, me besa otra vez y yo, encantada de la vida, me dejo llevar hacia donde él quiera. Al fin y al cabo, lo nuestro está en la cuerda floja y, por si acaso se rompe por el exceso de lastre, yo quiero hacer equilibrios el máximo tiempo posible, desafiando al vacío y caminando hacia delante tomada de su mano.

Por segunda vez en horas, comenzamos un juego de roces, caricias y contactos que nos conduce por un camino de abandono hasta de la propia identidad. Mal que me pese, estoy convencida de que, en esta ocasión, no estoy echando un polvo de una noche con cualquier tío. Me trago una lágrima de emoción por sentir algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Es demasiado pronto, ya lo sé, pero no puedo evitar que su cercanía me capture y me veo atrapada en sus ojos brillantes, su cabello oscuro y su piel candente. Me encanta la magia, la que surge entre nosotros cada vez que nos besamos, la que no es una ilusión, sino polvos mágicos que convierten la realidad en un universo de ensueño repleto de nuevos colores.

Salimos del piso cogidos de la mano y seguimos así hasta que llegamos a la estación del metro. Ahí nuestros caminos se separan y juro que nunca me había costado tanto despedirme de una persona. Añoro su cuerpo casi antes de que se haya marchado, su olor, su forma de mirarme y sonreír. Atesoro el último beso que me da como si de verdad fuera el último, como si en el fondo de mi corazón pensara que todo esto no ha podido ocurrir y casi como si esperara que no va a volver a repetirse. Hemos cruzado nuestros números de teléfono, pero ahora eso no me parece garantía de que, en cuanto suba al vagón, él no vaya a desaparecer de mi vida tan súbitamente como ha entrado en ella.

Al final, cada uno se dirige a su andén y Erik es el primero en marcharse. Se despide una vez más con un gesto de la mano a través del cristal. Luego el maldito metro se pone en marcha y su rostro se aleja hasta perderse en la oscuridad del túnel. Mi teléfono vibra un par de veces.

Stoy jddo. N m aptc ir a ksa
Qand puedo vert?

Temblando como una quinceañera (no sé si ahora las quinceañeras tiemblan, en mi época lo hacían cuando el chico de sus sueños mostraba interés), respondo.

Viernes?
Te parece bien?

Su respuesta tarda un poco en llegar.

Si no hay mas remedio...
Es broma ;-)-;-)-;-)
5 dias de tortura. Pero vale la pna

De camino a casa, releo la conversación hasta que soy capaz de seguir viéndola con los ojos cerrados. Está jodido, pero vale la pena. Yo valgo la pena, ¿no? ¿Eso es lo que me está diciendo? Porque yo también pienso que él la vale, con todas sus complicaciones, que no son pocas. Cuando pensaba en cómo sería el sexo con Erik, no imaginaba ni por asomo que pudiera asomarme a abismos mucho más profundos, que hubiera otros horizontes por los que el sol asomaría de improviso. Es como si hubiera estado deseando algo sin saber realmente qué era lo que deseaba.

Vaya. Me privo del sueño durante una noche y mi mente se libera de las ataduras de la razón y divaga por sus propios senderos. Esto antes no me pasaba y eso solo puede significar una cosa: me estoy haciendo vieja. Es decir, soy joven, claro, pero para algunas cosas ya no lo soy tanto. La ingesta masiva de alcohol me tumba, el pimiento rojo me repite, la siesta me da dolor de cabeza y, por lo visto, las noches en vela para mí son como la casa de Gran Hermano: hacen que todo se magnifique.

Llego a casa con un lío tremendo en la cabeza. Me paso un buen cuarto de hora en la ducha y, cuando salgo, me preparo un desayuno de los que marcan un antes y un después. La ensalada de rulo de cabra la eliminé en un par de meadas y, desde entonces, lo único que he comido ha sido... (Ni yo soy tan zafia como para decirlo en voz alta así, sin cortarme ni media). Digamos que no he comido nada en doce horas y mi cuerpo se merece reponer todo lo que ha gastado durante la noche. Con el estómago silenciado a base de café y bollería industrial, me tumbo a vegetar en el sofá y el sonido monótono de un programa de la tele me va llevando a niveles de conciencia más profundos.

Abro el ojo a las seis de la tarde y en el grupo de *wassap* de mis pequeñas me encuentro doscientos treinta y seis mensajes. La madre que me pario... No me los leo ni de coña. Indignada, me cago en todas y exijo un resumen en audio que no se hace esperar demasiado. Básicamente es un repaso de la noche anterior.

Después de marcharme, Indira se despidió y se dio a la fuga en busca de su camarero sexy. Tecla y Genoveva, ebrias de gin-tonic, se dieron un rute por la zona y acabaron en un bar de karaoke donde el amanecer las sorprendió emulando a voz en grito un repertorio que lo abarcaba todo: desde Nino Bravo hasta Fito, pasando los Beatles y echándole un par de ovarios con Mónica Naranjo. Por lo visto, Tecla fue abordada por un candidato a folleteo rápido que, al no satisfacer sus expectativas, fue rechazado de manera educada aunque indiscutible. Eso puede querer decir dos cosas: o bien Tecla iba tan pedo que ni siquiera se dio cuenta de lo que hacía, o el tipo en cuestión era un «truño» tan impresionante que no ligó ni con una borracha después de las cinco de la mañana en un local poco iluminado al ritmo de la música ratonera del karaoke.

Me abstengo de comentar mi teoría, no sea que de golpe me caiga encima otro aluvión de *wassap* que no quisiera tener que leerme. Envío unas caras llorando de la risa y me quedo pensando, porque hay algo que no me cuadra y no termino de saber qué es. Diez minutos y un cola-cajo más tarde, caigo en la cuenta. ¿Indira no hace comentarios ni se jacta de su conquista épica? Algo ha ido mal, no me cabe duda. De lo contrario, nos tendríamos que tragar un rollo sobre el maromo que duraría por lo menos dos semanas.

Vale, esto exige una llamada, pero ahora mismo no me apetece. Lo que quiero es volver a tirarme en el sofá y seguir soñando con Erik hasta que me duerma otra vez. Por eso, en vez de llamarla, le mando un privado a ver si quiere que el domingo desayunemos juntas.

Café terapéutico mañana a las 10?

Poco después recibo su contestación.

Mejor a las 9. Para las 10 me he muerto de hambre

Le escribo de nuevo y damos por zanjada nuestra breve conversación.

Vale. Te veo donde siempre. Muak

Indira ni siquiera se despide. Con el tiempo, hemos aprendido a optimizar el uso que hacemos de este servicio de mensajería instantánea. Antes nos tirábamos cinco minutos diciéndonos adiós una y otra vez: primero, por escrito; luego, con onomatopeyas de besos; por último, dejando un reguero de caras amarillas con el ojo guiñado y un corazón en los labios, amén de otros iconos que expresaban nuestro cariño por la otra persona y nuestra incapacidad para poner fin a un ridículo intercambio de muestras de afecto. Era nuestra particular versión del «cuelga tú», pero convertido en una especie de «a ver quien es capaz de usar más muñequitos diferentes para expresar una misma realidad que ha quedado más que clara cinco líneas más arriba».

El resto de la tarde lo paso tirada, preguntándome cómo estará Erik, si le resultará violento volver a casa con ella después de lo que pasó anoche. No me llega un solo mensaje suyo. Por más que me empeño en mirar el móvil cada pocos minutos, no hay nada. Ceno con la pantalla frente a mí y la desbloqueo de vez en cuando. Lo cojo, lo muevo (no sea que no esté pillando el *wifi*), lo subo y lo bajo... Nada. Al final, hastiada, me voy a la cama a leer un rato, a ver si la historia me aburre y se me cierran los ojos.

Capítulo 4

(*Everything I do*, Brian Adams)

Lo malo de leer en la cama es que a veces te enganchas a una historia que al principio no parecía tan interesante y, al final, te dan las tantas con los ojos como platos, absolutamente desvelada. Cuando el despertador suena a las ocho de la mañana, me dan ganas de abrir la ventana y tirarlo a la calle. Pero con saña, con todo el odio que me produce su molesto y repetitivo sonido. ¿A qué se me ocurrirá quedar un domingo a las nueve de la mañana? ¿Estamos locas, o qué?

Así, farfullándome a mí misma, me meto en la ducha y me doy un agua, a ver si me espabilo un poco. No nos engañemos, sigo de mala hostia desde anoche porque hoy tampoco me ha escrito Erik. Ya sé que son las ocho de la mañana y que lo más seguro es que esté dormido, pero me da igual. Cuando algo me molesta, me vuelvo un poquito irracional. Y algunos silencios me molestan, vaya que sí.

A las nueve menos cinco entro en el bar de Gael. Es un local de lo más polivalente. Lo mismo puedes desayunar a primera hora, que tomar unas cañas con un buen *pintxo* a mediodía o algo un poco más fuerte a medida que la tarde va cayendo. Indira y yo lo descubrimos hace unos meses y, desde entonces, es

nuestro lugar de referencia. ¿Que sacamos un ratito entre semana para vernos y quejarnos de todo lo que no nos satisface en nuestra vida? Adonde Gael. ¿Qué quedamos el viernes y nos apetece seguir hablando de lo mismo (últimamente esto pasa mucho) pero un poco más borrachas? Adonde Gael. ¿Que llega la hora de las copas duras y no nos apetece movernos del sitio? Pues seguimos donde Gael. Creo que hemos pasado tanto tiempo allí dentro que ya es como si fuéramos de la casa. Conocemos por el nombre a todas las camareras (solo son tres, pero repartidas en turnos parecen muchas más) y sabemos positivamente que se han enterado de muchas conversaciones privadas por nuestra pura dejación. A ver, no es como si habláramos de nada que hubiera que esconder celosamente pero, las unas por las otras, digamos que saben cosas de nuestra vida como para que las invitemos, yo qué sé, a casa por Navidad.

Y luego está Gael, el dueño. Es un tío majo, de edad indefinida (presumo que me saca algún añito, pero no muchos) y aspecto bastante neutro. Quiero decir que no se define por ningún estilo al vestir, ni lleva ese exceso de tatuajes que vuelve a estar de moda, ni se hace cosas raras en el pelo, como dejarlo crecer, afeitarlo o una mezcla cardada de ambas. Vamos, que Gael es normal, lo cual no es decir poco. El negocio le va bien y nosotras nos alegramos un montón por él. No solo egoístamente, para no perder nuestro centro de reuniones. Yo me alegro porque me parece un buen hostelero: es amable, atento y trata de atender siempre con una sonrisa, aunque a veces se le desmonte de cansancio. Lo tiene todo bien limpio y lo más sorprendente es que, una vez que le has dicho tu nombre, no se le olvida.

Al entrar al bar lo encuentro detrás de la barra con Patricia, la camarera delgada como un pincho moruno sin trozos de carne. Tienen puesto algo de música y, entre los dos, están colocando en su lugar un montón de vasos y copas secos y relucientes. Me acerco y los saludo con una sonrisa. Harían una pareja perfecta: ella tiene el nervio que a él parece faltarle, es como si le hiciera funcionar mejor, con un poco más de chispa. Hasta físicamente podrían encajar, no me cuesta nada imaginarlos paseando cogidos de la mano.

Le pido a Gael un café y me sirve el mismo que tomo siempre a estas horas: con leche, en vaso, corto de café y con azúcar moreno. La primera vez tuve que repetírselo hasta que se quedó con todo, pero ahora ya siempre se acuerda, no falla.

—¿Fiesta nocturna? —me pregunta, mientras vació el sobre de gránulos dorados sobre la leche manchada que voy a tomarme.

—¿Ayer? —le digo—. Qué va. Si lo dices por las ojeras, las arrastro desde el viernes y se agravaron anoche por quedarme a leer mucho rato.

—Bueno —continúa—, entonces es que la fiesta fue antes de anoche...

Le da la risa y pasa una bayeta por el mostrador. Está esperando que le pida el resto del desayuno. Sabe que un domingo a estas horas no voy a privarme de nada, pero como el dulce depende de la necesidad del momento, no está seguro de si querré cruasán, pastel de arroz o palmera de chocolate.

—Algo hubo —reconozco, sin poder evitar recordar un par de escenas subidas de tono. Por suerte, por muy buen camarero que sea, Gael no puede leer las mentes de quienes tiene enfrente—. Anda, tuéstame un cruasán, *porfa*. Así hago tiempo hasta que llegue Indi.

—¿Te lo llevo a una mesa? —pregunta.

—Vale. Gracias, Gael.

Cojo el plato con el vaso de café y me lo llevo hasta la mesa que hay frente a la ventana. Hoy no hay mucha gente y poder desayunar contemplando el

paisaje es un pequeño lujo. No es que el bar tenga unas vistas fuera de serie, es que yo me conformo con poca cosa. Pero siempre es mejor poder mirar a lo lejos que no tener más opción que tu acompañante o la pared.

Enseguida aparece Indira, envuelta en un *oversize* de paño gris, con un moño cutre (que si me lo hago yo parezco recién levantada) y unas enormes gafas de sol. Imponente, como siempre. Porque ella siempre ha sido la guapa del grupo, claro. Nos saca centímetros a todas menos a Geno, está delgada pero no parece muerta de hambre, se cepilla un poco el pelo y ya lo tiene lustroso, se pone un poco de rímel y te hipnotiza con sus pestañas... Vamos, que es una cabrona con suerte. Menos mal que la vida me hizo generosa, porque si no el hígado se me resecaba de la envidia.

Pero yo a mi Indi la adoro como es, aunque me haga parecer la amiga fea cuando salgo por ahí con ella. Porque es una tía cojonuda que nunca me ha fallado (y mira que la conozco de años), que siempre ha estado ahí, lo mismo para celebrar mi cumpleaños que para recogerme cuando me he caído, literal y figuradamente. Y alguna buena hostia ya me he dado, ebria y sobria.

Me saluda con la mano y va directa a la barra. Pide su desayuno y en un par de minutos viene hacia nuestra mesa cargada con un café con leche y una napolitana de chocolate. Parece un poco seria. Se sienta después de quitarse el abrigo y colgarlo en el respaldo de la silla. Pone su azúcar en el café y remueve, remueve, remueve...

—Suéltalo ya —le digo—. No puedo desayunar hasta que me digas qué te pasa.

—Vale, pero no alucines.

Ay, madre. ¿Con aviso de seguridad y todo? No sé lo que habrá ocurrido pero ya me estoy mosqueando.

—Indi... —empiezo a decir, pero entonces ella se pone las gafas de sol a modo de diadema y todo el universo conocido se me viene abajo de la impresión.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Indira tiene un ojo hinchado, cerrado y casi negro hasta la ceja y parte del tabique nasal. ¿Debo entender que esto se

lo ha hecho el camarero del italiano? Me he quedado sin palabras, pero creo que mi expresión facial muestra a las claras todo el horror que estoy sintiendo.

—Te he dicho que no alucines, no es lo que parece...

Pero, ¿cómo no va a ser lo que parece? ¿Qué va a ser, si no? Tiene toda la pinta de ser justamente lo que parece y me sorprende que, precisamente Indira, me venga con esas excusas.

La conozco desde hace años, unos catorce o quince, concretamente. Nos hicimos amigas en el instituto. Por aquel entonces, ella ya era una preciosidad de chiquilla pero no sé si no era consciente de sí misma o es que ya nadaba en la modestia. El caso es que no se lo tenía nada creído. La recuerdo como una compañera dulce, inteligente y llena de planes para el futuro. Una chica diez, supongo. Y, aunque yo nunca me he sentido mucho más que un siete, estoy orgullosa de reconocer que jamás he sentido un ápice de envidia de ella. Es imposible, si la conoces, lo sabes.

No nos hicimos amigas de verdad hasta el último curso, pero a partir de entonces siempre hemos sido inseparables. Hemos estado juntas cuando íbamos cuesta arriba, cuesta abajo, en los cambios de rasante y hasta en los peores baches que se puedan imaginar. Indira es mi familia, de esa familia que te encuentras en la calle, que vale aún más porque la eliges libremente. No puedo imaginar mi vida sin que ella esté presente. Por eso me duele tanto ver cómo lleva la cara, porque no sabría qué hacer si se ve envuelta por segunda vez en una relación tóxica y destructiva con un hombre que hace lo que quiere con ella.

No tendríamos más de veinte años cuando nos presentó al *hijoputa* aquel que estudiaba con ella. Me acuerdo como si hubiera sido ayer. Parecía una mosquita muerta y ella estaba tan colgada que, cuando aparecieron las primeras señales, no se dio ni cuenta. No la dejaba ni a sol ni a sombra y ella creía que eso era una muestra de amor irrefutable. Monopolizaba todas sus conversaciones, con chicas y chicos. Al final llegó a lograr que estas últimas nunca sucedieran. A duras penas la dejaba estar conmigo, y eso fue lo que me hizo ser suspicaz y llegar a odiarlo.

Indira fue cambiando, pero como apenas podía estar con ella, no me di cuenta hasta que la cosa ya estaba muy fea. Hablaba poco y siempre parecía estar de mal humor. Pensé que nuestra amistad se había resentido por algo que yo había hecho mal (es curioso el alcance de las garras de un jodido maltratador). Después, por una breve temporada, ella hizo un intento por cortar todo tipo de contacto conmigo. Si llega a ser otra, puede que no la hubiera vuelto a ver. Pero a Indi... A Indi la hubiera seguido hasta el borde de la tierra y habría saltado al vacío con ella. Me armé de valor y me eché a la calle a buscarla. En casa nunca la pillaba, así que recorrí cada rincón en el que se me ocurrió que podía estar escondida, huyendo de mí.

Me la encontré tomando un café con él, en un bar, también con gafas de sol

y un enorme fular alrededor del cuello. Joder, era julio y estábamos a treinta y dos grados. ¿Manga larga y un fular? ¡Venga ya! Si ella era de las de braga ancha y tirante estrecho... Cuando me vio acercarme se puso muy nerviosa. Y él más. Trató de hacer como que no pasaba nada, como que era una feliz coincidencia el que nos hubiéramos encontrado por casualidad.

—¿Casualidad? Y una mierda —le dije—. Llevo dos días buscando a Indi hasta en los contenedores de basura.

—Qué graciosa eres —me contestó, con una sonrisa de bobo que me daba ganas de arrancarle a cabezazos—. ¿Dónde va a estar? ¡Connmigo!

¡El muy cretino se hacía el gracioso! De verdad, de verdad que me hervía la sangre. Bueno, de verdad no, pero el corazón me iba tan rápido que parecía como si la sangre borboteara. Notaba un zumbido en las sienes y en los oídos, como si me fuera a dar un ictus, o algo. En mi vida había estado tan nerviosa como en ese momento. Decidí ignorarlo y centrarme en lo que en realidad era importante.

—¿Qué te pasa en la cara? —pregunté, casi segura de lo que escondían las gafas.

—¿A mí? Nada.

Ya, claro.

—¿Y en el cuello?

—Tampoco.

—Hace un calor que se caen hasta las moscas. ¿Por qué vas tapada hasta las orejas?

—No he notado...

—¡Venga ya, Indira! —levanté la voz, abalanzándome sobre ella y arrancándole las gafas de la cara.

Tenía una sombra verde, amarilla y rojiza alrededor del ojo. El hematoma se estaba absorbiendo, el golpe era ya viejo. Tan viejo como los días que se había pasado evitando encontrarse conmigo, supuse. Se había maquillado mucho la zona, pero la sombra podía verse perfectamente.

—Levántate, que nos vamos —exigí, mientras él se levantaba de su silla para tratar de impedir que sacara a mi amiga de allí.

—Bueno, bueno... —farfulló, pero yo seguía ignorándolo.

—Que te levantes, Indira —repetí, agarrando su muñeca y tirando de ella hacia mí.

Él quiso interponerse entre nosotras y la salida. Trató de amilanarme por la fuerza pero yo (no tengo ni idea de dónde salió el coraje) grité con todas mis fuerzas sin alterar el tono firme de mi voz.

—A ver, ¡por favor! ¡Policía, por favor! ¡Policía!

No hace falta decir que todo el mundo se volvió a mirarnos. Menuda estampa... Yo tirando de Indi, que me seguía como atontada, y aquel payaso dándose cuenta de que tenía todas las de perder. ¿Qué hizo? Hacerse a un lado, dejarnos pasar y sonreír como si fuera una puta broma. Menuda broma...

De allí nos fuimos directas a la comisaría, a poner una denuncia. Entré como una furia, me tuvieron que pedir que me tranquilizara.

—A ver, que venimos a denunciar al cabrón que le ha hecho esto a mi amiga...

Ahora, cuando lo pienso me da la risa. Y también un poquito de congoja. Es una emoción confusa, como si quisiera reír y llorar al mismo tiempo. Estaba como loca, más encendida que si me lo hubieran hecho a mí. Un agente nos interceptó y nos invitó a sentarnos en unos incómodos asientos de plástico, junto a la pared. Nos pidió un poco de sosiego y dos minutos después nos condujo a una sala donde tomaron declaración a Indira mientras yo esperaba tras la puerta cerrada. Allí soltó todo lo que no había dicho a nadie hasta ese momento. Estuvo cerca de una hora y yo la oía hablar, callar, levantar la voz y sollozar quedamente. Yo también lloraba, en silencio, sin molestar, sin querer hacerle sombra a su dolor. Solo para que su alma se sintiera alentada por la mía.

Recuerdo que también tuve que acompañarla al hospital, a por un parte de lesiones. Aunque no eran frescas, al desmaquillarse el macabro arco iris de su ojo emergió a la superficie y, al quitarse el fular, unas marcas oscuras con forma de dedos aparecieron alrededor de su cuello. Un forense lo certificó todo y, al salir del hospital, nos quedamos paradas en mitad de la calle como dos pobrecillas, abrazándonos y llorando hasta soltar el nudo que no nos dejaba respirar. La gente al pasar nos miraba, pero nos importaba una mierda. Habíamos puesto fin a una relación que podía haber terminado en tragedia.

No me hace falta seguir recordando por qué cauces transcurrió aquella denuncia. No fue un proceso fácil para Indira y yo la acompañé lo mejor que supe. Después de eso ya no éramos amigas. Esa palabra se nos quedaba corta. Y ahora la tengo delante con el ojo truculento y toda esa mierda en la memoria. No puedo aceptar que, precisamente ella, me diga que no es lo que parece.

—Indi, por favor —suplico—. No voy a juzgarte, ya lo sabes.

—Vale, no me escuches —dice sonriendo.

—No has dicho nada —rebato.

—No estás siendo receptiva.

Hay que joderse. Que no estoy siendo receptiva. Voy a probar a callarme, a ver hacia dónde nos lleva.

—Te digo que no es lo que parece —insiste, al ver que no pienso volver a abrir la boca—. Ya sé lo que estás pensando, pero mírame un momento. ¿Te parece que estoy en la misma situación que entonces?

La verdad es que no. No veo que esté asustada ni amedrentada, ni encogida de miedo sobre sí misma. Niego con la cabeza.

—Vale. Escucha, Diego no me ha pegado. Te lo prometo, no me ha tocado ni un pelo. Bueno, sí que me ha tocado (empieza a divagar) y más que un pelo, en realidad, todos —se ríe—. Vamos, que me ha tocado de arriba...

—Indira —la interrumpo—, ¿puedes hablar en serio?

—Claro, perdona. Esto no es lo que parece y Diego no me ha hecho nada malo.

—¿El camarero se llama Diego?

—Sí —responde—. Y es un tío bastante majo.

—¿Entonces? —Sigo a lo mío—. ¿Qué te ha pasado?

—Me he caído y me he dado contra su rodilla.

¡Venga ya, tía! ¿Esa es su historia? Respiro lo más profundo que puedo. Aprieto las muelas y noto cómo se fruncen mis labios. De mayor tendré la boca totalmente arrugada, igual que mi abuela, pero no puedo evitarlo. Cuando pierdo la paciencia, frunzo los labios.

—Joder, Indira... ¿Te has caído? ¿De dónde?

—Del columpio... —dice, y se pone colorada como un tomate.

—¿De qué columpio?

—Del de Diego.

No comprendo nada. No sé si me está vacilando o si yo estoy un poquito torpe esta mañana. Vuelvo a respirar y veo pasar a Gael con una bandeja de tazas vacías que ha recogido de un par de mesas. Nos mira de reojo y sigue adelante. Pongo mi cara de «no sé de qué hablas» y espero.

—Tiene un columpio en casa —susurra Indi, acercándose a mí por encima de la mesa. Pero, corta de mí, sigo sin comprender—. Para jugar, ya sabes...

—No...

—Joder, tía —sigue susurrando—. Ya sabes, para colgarte. Pero es un poco complicado, me moví a destiempo y me caí. Y él intentó agarrarme pero me di contra su rodilla en toda la cara. No veas qué dolor...

A ver, a ver, a ver... Una idea de lo sucedido empieza a tomar forma en mi lenta cabeza. No estamos hablando de un columpio de parque, por supuesto. Cuando recupero una imagen de los archivos de mi memoria, un breve fragmento de una peli porno que vi hace mucho (ni siquiera recuerdo en qué circunstancias ni con qué objetivo. Bueno, eso sí, pero no es relevante), comprendo de una vez de qué estamos hablando a las nueve de la mañana de un domingo, delante de sendos cafés con leche.

En ese preciso instante, Gael se acerca con mi cruasán tostadito y me lo deja junto al vaso de café.

—¿Todo bien, chicas? —pregunta, intrigado por el careto que se me ha

quedado.

—Sí, gracias —responde Indira, porque ni hablar puedo.

Se retira y mi amiga sigue mirándome, esperando una reacción.

—¿Va en serio? —pregunto, pasmada.

Ella asiente con la cabeza y empieza a sonreír. Sus labios se van ensanchando hasta aproximarse a sus orejas. Su ojo bueno también sonríe. Sonríe tanto que le da la risa, y cuando Indi se ríe no hay quien se resista. Me uno a ella hasta que se me saltan las lágrimas. ¡Qué cabrona! Se lo ha hecho practicando sexo duro, ¡y yo preocupada!

—Ya me lo explicarás —le pido, cuando pasa el ataque de risa—. Sin detalles, por favor.

—No pensaba dártelos...

—Eso lo dudo —respondo, y volvemos a reír.

Acto seguido, atacamos nuestros desayunos como si fueran la primera comida que tomamos en varios días. Gael nos mira desde la barra y hace un amago de sonrisa, a ver cómo respondemos. Antes ha debido de notar la tensión en nuestra mesa y ahora va con pies de plomo. Le sonrío abiertamente para demostrar que todo va bien y su sonrisa tímida se tuerce un poco a la izquierda. ¿Qué pensará de nosotras?

Capítulo 5

(*Suerte, Shakira*)

—¿Cómo fue tu noche? —pregunta Indira, al tiempo que se chupa los dedos para eliminar las migajas de hojaldre y chocolate.

No sé muy bien qué contarle. Dejando aparte el hecho de que, sin tener que calentarme la cabeza, me acosté con el tío tras el que llevaba semanas, está el asunto de su separación y el que no me haya vuelto a mandar ni un mísero mensaje. ¿Cuál es el balance teniendo en cuenta todo esto?

—Fue... muy bien.

—¿En serio? Nadie lo diría, con tanta emoción contenida.

—¿Qué quieres que te diga? Fue mejor que bien. Fue como en una película: corriendo entre calles, de la mano, nevando... El sexo fue algo más y, en vez de quedarse dormido, pasamos como cinco horas desnudos, hablando de nosotros.

Creo que eso resume a grandes rasgos todo lo bueno que sucedió. No me apetece contarle lo demás. Al final lo acabaré sabiendo, pero me da pereza decirlo en voz alta.

—¿El sexo fue algo más? —dice, con las cejas bien levantadas.

—¿Eh?

—Eh, ¿qué? ¿Cómo que algo más?

Vaya, de todo lo que he dicho ha tenido que quedarse justamente con eso. ¡Qué malo es conocerse, coño!

—Bueno, yo qué sé —hago un intento desesperado por salvar mi culo—, quiero decir que no fue como... como...

—Te he entendido a la primera —me corta—. El sexo fue algo más. Está muy claro. Lo que quiero decir es que solo has estado con él una noche. No una noche con alguien a quien ya conoces de antes. No una noche después de varias citas. Una-sola-noche. Punto.

—Ya.

No puedo decir nada más. Tiene más razón que una santa. Si todo hubiera pasado al revés, yo le estaría diciendo lo mismo a ella. A las dos nos costó varios palos comprender la sencilla diferencia entre sexo puntual y una relación, sea del tipo que sea. Joder. Éramos unas románticas. Sobre todo yo. Me acosté con el primer tío a los diecisiete y pensé que era el hombre de mi vida. Y luego lo pensé del segundo. Y del tercero. Se ve que mi viejo yo sigue ahí para atormentarme.

—No quiero que te lleves un chasco —me dice, y me agarra la mano por encima de la mesa.

—Ya lo sé, Indi —respondo, con toda mi gratitud—. Es que fue todo tan... mágico.

—Lo comprendo, pero a veces la magia no es más que una ilusión, ¿vale? ¿Te acuerdas de aquellos dibujos animados en los que, cuando se mojaban, se pasaba el hechizo?

—Ni puta idea de lo que me estás hablando.

—Bueno, es lo mismo. Que tengas cuidado, que tanta magia, tanta magia... no sé yo.

Me quedo en silencio. Mucho rato. Se oye hasta un grillo. Ya sé que tiene razón. Entonces, lo demás ni se lo cuento, ¿no?

—¿Qué? —me dice, la muy bruja—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Ya.

—Que dice que está separado —confieso.

—Bueno, mujer. Hoy en día muchísima gente está separada.

—Que todavía vive con su ex.

Ahora sí que la he dejado fuera de juego. Es que decirlo en voz alta hace que parezca un poco absurdo. No sé si la palabra que busco es absurdo.

—¿Perdona?

—Eso.

Indira pone el grito en el cielo. Tengo que hacerle gestos para que baje la voz mientras me como la bronca del siglo por ser, según mi amiga, lo más gilipollas que ha parido madre. Continúa con un pedazo de sermón sobre los hombres que mienten y engatusan para llevarte al huerto y sobre las mujeres crédulas que confían en ellos. Sobre lo fácil que es, hoy en día, enrollarse con una mujer sin necesidad de darle explicaciones, y mucho menos falsas. Dice

que parece mentira que me meta en esos jardines cuando no tengo ninguna necesidad, cuando puedo conseguir a cualquier tío que me interese, para una noche o para algo más. Agradezco la confianza que tiene en mí, aunque yo no la comparto. ¿Qué pasa si eso que dice no es verdad? ¿Qué pasa si el tío que yo quiero conseguir es él y solo él?

Gael no deja de mirar hacia nuestra mesa y me estoy empezando a poner nerviosa. Por muy amable que sea, me incomoda que su atención recaiga sobre nosotras. Claro que toda la culpa la tiene Indira por ser tan exageradamente expresiva.

—Gael, por favor, ¿nos cobras? —le pido, interrumpiendo a mi amiga, que había cogido carrerilla.

Se acerca un momento a nosotras y nos dice algo en voz baja.

—Estáis invitadas, chicas.

—¡No! —respondo, alargando un poco la o—. No hace falta, de verdad.

—Tranquilas —insiste—. Mis cafés tienen fama de curarlo todo, así que... Eso, espero que os hayan sabido ricos.

Está preocupado porque cree que estamos discutiendo. ¡Dios! Qué vergüenza estoy pasando. Le doy las gracias hasta el hartazgo y saco a Indira a la calle pitando. Necesito dar un paseo, estoy agobiadísima de repente.

—Mira —quiero darle una explicación—, ya sé que todo lo que has dicho es verdad. A mí también me sonó muy raro, pero una cosa es contarlo y otra escuchárselo decir a él. Ya sé que no lo conozco bien... Vale, ya sé que no lo conozco, pero me gusta muchísimo. ¿Y si es verdad? ¿Sabes lo que pensé cuando me lo contaba? Que si no confío en él no merece la pena intentar nada. Y creo que me apetece intentarlo. ¿Es tan malo?

—Pues, depende —me dice ella, mientras camina a mi lado con los brazos cruzados sobre el estómago—. Como has dicho, es muy raro. Y no creo que tenga nada que ver con lo que tú quieras hacer. Más bien tiene que ver con que sea verdad o no, independientemente de si confías. Como sea una milonga, te vas a llevar un palo que no te va a quedar un hueso sano.

—Ya...

—Pero te da igual.

—Mujer, no me da igual. Pero estoy dispuesta a jugármela. Quien no arriesga, no gana.

—Pero tampoco pierde.

Seguimos caminando por la orilla de la ría. Me gustaría encontrar las palabras para hacer comprender a Indira lo que Erik me hace sentir, pero me resulta muy difícil. Podría decirle que, para mí, no ha sido solo un tío cualquiera una noche cualquiera, pero eso ya le ha quedado claro. Podría

intentar explicarle lo que sentía mientras nos tocábamos, cuando me besaba o cuando solo estábamos hablando. Pero siento que es algo muy íntimo y no me apetece airearlo todo como si fuera una adolescente narrando su primera experiencia sexual. Al fin y al cabo, esta decisión la tengo que tomar yo sola.

De repente quiero cambiar de tema y guardarme para mí esos momentos mágicos que compartimos la noche del viernes. Es inmaduro, lo sé. Como no he recibido la respuesta que quería, me molesto y no hablo más. Pues sí, así es en parte.

—¿Qué pasa con ese columpio? —pregunto, a ver si cuela.

Indira, que se ha vuelto a poner las gafas de sol para no llamar la atención de los paseantes con los que nos cruzamos, sonrío y agacha la cabeza.

—¿Qué quieres saber? —me dice, divertida. Se hace la formalita, pero no cuela en ningún momento.

—Ningún detalle escabroso, por favor.

—Vale, a ver. Fuimos a su casa y tomamos unas copas. Me enseñó el piso, grande que te cagas, y había un vestidor con armarios a los dos lados. Las puertas eran de espejo. Y en el techo había un gancho. Pensé que era para colgar un saco de boxeo, ya ves tú...

—¿En serio? —pregunto, cada vez más cautivada por su historia.

—¡Y yo qué sé! ¿Cómo me voy a imaginar que ese vestidor era el cuarto de juegos de Christian Grey?

No puedo evitar desternillarme. Me imagino a Indira preguntando por el gancho del techo y al otro dispuesto a desplegar sus encantos para ver si consigue convencer a su ligue del viernes de que se deje suspender a metro y medio del suelo. ¡Seguro que no se imaginaba que con Indira no iba a necesitar ninguna técnica de persuasión!

—¿Y qué te dijo?

—Primero me preguntó si tenía la mente abierta a nuevas experiencias. Ahí ya descarté lo del boxeo —reímos otra vez—. No tenía muy claro qué contestarle, pero entonces se quitó la camisa y empezó a besarme. Te acuerdas de lo rico que estaba, ¿no?

La verdad es que sí, me acuerdo. Y no le reprocho a Indira nada de lo que hiciera esa noche en su piso. Si la vida te da limones, te haces una limonada. Y si te da tíos buenos, pues te los follas.

—Y así, sin más...

—Bueno, sin más no. Hubo preliminares, no te creas. Después de un rato abrió una de las puertas y sacó el puto columpio. Lo colgó y me presté a que me subiera. Pero lo demás ya lo sabes —dice, señalándose el ojo pachucho.

—¿Cómo...?

—¿Cómo me caí? No tengo ni idea, te lo juro. No debe de ser tan fácil subirse a uno de esos, porque ya ves el porrazo que me llevé. Será que es un juguete incompatible con el alcohol...

Me divierte la forma tan natural que tiene Indi de hablar sobre sus pequeñas perversiones sexuales. Pero también me surgen varias dudas sobre lo que me ha contado. ¿Un columpio en una habitación con espejos? ¿Un columpio usado? ¿La primera vez que te acuestas con un tío? Si es que eso entra en la categoría de acostarse, claro.

—¿Qué piensas? —me dice, preocupada por mi opinión.

—No lo sé, me dejas de piedra. No te imaginaba en esa situación, en serio. ¿No te dio ni un poco de asco? —me atrevo a preguntar.

—¿Asco? ¿Por qué?

—Ese columpio, no lo estrenaste tú, ¿no?

—¿Por eso? —suelta un par de carcajadas—. Es de tela, se lava en la lavadora. Es como las sábanas: si pienso en las tías que han pasado por cada sábana en la que duermo...

Visto así, mi escrúpulo inicial se mitiga un poco.

—Además —sigue diciendo—, si hubieras visto el piso de Diego, no me habrías hecho esa pregunta. Tú, a su lado, eres una guarrilla doméstica.

—Vale, a ver. Piso enorme, immaculado y con sala de juegos. Pero ¿no es camarero?

—Sí, pero el piso no es como te lo imaginas. Es verdad que es enorme y todo está pintado en blanco. Hay pocos muebles y lo cuida bastante, pero no es suyo. Vive de alquiler. Y no es nada lujoso. Solo... está bien cuidado. Diego tiene mucho estilo, ¿sabes?

—Sí, sí, estilo... —me mofo—. Bueno, me alegro de que te divirtieras, aunque perdieras un ojo por el camino.

—Ni lo menciones, ¡qué apuro pasé!

—Oye, Indi —le digo, parándome un momento para que me escuche solo ella—. Me alegro mucho de que lo del ojo fuera... un accidente. Me has dado un susto de muerte.

—Ya lo sé, corazón. Ya lo sé.

Nos damos un abrazo de «te quiero con locura» y retomamos el pequeño paseo dominguero. Parece que ya hemos vaciado las alforjas que las dos traíamos y yo, personalmente, me siento mucho mejor que cuando he salido de casa. Indira ya me ha dado su opinión y yo a ella la mía. Ya no tiene que sentirse responsable por no haberme avisado de lo que pensaba, y yo puedo decir que sabía a qué me arriesgaba cuando decidí seguir jugando. Ya solo depende de la suerte que me salga bien o mal.

Caminamos un poco más. Hace sol y la temperatura es de lo más agradable: fría, pero placentera. Hablamos un poco de esto y de aquello hasta que, sin

previo aviso, tiene lugar un acontecimiento que va a condicionar el resto de nuestra mañana juntas. Torpe como siempre he sido y distraída con nuestra cháchara, piso algo que me hace resbalar, elevarme en el aire, colocarme en posición horizontal y caer al suelo en toda mi magnitud. La espalda me duele como si me estuviera muriendo (digo yo, porque nunca me he muerto), pero eso no es lo más grave, qué va.

¿Qué he pisado? Correcto: una enorme, viscosa y apestosa mierda de perro que algún cerdo a quien esta misma tarde haré vudú no ha tenido la consideración de recoger. ¿Y dónde está ahora esa mierda? En efecto: en toda mi espalda, en mis codos y, sí, un poquito de nada en mi recién lavado pelo (bueno, el hecho de que esté recién lavado no tiene la menor importancia para lo que es la noción de nausea absoluta). Hay que joderse. ¿No querías suerte? Pues toma, mucha mierda. En el sentido más literal de la expresión.

Adolorida por el «hostión» y humillada por la pestilencia, salgo huyendo hacia mi casa siempre por detrás de Indira, que aprieta el paso para que no la adelante, la muy perra. Sé que se va partiendo el pecho de la risa, pero se lo voy a perdonar porque lo único en lo que puedo pensar ahora mismo es en afeitarme la cabeza y en prender fuego a todo lo que llevo puesto. Si con esto no me aseguro que lo de Erik salga bien, es que ya no merece la pena ser supersticiosa en esta vida.

Capítulo 6

(*Good day*, DNCE)

El lunes a primera hora de la mañana oscuros nubarrones se ciernen sobre mí. Ni un mensaje desde el sábado por la mañana, nada. Como si todo hubiera sido un espejismo o un hechizo que se evapora mientras duermes y, al despertar, no ha dejado ni rastro. Voy al trabajo taciturna, haciéndome muchas preguntas, y lo que encuentro allí no me ayuda. Muy al contrario, me aprieta las tuercas un poco más todavía.

Alberto, que es mi jefe, está de mal humor. Bueno, no. En realidad no está de mal humor, sino enfadado conmigo. Existe una gran diferencia.

—Tenemos que hablar —me dice, sin mirarme a la cara, mientras finge que organiza una pila de papeles detrás del mostrador de la tienda.

—Tú dirás —contesto con cautela, a ver por dónde me vienen los palos. Voy a preguntarle si va a cortar conmigo, pero el sentido común me recuerda que este no parece un buen momento para bromear con él.

—Te voy a liquidar los tres días que te debo entre este mes y el que viene.

¿Entre este mes y el que viene? Vamos, ni que me estuviera pagando la hora a precio de oro.

—Alberto, ya lo hemos hablado. Prefiero librarlos en agosto.

—Imposible.

Sigue cerrado en banda. Me parece hasta mentira que sea tan cabezota. Encima de que solo puedo coger una quincena de vacaciones en verano (porque el muy miserable me obliga a coger la otra fuera de temporada), no quiere dejarme librar tres días que, dicho sea de paso, yo ya he trabajado. Pero da la casualidad de que este año el día quince cae en martes, así que no me voy a rendir tan fácilmente, porque esos tres días se convierten en cinco, casi una semana más de vacaciones.

—De imposible nada, lo que pasa es que eres un terco.

—Es lo que hay, no puedes faltar de la tienda tantos días.

—Pero si solo hay una diferencia de tres días, ¿qué más te dará? —insisto, inasequible al desaliento.

—Tus vacaciones acaban el quince. No puedo dejar a otra persona al mando porque Laura se queda en la tienda de abajo.

—¿Y tú? —pregunto, en un alarde de valentía.

—Yo ya voy a pringar para que tú tengas esos quince días.

¡Faltaría más! ¡Si el negocio es suyo!

—Pero ¿tus vacaciones no eran en julio? —Lo mismo pretende pegarse dos meses de asueto y que las demás pringuemos todo el verano metidas en estos cuchitriles que llama tiendas.

—Eso no es cosa tuya. Tú tienes tus quince días en verano, según convenio, y los otros quince a partir de mediados de septiembre. Y los tres que te debo, que te los voy a pagar.

—Que no, Alberto. Que no te pongas burro. Cuando hice esos días dijiste que ya los libraría más adelante. Ten un poco de palabra...

Parece que no sabe qué decir a eso, pero no veo que haya cambiado de opinión. Solo está pensando cómo salir de esto sin quedar mal, seguro.

—Pero en agosto no se puede. Busca otra fecha y te dejo librarlos.

¡Qué rabia me está dando! Al final me quedo sin ellos, ya lo estoy viendo. Como soy idiota y no figuran en ninguna parte...

—Me voy a coger el dieciséis, diecisiete y dieciocho de agosto, Alberto, porque son míos. Sabes que tengo razón.

—Y yo te digo que no puede ser. Y no te lo voy a decir más veces.

Ahora sí que me está mirando a la cara, y da un poco de miedo. Bueno, no, pero impone. Está claro que no se baja del burro por nada del mundo, así que me quedo callada mientras lo veo recoger sus cosas y salir de la tienda dejando a su paso una escueta y fría despedida en el aire.

—A las doce y media vengo.

Todavía podía no venir el muy...

Ya me ha chafado el día del todo, mira por dónde. Entre una cosa y otra, se

me ha quitado hasta el hambre, y eso que no he desayunado más que un triste café con leche. En estos momentos en los que no me entiendo con mi jefe es cuando más me planteo si merece la pena seguir en un trabajo sin expectativas y con un sueldo a todas luces insuficiente para salir de la precariedad, solo por el beneficio que supone no ser esclava de la jornada laboral.

Estoy empezando a aburrirme de atender un mostrador entre cuatro paredes grises y desoladas; de estar todo el día al teléfono, hablando con fabricantes de *hardware* y encargando recambios para los clientes; de seguir al teléfono para concertarle citas al informático, que trabaja a domicilio; de vender cables, baterías externas y demás accesorios que tenemos expuestos en un par de baldas de mierda al fondo de la tienda... Y todo porque soy la empleada que más tiempo lleva aquí y la única que ha tenido los ovarios de ir aprendiéndose a qué fabricante se le hace cada encargo, en lugar de tener que consultar en el libro gordo de Petete cada vez que entra un cliente.

Solo Alberto y yo resultamos efectivos detrás del mostrador. Yo hago el turno de mañana; él, el de tarde y media hora más antes del cierre de mediodía (para revisar lo que yo he hecho y, sobre todo, para pagarme media hora menos). En la tienda de abajo está Laura, que ya casi lo tiene dominado. Luego están Pablo, Esther y Raquel, porque esa lonja es el doble que esta, en tamaño y en facturación. Raquel es inútil integral. A veces me llama a mí porque ni con el manual se aclara y no quiere quedar en evidencia delante de Laura, que está de supervisora. Y Pablo... sin más. Su cerebro funciona en otra frecuencia, o algo. Solo lleva un par de meses, y ocupa el puesto de la rubia número tres, que ocupaba el de la rubia número dos, y ella el de... Ya me entendéis.

La jerarquía absoluta de este pequeño negocio tendría en la cúspide de la pirámide a Alberto: empresario, jefe y supervisor de todos. Debajo de él estaría yo (no literalmente, ya le gustaría). Después vendría Laura, porque no hay nadie más. A partir de ella, habría una nebulosa de rostros indefinidos por su rápida rotación. Y ninguno cobra una jornada completa, aunque estoy segura de que Laura, muchas veces, la trabaja.

La cabeza se me va calentando poco a poco. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Cotizo media jornada porque, hasta ahora, el tiempo libre me ha permitido disfrutar de muchas actividades entretenidas pero, ¿qué pasa cuando tenga que jubilarme? Eso, si es que hay jubilación para cuando mi quinta alcance esa tierra prometida. Por otra parte, ¿por qué coño estoy colaborando y siendo una pieza en un sistema laboral precario que raya siempre los límites de la legalidad? ¿Por dinero? Claro, pero ni siquiera por mucho dinero.

Cuanto más lo pienso, más tonta me siento. Ni me gusta, ni cobro bien, ni cotizo para poder llegar a jubilarme antes de caer muerta en el puesto de trabajo. ¿Qué narices estoy haciendo? (Esto último me lo he gritado a mí misma, levantando las palmas de las manos para enfatizar unas palabras que

nadie ha escuchado. Suerte que la tienda está vacía).

A las doce del mediodía estoy que echo chispas. Lo que más me enfada de todo es el hecho de no poder culpar a nadie por que mis decisiones me lleven por un camino que nunca he querido seguir. Toda la responsabilidad es mía. Tengo que vivir en paz con mi conciencia, así que no me va quedando más que una única solución. A veces, cuando descubres que no eres feliz, te das cuenta de que tienes que pasar una página del libro de tu vida para que tu historia pueda avanzar y no se convierta en una ilustración estanca. Y hay decisiones que, aunque parezcan improvisadas, llevan detrás una profunda y larga reflexión. Tres horas de hastío mañanero en una tienducha de componentes informáticos puede no parecer mucho, pero tres horas de silencio y reflexión profunda bien utilizadas son muchos minutos, lo digo en serio. Llegas un punto en el que algo se despierta en tu mente y el camino hacia adelante se revela por sí solo, como si siempre hubiera estado ahí y no hubieras sido capaz de encontrarlo porque no estabas mirando a conciencia.

A las doce y veinticinco aparece Alberto que, otra cosa no, pero puntual es un rato. Antes de que me asalten las dudas o se me coma la lengua el gato, con el bolso ya colgado del hombro, me dirijo a él con una fría cortesía.

—Alberto, hazme la cuenta que mañana ya no vengo.

Inmediatamente se envara y me parece que hasta se queda pálido (más de lo habitual, digo).

—No me jodas... ¿por tres días?

Comprendo que le pille de sorpresa y lo achaque a nuestra conversación a primera hora. Y no sé si me apetece explicarle todo el largo hilo de mis pensamientos a lo largo de la mañana.

—No es solo por eso —remarco el «solo», no pienso claudicar en lo que considero un derecho—. Hay otros motivos que no te incumben. El caso es que lo dejo. Lo siento.

—No puedes avisarme hoy de que mañana ya no vienes —dice, subiendo el tono de voz para intimidarme—. Por lo menos tendrás que darme unos días para que busque a alguien.

Le conozco bien. Sé lo que intenta. Quiere ganar tiempo para convencerme de que no le deje en la estacada. Si cedo, mañana vendrá con una máscara de complacencia y, si eso no funciona, acabará por ofrecerme los dichosos tres días en agosto. Pero yo ya he tomado mi decisión y no pienso ceder. Esta vez se trata de mi futuro.

—Mira, Alberto —le digo, con mucha más seguridad de la que yo misma esperaba—. Te aviso hoy porque lo acabo de decidir. Y te pido la cuenta porque estoy en mi derecho de cobrar los días trabajados. Pero no te pongas tonto porque estamos a día cinco y, como comprenderás, cinco días de mi sueldo no van a frenarme. Aunque, si nos ponemos a las malas, probablemente tú perderás más que yo.

Nunca hubiera dicho que yo iba a amenazar a Alberto con llevarlo a juicio

por cinco días. No es que tenga a mi jefe en altísima estima, pero no pensaba que llegaríamos a esto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dice, a la desesperada—. ¿Por qué me montas este circo ahora? ¿Tan mal me he portado contigo?

—No es nada de eso.

Tengo que reconocer que no, que él no ha hecho nada que yo no haya aceptado al firmar mi contrato. Pero ese contrato lo firmé hace tiempo y está claro que las cosas han cambiado, por lo menos para mí. Esa es la única explicación que puedo darle.

—Lo siento mucho, pero necesito... otra cosa diferente —sigue sin apetecerme sincerarme con él ni darle explicaciones de lo que he decidido—. No es nada personal y no es por los tres días, pero tengo que dejar el trabajo y buscarme otro. Así están las cosas.

—Menuda guarrada me estás haciendo —responde, indignado—. Esto no me lo merezco, no me lo esperaba de ti. Te estás portando como una auténtica zorra conmigo.

Sus palabras son como una bofetada en la cara. Tanto, que se me abren los ojos y me palpita el corazón de la impresión. ¡Lo que me faltaba! ¡Que me insulten por dejar el trabajo! Por ahí si que no estoy dispuesta a pasar.

—Vale, Alberto, corazón —digo, mientras me dirijo a la puerta sin mirarlo ni una vez—. Mañana paso sobre esta hora. Me debes cinco días —añado, con medio cuerpo fuera de la tienda—, y otros tres, no se te olvide.

Y ya está, ya lo he hecho. He dejado un trabajo mediocre que no me satisfacía y ahora tengo todo el tiempo libre del mundo para buscar otro, para desesperarme, para gastarme lo poco que había conseguido ahorrar, para hacer actividades baratas al aire libre (como pasear o leer libros de la biblioteca), para dedicarme a mis necesidades emocionales y a mimar mi cuerpo... Vamos, que me sobra el tiempo para buscarme y encontrarme un par de veces a mí misma. Es una extraña sensación: da bastante vértigo. Es como estar en el borde del tejado de un edificio y mirar hacia abajo. Aunque tengas los pies soldados al alero, te da la impresión de que te vas a caer.

Mientras camino, saco el teléfono del bolso. Esto tengo que contárselo a las chicas, a ver qué les parece. Necesito que alguien me diga que lo que acabo de hacer, aunque es un poco drástico, está bien hecho. Y supongo que mis amigas del alma, como me conocen bien, no cometerán la torpeza de ser como cuatro madres y decirme que, antes de nada, tenía que haber buscado un empleo nuevo. No, ellas no son tan cafres. Si piensan eso, al menos esperarán un par de días antes de darme caña con ello. En todo caso, convocarán un gabinete de crisis el fin de semana y se lanzarán al ataque cuando ya llevemos en el cuerpo un par de copas de algo fuerte. ¡Así son mis chicas!

Deslizo el dedo por la pantalla dibujando el patrón que protege mi

intimidad. Dudo si contárselo primero a Indira o lanzar la bomba directamente en el grupo. Estoy a punto de hacer lo primero, decírselo a Indi para que me ayude a gestionar la frustración. Sin embargo, por esas casualidades de la vida, por esas circunstancias en las que las estrellas se alinean para nosotras de vez en cuando, no hago ni lo uno ni lo otro. En vez de eso, me quedo mirando la pantalla como una tonta, mientras una sonrisa se instala definitivamente en mis labios. Hay un mensaje esperando que lo lea y su sola existencia hace que todo lo demás desaparezca de mi mente. Más de cuarenta y ocho horas después, Erik ha decidido ponerse en contacto conmigo.

Llevo 2 días pensando en ti
Falta mucho para el viernes
¿Te puedo llamar?

Tengo que leerlo un par de veces más. No tengo que hacerlo, en realidad, pero quiero leerlo varias veces para sentir durante más tiempo esa ilusión que me da calorcito por dentro al saber que sí ha pensado en mí. Después, mis dedos teclean una respuesta afirmativa, no sea que justamente ahora tenga un rato libre y yo lo deje pasar por no darme prisa en contestar. Hoy es un gran día: he dejado un trabajo de mierda y estoy a punto de volver a escuchar su voz. Creo que no puedo pedir más.

Capítulo 7

(*Help*, The Beatles)

Mi día se convierte en el día de «no me despego del teléfono». Primero, mantengo con Erik la llamada de teléfono más larga de la historia. Hablamos mientras camino, mientras entro en el portal, mientras subo por las escaleras para que no se corte en el ascensor, mientras hago equilibrios para quitarme la ropa y ponerme la sudadera de estar en casa, me preparo algo fácil de comer (nueva vida, mucha hambre), me repantigo en el sofá... Es un no parar de hablar sobre nosotros.

Me cuenta parte de su vida (obviando todo lo que aún comparte con esa mujer a la que ya no ama) y yo lo escucho embobada. Todo me parece nuevo e interesante, me pasaría el día escuchando su voz. Me habla sobre su trabajo, sobre sus expectativas, su tiempo libre, que quisiera hacer coincidir con el mío.

—No te preocupes por eso —respondo, de lo más animada—. Ya no tengo problemas de horario.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber.

—He dejado el trabajo.

—¿Por qué?

La gran pregunta. Me da un poco de pereza, pero Erik no es Alberto y a él

sí que me apetece explicarle lo que me pasaba por la cabeza para tomar esa decisión.

—Ha sido un cúmulo de cosas. Estaba de mal rollo con mi jefe porque me debía tres días y no me dejaba cogerlos en agosto. Pero entonces me he puesto a pensar que el trabajo en sí tampoco me gustaba mucho. Era una jornada reducida y lo acepté porque me arreglaba con el sueldo y me dejaba tiempo libre.

—¿Cómo te arreglabas tú sola con una jornada reducida? —me dice, sorprendido—. ¿Y la hipoteca? ¿El alquiler?

—La casa en la que vivo fue de mi abuela —respondo—. Ahora es de mi madre y se niega a cobrarme alquiler. Y mi hermana vive fuera, hasta ahora no se ha quejado.

—Ah, eso lo explica todo. Y ¿por qué de repente has cambiado de idea?

—Cuando firmé el contrato estaba metida en un montón de cosas que necesitaban tiempo. No me pareció mal, como algo temporal. Pero creo que ese tiempo ya ha pasado, Erik. Me parece que tengo que empezar a estructurar mi vida otra vez, a hacer planes de futuro.

—¿Salgo yo en ese futuro? —me dice, y no puedo contestar enseguida.

No sé qué decir. Solo hemos estado juntos una vez y su situación personal no es la más fácil, que digamos. Por otra parte, se me ensancha el corazón cuando me hace esa pregunta, porque significa que le intereso. Está claro que Erik no es uno de los que huye al hablar de «nosotros». Por lo menos, no conmigo.

—Todavía no está claro —contesto, tratando de ser un poco cauta—. Pero no pinta mal —añado en el último momento, no sea que me malinterprete.

—Me gustaría mucho.

De nuevo, sus palabras consiguen hacer magia con mi alma. No podría haber dicho nada mejor que eso para que yo vuelva a sentir ese calorcito en el estómago, esa sensación de crecer hasta que el cuerpo se te queda pequeño.

—Entonces, inténtalo —le reto—. A ver qué pasa.

—Ya que me das permiso, eso es lo que pienso hacer.

Los dos reímos y luego nos quedamos un momento en silencio. Llevamos más de dos horas al teléfono y las últimas palabras han dejado el listón de la conversación muy alto. Presiento que este es un buen momento para colgar y quedarnos con la miel en los labios. Como eso de irse de la fiesta en el mejor momento.

—¿Nos vemos el viernes? —Me parece una buena fórmula de conclusión.

—¿Puedo llamarte antes?

—Claro, llámame cuando quieras. Me gusta hablar contigo.

—Entonces, vale —dice, satisfecho—. Si no, no podría esperar otros

cuatro días...

Me encanta que me diga eso. Nos despedimos con un beso telefónico y, después de colgar, me quedo tirada en el sofá como si hubiera estado dos horas corriendo, en vez de hablando por el móvil. No puedo creer que haya encontrado una persona que me haga sentir como si fuera la mujer más valiosa del mundo. No es algo que me haya ocurrido muchas veces en la vida, pero estoy dispuesta a exprimírle hasta la última gota de felicidad a esta relación.

Tiene que pasar un buen rato hasta que hago la digestión de tanto romanticismo y recuerdo que tenía que hablar con mis amigas sobre el abandono de mi trabajo. Todavía me late la oreja, roja como un tomate, así que opto por publicar la bomba en el grupo y que opinen todas a la vez.

A ver, chicas. Gabinete de crisis. He dejado el curro

En el tiempo que tardan en responder, envío otro.

Cómo lo veis?

Entonces empiezan a llover respuestas, en desorden, intercaladas, todas están escribiendo a la vez y me siento tan acompañada por ellas como cada vez que las he necesitado. Los primeros mensajes son caritas «ojipláticas» y otros símbolos llenos de sorpresa. Por fin, Tecla consigue hilar una frase entera y me pide que les cuente qué ha pasado. Cuando ven que empiezo a escribir, todas esperan.

Tengo que encontrar algo mejor...

Indira es la primera en contestar después de eso.

Pues me parece de puta madre
Tomamos un café para celebrarlo?

Me entra la risa, todavía tirada en el sofá. Claro que voy a tomarme un café con ellas. En este momento es lo que más deseo en la vida. Bueno, lo segundo, pero también lo deseo mucho.

Y ese café se salda con Alberto crucificado por haberme llamado zorra, con las chicas felicitándome por haber tomado una decisión tan difícil (ahora resulta que todas pensaban que era un trabajo de mierda y que yo podía aspirar a más), con Genoveva aportando varias ideas sobre dónde puedo empezar a buscar un nuevo empleo y con una larga charla sobre Indira y su ojo morado que resulta mucho más divertida que lo mío del trabajo, si he de ser sincera.

El verdadero vértigo llega al día siguiente, cuando suena el despertador (lo conecto por costumbre) y descubro que no tengo nada que hacer. Y ¿qué se hace un martes por la mañana cuando todo el mundo está trabajando y tu única obligación es personarte a cobrar la cuenta a las doce y media de la mañana? Pues nada, tardar más que nunca en prepararte y bajar a desayunar abundantemente a tu cafetería de referencia. Un café y algo de hojaldre no me harán más pobre, pero sí más satisfecha.

En diez minutos me planto donde Gael, que me ve entrar con cierta sorpresa pero me da los buenos días con la misma amabilidad de siempre. Me acerco a la barra y le pido un con leche y un *muffin*. Ya, ya sé que no es hojaldre, pero es triple chocolate y a eso nadie puede resistirse. Antes de que diga nada, yo misma me justifico, aunque no tenga ninguna obligación.

—He dejado el trabajo. —Esta se está convirtiendo en mi frase más repetida últimamente.

—¿Y eso?

—Nada, busco algo mejor.

—¿Así, a la brava?

En vez de contestar, sonrío y levanto los hombros, como diciendo «ya ves». Parece como si Gael fuera a decir algo más pero al final se lo pensara mejor.

—Pues nada —sonríe—, a ver si tienes suerte.

—Eso espero —bromeo—, porque si no, ¡qué cagada!

Desayuno tranquilamente, sentada en la barra, y para cuando quiero darme cuenta son casi las doce. Dejo el dinero junto al vaso vacío y me dispongo a marcharme, pero entonces se escucha un estruendo detrás de la puerta de la cocina. Algo se ha caído y Gael se acerca rápidamente a echar un vistazo. Abre la puerta y, desde donde estoy, puedo ver a Inés, la cocinera, sentada en el suelo sujetándose el pie.

—¡Mierda! —brama Gael, precipitándose al interior—. Inés, ¿estás bien?

Me acerco un poco más, apoyo los codos en la barra y, a tenor de lo que veo, lo siguiente que hago es colarme detrás para intentar echar una mano. No, no está nada bien. No sé cómo, pero se le ha caído la bombona de butano y parece que se ha hecho polvo el pie. No puede levantarse y Gael tiene que ayudarla. Me pide que acerque una silla y la deja sentada, con cara de sufrimiento. Luego se arrodilla frente a ella y empieza a soltarle los cordones de la deportiva. Debe de ser grave, porque acaba de pasar y el tobillo ya se le está hinchando.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta, preocupado.

—Que soy gilipollas... —consigue decir ella, apretando los dientes—. Lo quiero hacer todo a la vez y se me ha resbalado la bombona porque tenía las manos manchadas de aceite, de dar vuelta a la tortilla.

La tortilla, por cierto, se está quemando en la sartén, así que entro con decisión, la aparto y apago el fuego, no sea que haya más accidentes.

—Vale, tienes que ir a urgencias —dice el jefe, sacando el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón—. Voy a pedir un taxi.

—Espera un poco, que no me puedo ni mover... —responde Inés, cada vez más jodida.

Gael deja de buscar el número de los taxis en su agenda y la mira con seriedad.

—Se está hinchando mucho, Inés. Cuanto antes vayas mejor. No te preocupes que echo la persiana y voy contigo.

—De eso nada —intervengo, moralmente obligada a echar una mano—. Estate tranquilo que voy yo con ella. Total, no tengo otra cosa que hacer.

No es verdad, tengo que ir donde Alberto a por mi dinero, pero esto me parece mucho más importante. Ya me pasaré mañana, o cuando sea.

—¿Seguro? —me dice, dudando.

—Claro. Venga, llama, que vamos saliendo.

Mientras él pide ese taxi, me paso el brazo de Inés por los hombros y la ayudo a salir de la cocina sin apoyar el pie malo. Me dice que su chaqueta y su bolso están en el cuartito privado. Vale, para poder cogerlos tendré que soltarla en otra silla, ante la atenta mirada de los clientes, que se han quedado mudos del susto. Un señor muy amable se ofrece a acercar una silla pero por el rabillo del ojo me doy cuenta de que ya no hace falta: Gael ha colgado y se acerca por detrás, con las cosas de Inés en la mano. La coge por el otro brazo y, entre los dos, la acercamos hasta la puerta.

—Tarda dos minutos, Inés. No te preocupes —le dice, tratando de tranquilizarla. Luego me habla a mí—. Gracias por ayudar, así no tengo que echar a todos los clientes.

—Faltaría más, Gael... Ni te preocupes que en cuanto sepa algo te llamo al bar.

—Mejor te doy el móvil y me mandas un mensaje. Tengo que entrar yo en cocina y llamar ahora mismo a alguna de las chicas, a ver si pueden ir viniendo.

Y eso es lo que hacemos. Me apunto su número y enseguida aparece el taxi. ¡Qué eficiencia! Ojalá todo funcionara así de bien. Como podemos, metemos a Inés en la parte de atrás y yo monto delante con el taxista, un chico joven con cara de simpático. Bajo la ventanilla para repetirle a Gael que no se preocupe por nada y él aprovecha para darme un billete de cincuenta doblado en cuatro.

—Para el taxi de ida y vuelta —me dice, y yo guardo el billete sin discutir—. Avisad en cuanto sepáis algo, ¿vale?

—No te preocupes, que me quedo con ella hasta que la manden a casa.

—Gracias otra vez.

Está muy preocupado, y no es para menos. El tobillo de Inés se ha ido

poniendo muy feo y cada vez le duele más. Cuando llegamos a urgencias, tengo que adelantarme en busca de una silla de ruedas y el taxista tiene que ayudarme a sacarla del coche. Tiene el pie como una bota, la pobre, y está un poco paliducha. Le pregunto si se marea del dolor y asiente con la cabeza. Está cubierta por una película de sudor y cada vez más blanquecina. A este paso, pierde el conocimiento.

Por suerte, la sala de urgencias está medio vacía y no tardan mucho en registrarla y hacerla pasar a la sala de espera de traumatología, desde donde pasamos a otra más profunda, a la espera de que le hagan una radiografía. Como la veo tan mal, saco una libreta de mi bolso y le empiezo a hacer aire con ella. Cuando la meten adentro, me salgo otra vez a la primera sala, que está algo más ventilada.

En hora y media estamos fuera del hospital con una fractura de tobillo y la pierna de Inés escayolada hasta la rodilla. Necesita muletas, así que le digo al taxista que nos recoge que pare en una ortopedia que hay cerca de mi casa (no se me ocurre otra) antes de dejar a Inés en la suya. Le compro unas muletas y luego me bajo del taxi con ella, en su portal. Ya iré a casa dando un paseo. Llamo al timbre e Inés le explica lo que pasa a su marido, que no tarda ni tres minutos en bajar con el dinero en la mano. Entre una cosa y otra, Inés no le había avisado de lo sucedido y el pobre hombre se lleva un susto de primera. Allí los dejo, entrando con toda la parsimonia, mientras echo a andar y hago balance del extraño día que he vivido.

Cojo el teléfono para poner a Gael al corriente de todo y me surge la esperanza de toparme con algún mensaje romántico inesperado. No hay ninguno, ni romántico ni de los normales. Alberto, por si acaso, no dice ni mu. Igual se cree que no he ido porque no me atrevo. Lo tiene claro. Miro el reloj y compruebo que todavía estoy a tiempo, así que decido pasarme por la tienda ahora mismo. No me apetece nada, no es un plato de buen gusto, pero quiero dejar esto cerrado cuanto antes para no tener que volver a pensar en ello nunca más. Necesito cerrar del todo esa fase para poder mirar hacia delante sin lastres inútiles.

Por la noche, sentada delante de una cena que pretende compensar lo que no he comido desde el desayuno, hago balance de este extraño día que ya se acaba. Han pasado tantas cosas que se me ha hecho larguísimo. Estoy cansada y decido irme a la cama sin pasar por el sofá. El móvil vibra y recibo un mensaje que va a hacer que duerma mejor de lo que lo he hecho en mucho tiempo.

No paro d pensar n ti. Q dscanses :* :*

Capítulo 8

(Perfect for me, Ron Pope)

El resto de la semana la paso metida en casa, haciendo lo que hacemos algunas personas cuando se nos mete en la cabeza que vamos a empezar una nueva etapa de nuestra vida: limpieza general y vaciado de armarios. Cuando termino, tengo tres enormes bolsas de basura bien repletas: dos para el contenedor de ropa y otra con objetos inservibles que, no nos engañemos, no valen ni para la beneficencia.

El viernes a mediodía empiezo a sentir esa especie de frenesí que precede a lo que se espera que sea una gran cita. En estos días, Erik ha seguido enviándome mensajes de esos que te derriten entera. Me dice que piensa mucho en mí, que no esperaba que lo que pasó entre nosotros fuera tan especial, que le he calado muy hondo y que está deseando volver a verme. ¿Lo mejor de todo? Que yo siento exactamente lo mismo.

Quedamos en un bar y cuando llego él todavía no está allí. Me acerco a la barra y pido una cerveza. Creo que puedo tomar un par de copas sin miedo a hacer el ridículo pero, por si las moscas, prefiero empezar suave. Doy el segundo sorbo, dejo la botella en la barra y Erik me abraza desde atrás y deja en mi nuca un beso que me hace estremecer. No espero más y me cuelgo de su cuello. Ha sido una semana muy larga, de darle vueltas a la cabeza (además de

a los armarios) y de desear un beso que parecía que no iba a llegar nunca. Cuando nos tocamos con la lengua, compruebo que esto no se ha enfriado, sino todo lo contrario.

—Pensaba que el viernes no iba a llegar nunca —me susurra, sin dejar de abrazarme—. Se me ha hecho eterno...

—También a mí —reconozco—, aunque he estado bastante entretenida.

—¿Qué has estado haciendo?

—Poner orden en mi vida —sonrío.

—¿Ni más ni menos? Pues sí que te han cundido cuatro días sin trabajar...

—La verdad es que sí. Ahora ya estoy preparada para que llegue todo lo nuevo.

Nos miramos a los ojos. He lanzado mi mensaje, aunque de forma indirecta, y espero a que sea él quien diga algo.

—¿Sin miedo? —pregunta, y me hace dudar un poco. Sí que tengo algo de miedo, sobre todo en lo que se refiere a él. Sé que habrá otro trabajo esperándome por ahí (ojalá que no tarde demasiado en llegar), pero no estoy segura de que haya otra persona que me haga sentir igual que cuando estoy con Erik. Mis reacciones a sus caricias, a sus besos, son tan primarias que resulta casi imposible imaginar cómo sería renunciar a ellas. Vivir sin él, ahora que lo conozco, sería como pasar del color al blanco y negro.

—Sin miedo —digo, al final, como si diciéndolo en voz alta exhortara las dudas.

—Me encanta que seas así —responde, y volvemos a besarnos durante tanto tiempo que ni siquiera somos capaces de calcularlo.

Nos quedamos en el bar hasta terminar nuestras cervezas y luego salimos a la calle, cogidos de la mano. Es como si no pudiéramos dejar de tocarnos. Como si, cuando estamos juntos, tuviéramos que mantener constantemente el contacto para no sentir que flotamos a la deriva. Damos un paseo nocturno mientras seguimos contándonos miles de cosas, todo lo que se nos pasa por la cabeza. Parece que nos conociéramos desde hace mucho tiempo, que hubiéramos sido amigos en un pasado muy lejano, después hubiéramos perdido el contacto y ahora volviéramos a encontrarnos y recuperásemos el anterior *statu quo*.

Saltamos de tema en tema, nada parece estar vetado. Me habla de su niñez, nada fácil, y siento una emoción que me hace acercarme aún más a él, como si mi cercanía pudiera llenar vacíos en su alma. Me pregunta por mi infancia y casi siento pudor de reconocer que no hay nada duro en ella. Fui una niña feliz, en un hogar feliz y respaldada por una familia que me quería (y aún lo hace).

—Puede que por eso te hayas convertido en la mujer perfecta que eres ahora, ¿no? —me dice, sin mostrar afectación.

—No me considero perfecta —digo, con sinceridad—. Soy muy consciente de mis defectos, pero creo que convivo con ellos en bastante armonía.

—Eres perfecta para mí —dice Erik, mirándome a los ojos.

Curiosamente, en ese momento entro en pánico. Estamos en la segunda cita, aunque nos viéramos por primera vez hace meses. Hemos compartido intimidad física y hemos hablado mucho, sin tapujos, desnudando también nuestro interior ante la otra persona. Sin embargo, siento que es demasiado pronto para decirnos determinadas palabras. Aún no nos conocemos lo suficiente y tengo la sensación de que ir por ese camino solo conseguirá estropear lo que a mí me gustaría construir.

—Oye, Erik, no hace falta que...

—Ya lo sé —me interrumpe—. No hace falta que te diga cosas bonitas para que te acuestes conmigo, ¿no?

—Está claro que no.

—Lo sé —repite—. Así que piensa que no te las digo por eso. Eres perfecta para mí —insiste—, hoy, ahora, en este momento. No sé lo que pasará más adelante, ni tú tampoco. Pero esta noche no hay nadie más con quien me gustaría estar, ¿vale? No se me ocurre nadie mejor que tú para pasar las siguientes horas. Solo por eso, eres perfecta.

Genial. Ha echado mano de la dialéctica y, con el colocón de endorfinas que llevo encima ahora mismo, no soy capaz ni de llevarle la contraria. Además, me ha dicho cosas muy bonitas y no recuerdo por qué me había molestado al principio. No podía ser nada importante ya que, tal y como lo ha explicado, yo siento lo mismo por él. En este momento, si mi vida fuera una novela gráfica humorística, en el bocadillo de fantasías saldría mi imagen saltando dentro de una piscina olímpica.

—Gracias por decir eso —logro responder—. Tampoco hay nadie más con quien yo quisiera estar.

Lo digo y es cierto, de repente lo entiendo. Antes de Erik ha habido otros: con unos ha sido superficial y con otros más profundo; con unos he sido fiel y con otros polígama; algunos me han llegado y de otros apenas recuerdo el nombre. Siempre he tratado de no hacer daño a nadie, de tratarlos a todos como me gustaría que me trataran a mí. Unas veces lo he conseguido y otras... Bueno, es difícil conducirse siempre con rectitud, todos cometemos errores. El caso es que, desde que besé a Erik por primera vez, las ganas de que otro hombre se me acerque han desaparecido. Una vez más y como todo lo que le rodea, parece que ha sido por arte de magia.

Después de estrechar un poco nuestra reciente relación con estas confesiones que acabamos de hacernos, le propongo que vayamos a mi casa. Ahora que sé que ambos queremos algo más que una sola noche de sexo, no veo por qué no podemos seguir viéndonos en la comodidad de mi hogar.

—Vamos donde tú digas —me dice—. Solo quiero estar contigo todo el tiempo que pueda.

Mientras, lejos de nuestra historia de tortolitos, Indira se afana por descubrir cómo coño hace una para subirse al columpio de Diego sin poner en peligro los refinados rasgos de su fisionomía (sin romperse la cara, vamos).

—Eres muy tenaz, ¿no? —le pregunta el joven, vestido solo con un pantalón deportivo gris que usa para estar en casa.

Indira lleva la camiseta de algodón blanco que él llevaba cuando ella pareció ante su puerta con una botella de vino y una bolsa con comida vietnamita. Ambas, botella y bolsa, siguen intactas sobre la mesa de la cocina de Diego.

—No me gusta no poder hacer algo —explica ella—. Lo siento, pero no soy de las que se rinden con facilidad. Las novedades son un reto para mí —le dice, mientras le observa colocar de nuevo el columpio en el techo del vestidor.

—Me parece bien —dice Diego, muy simpático. Es un joven natural cuyo carácter no se ha corrompido por la perfección de su belleza—. Pero, ¿no podíamos cenar algo antes? Ya sabes, para reponer fuerzas...

—¡Ni lo sueñes! —bromea Indira—. No pienso subirme ahí con la panza llena de rollitos vietnamitas. Qué poco sexy sería...

—¿Te hincha la comida oriental? —pregunta él, sin mirarla.

Indira se ofende y se ruboriza hasta las cejas. Pero entonces Diego se da la vuelta, sin poder contener por más tiempo un ataque de risa.

—¡Es broma! —le dice, haciendo un hábil movimiento que la deja tumbada en el suelo con él entre sus piernas—. El otro día cenaste italiano y estabas bastante sexy...

Diego sonrío, seductor, a escasos milímetros de la boca de Indira y ella no puede resistirse a semejante despliegue de encantos (físicos y verbales). Comienza a besarle y lo rodea entrelazando los tobillos en su espalda. Su cuerpo reacciona al movimiento de las caderas del chico.

—¿Has terminado de colgarlo? —le susurra, impaciente.

—Está listo —responde él.

Por segunda vez, Indira trata de encaramarse en el mismo columpio que, una semana antes, le provocó una contusión accidental en plena cara. Como ha dicho, no es mujer que se rinda ante las dificultades y la perspectiva de follar con un tío como Diego en un columpio colgado del techo es tan excitante que no dejará pasar la oportunidad por nada del mundo.

Esta vez, sin embargo, está más tranquila y se deja ayudar. Diego es amable y ha conseguido ganarse su confianza. Pese a su apariencia de ligón, la trata

con dulzura y le ha demostrado que, en sus manos, el placer está asegurado. Así que se deshace de la camiseta blanca y obedece las indicaciones de su compañero de juegos. En menos de dos minutos, el cuerpo desnudo de Indira pende del techo y su imagen se refleja en los espejos que cubren las puertas de los armarios.

Diego, con el pantalón aún puesto, comprueba por última vez todas las sujeciones: cinchas en las muñecas, una bajo el pecho, dos en los muslos y dos más en las rodillas.

—¿Te sientes bien? —le pregunta.

—Me da miedo moverme —confiesa ella, recordando lo ocurrido la semana anterior.

—Tranquila, pequeña, hoy no te vas a caer.

Se cuela entre sus piernas y acaricia su mejilla con ternura, esperando que ella le confirme que se siente preparada. Indira asiente, tratando de sonreír. No está segura al cien por cien, pero eso no lo confesaría ni por nada. El miedo se entremezcla con una excitación cada vez mayor cuando Diego se agacha y comienza a besarla. Se siente del todo a su merced pero, lejos de incomodarla, esa situación le gusta más de lo nunca hubiera imaginado. No podrá llevar la voz cantante, desde luego, pero está segura de que Diego será capaz de hacer que sea increíble para los dos.

Poco a poco, sin prisa, Diego recorre su cuerpo dejando un reguero de besos y saliva en cada centímetro. Cuando roza algunos puntos, Indira no puede evitar estremecerse y las cintas que la mantienen en el aire comienzan un suave vaivén a cuyo ritmo los dos tendrán que acompasarse.

Después, Diego se deshace del pantalón y rodea a Indira, que deja que su cabeza caiga hacia atrás hasta que él la sostiene entre sus manos y la guía hasta su prominente erección. En el fragor del momento, Indira abre la boca y le permite entrar en ella hasta las profundidades de su garganta, sin tener en cuenta las consecuencias de oprimir la úvula con un cuerpo extraño.

—¡Puagh! —No puede evitar una arcada tan potente que Diego se retira al instante y vuelve a colocarse delante de ella, para comprobar que se encuentre bien. Por suerte, no habían cenado.

A Indira le lagrimean los ojos y, como tiene las manos sujetas, lo único que puede hacer es sorber enérgicamente los mocos, antes de que se le caigan. El encanto se ha roto.

—Lo siento, ¿estás bien?

—Sí, sí, tranquilo —responde la chica, con rabia—. Vamos a seguir.

—Oye, Indi —insiste él—, no estás obligada, ¿vale? Esto es un juego, unas veces sale y otras...

—¡Que no pasa nada, joder! —replica Indira, tratando de sonar desenfadada pero sin lograrlo en absoluto.

Diego la mira en silencio. No entiende el empeño pero está empezando a sentir una presión incómoda.

—Mira, Indi...

—Venga, tonto, que no ha sido nada... —dice ella, melosa, cambiando de táctica. Prueba a contonearse y mirarlo con deseo, pero las lágrimas siguen en sus ojos y su nariz gotea sin remedio.

Tras un instante de duda (no es fácil resistirse a la imagen de Indira

desnuda y con las piernas abiertas), Diego comienza a soltar las cinchas de sus muñecas para que pueda sostenerse mientras libera el resto de su cuerpo.

—Mejor lo dejamos, ¿vale? —comenta, mientras la libera por completo y la ayuda a apoyarse en el suelo.

Ella no dice nada. Joder, ¿qué va a decir? Está muerta de vergüenza, el momento ha pasado y puede que sea la última vez que se enrolla con el chico. Nunca dijeron que volverían a verse y está casi segura de que no volverá a juntar el valor para presentarse en su casa con cena y una botella de vino. Su rechazo sería difícil de superar en esas circunstancias.

Sin entender por qué, le entran unas ganas locas de ponerse a llorar. ¡Lo que faltaba! Hacer el ridículo una vez detrás de otra.

—Voy al váter... —murmura, intentando retirarse con dignidad. No puede evitar que Diego se dé cuenta de que llora.

Capítulo 9

(*You, Me And Gravity*, Koven & Crystal Skies)

La noche se alarga para nosotros como si las horas fueran elásticas y pudiéramos tirar de ellas hasta conseguir que parezca que nunca van a terminarse. Las palabras no me alcanzan para describir tantas sensaciones, tanta locura, tanta entrega. Es como si no hubiera nada más en el mundo mientras nos tocamos, mientras nos recorremos y jugamos con nuestros cuerpos, que parecen arder en la penumbra de mi habitación.

Su olor se impregna en mí, evocando deseos que rayan lo desconocido. Hundo los dedos en su pelo y me aferro, mientras devoro sus labios. Él presiona una y otra vez, hundiéndose sin descanso entre mis piernas, empujando como si con cada embestida se dejara un poco del alma en mi interior. Su boca aspira mis gemidos, que bajan hasta su pecho, rebotan, y vuelven a subir disfrazados de su voz.

Todo es tan intenso que ni nos molestamos en buscar otras posturas que nos satisfagan. Ciegos y sordos, lo único que sabemos hacer es apretarnos el uno contra el otro al ritmo que marca nuestra frenética respiración. Al final, en la cúspide de la satisfacción, nos fundimos en un abrazo tan apretado que tengo que inspirar cuando él espira para recuperar el resuello.

Minutos después, nos tendemos en la cama exhaustos y felices, tomados de

la mano y sonriéndonos como si el sexo hiciera desaparecer todo lo malo que pueda haber en nuestras vidas.

—Hacía mucho que no disfrutaba tanto.

No lo digo por hinchar su ego masculino, sino porque es la verdad. Hay muchas clases de sexo y este es de los que te deja embriagada durante los siguientes tres días. Si nos conociéramos más, ni siquiera tendría que decirlo. Él sabría que las respuestas de mi cuerpo, los gestos de mi rostro y el tono de mi voz no mienten.

—Hacía mucho que no disfrutaba de ninguna manera... —responde, haciéndome pensar irremediabilmente en la mujer con la que comparte su tiempo.

—¿Cuánto? —le digo, y me arrepiento enseguida.

—No lo sé... Algo más de un año.

Un año es mucho tiempo. No sé si puedo creer que no haya estado con nadie en ese periodo.

—¿Un año? ¿Sin estar con ninguna mujer?

—¿No te lo crees? —parece adivinar—. ¿Con quién iba a estar?

No contesto. No sé qué decir. No quiero transmitirle mis dudas en este preciso momento.

—Te dije que entre ella y yo no hay nada, pero eso no quiere decir que no haya respeto. Si crees que esto no es más que una infidelidad en un mal momento de mi matrimonio, estás equivocada. Nunca he ido buscando nada parecido, pero ahora te he conocido a ti...

¿Qué quiere decir con eso? No es que quiera hacerme la tonta, comprendo lo que dice. Pero me cuesta asimilar que me hable de algo más profundo la segunda noche que pasamos juntos.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella? —Creo que es el momento de saber más, de tener toda la información.

—Casi quince años.

Madre mía. Quince años. ¿Dónde me estoy metiendo?

—Eso es mucho tiempo —digo, aterrorizada.

—Ya lo sé, pero no todo es cuestión de cantidad.

—¿Cómo están las cosas entre vosotros? —le pregunto—. Me gustaría saber toda la verdad.

—Ya te lo he dicho. Hace más de un año que no nos acostamos. De hecho, hace como seis meses que ni siquiera nos damos un beso de verdad. No hay nada, en serio.

Quiero creerle sin reparos, pero me cuesta mucho. Lo que dice no tiene sentido, no para mí.

—¿Nunca has pensado en... dejarlo? No por mí, entiéndeme. Me refiero a

terminar la relación y rehacer tu vida.

—Nunca ha habido nadie y nuestra situación no es fácil. De hecho, si me marchara, ella lo tendría muy muy difícil.

—Entonces, ¿te quedas en un matrimonio que no te hace feliz por su bienestar?

—No estamos casados —me aclara, aunque después de quince años, eso no tiene ninguna importancia—. Pero sí, eso es más o menos lo que estoy haciendo. ¿Es demasiado para ti?

Vale, hemos llegado a la pregunta del millón. ¿Qué le digo ahora? No tengo ni idea, esa es la verdad. ¿Demasiado? Está claro que es difícil de aceptar, pero demasiado implica que no puedo con ello. Y la alternativa es dejar de verle a él, ¿no? Eso sí que me asusta.

—No lo sé, Erik. Solo hemos pasado dos noches juntos. No puedo exigirte nada ahora mismo —me sincero—, pero me gustaría pensar que, si esto va hacia delante, tengo alguna oportunidad de ser feliz contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si, en un futuro, podrías plantearte cambiar tu situación o lo que me estás diciendo es un no rotundo.

Duda antes de responder.

—No puedo saber cómo será el futuro, pero te pido un poco de paciencia. En este momento no puedo dejarla tirada, ¿comprendes? No tiene dinero para vivir por su cuenta ni un trabajo que le permita pedir un crédito ni... No puedo, no puedo dejarla en la calle.

—No te estoy pidiendo eso —aclaro, sintiéndome mal ante una perspectiva tan patética—. Solo te pregunto si más adelante, cuando la situación cambie, podrías pensar en tomar alguna decisión.

—Si la situación cambia... Claro, entonces mi vida podría cambiar.

Me lo dice, pero no veo que esté convencido. ¿Qué es lo que pasa, en realidad? Me dice que sí pero es como si él mismo no se lo creyera. ¿Tan atado está a esa mujer que ni en el futuro puede pensar en dejarla?

—Pero, Erik, ¿todavía la quieres?

—Siento cariño por ella —me dice—. Pero no estoy enamorado. No quiero que seamos pareja, pero no puedo dejarla en la estacada después de tanto tiempo. Ella no tiene la culpa de que mis sentimientos hayan cambiado, no merece pagar el pato.

Comprendo lo que dice, pero eso no hace que sea menos doloroso para mí. Hacía mucho que no encontraba una persona por la que sintiera tantas cosas como siento por Erik y encontrarme con este panorama no me resulta precisamente agradable. Puedo entender sus argumentos pero ¿en qué lugar me deja a mí su decisión? ¿Tengo que seguir adelante aceptando esas condiciones? ¿Echarme atrás? ¿O tengo algún tipo de derecho a exigirle algo? Estoy bastante segura de que la respuesta a la tercera pregunta es que no, así que solo puedo decidir entre lo uno o lo otro, seguir o no seguir, arriesgar o rajarme.

—¿Qué piensas? —me dice, entristecido—. ¿Me das la patada?

—No seas injusto —le reprocho, por primera vez—. Yo no te doy ninguna

patada. Pero pienso muchas cosas y la verdad es que ninguna está muy clara. No voy a mentirte, para mí no es fácil aceptar esto que me estás contando.

—Lo entiendo, y te doy las gracias por no largarme a la primera de cambio—dice, con el brazo debajo de la cabeza y la vista fija en el techo—. Solo puedo repetirte una vez más que yo tampoco te he mentido y que tú para mí eres especial. No puedo decirte nada más. Lo siento...

Decido dar por terminada la conversación y me abrazo a él para dormir un poco antes de que la noche se nos termine. Después de lo que hemos hecho, creo que ya da lo mismo que durmamos abrazados o que follemos otro par de veces. Así que apoyo la cabeza en su pecho y trato de relajarme mientras él me rodea con el otro brazo y me acaricia suavemente la espalda. Por un momento, creo que no lo voy a conseguir pero los rayos de sol que se cuelan por las rendijas de la ventana horas después me desmienten.

Con los ojos aún cerrados, doy unas cuantas vueltas en la cama sin encontrar resistencia por ninguna parte. Sobresaltada, me espabilo y me doy cuenta de que Erik no está conmigo. Un vistazo al suelo de la habitación y confirmo que su ropa no está donde la dejó tirada anoche, cuando nos desnudamos antes de comernos vivos.

—¿Erik? —lo llamo, sin muchas esperanzas—. Erik —repito, con un tono algo más enérgico.

Nada. El piso está vacío. Bueno, yo estoy dentro, pero no hay nadie más. Genial. ¿Será posible que me haya dejado tirada después de la conversación que tuvimos anoche? No puede ser, no estoy dispuesta a creerlo...

Me pongo una camiseta y un pantalón de pijama y voy directa al cuarto de baño, a lavarme la cara y hacer unas gárgaras, que es donde parece que me ha mandado el chico de mis sueños. Me cepillo las greñas y las recojo en una coleta; hasta el pelo en la cara me va a molestar en el día de hoy. Voy a la cocina y pongo a calentar una taza de leche en el microondas. Luego le echaré un par de cucharadas de café soluble y ese será mi maravilloso desayuno de sábado. ¡Qué rabia! Le van a dar por el saco a mi taza de leche... Me voy a vestir y me bajo ahora mismo donde Gael, a que me ponga un café en condiciones y a arramplar con lo que tenga en la barra de dulces.

Apago el microondas y me dispongo a ponerme cualquier cosa con la que pueda salir a la calle cuando el corazón se me para en el pecho: alguien está intentando entrar en casa. Echo mano de lo primero que pillo (un machete de cocina con el que desmenuzo pollos de vez en cuando) y me escondo en la cocina, desde donde puedo ver la puerta de casa. ¿Dónde coño está mi móvil? Ay, joder, en la sala, en el bolsillo de la chamarra que llevé anoche. ¿Tendré tiempo de ir hasta allí y llamar al 112 antes de que el psicópata entre en casa y me desmiembre? No lo creo... Voy a tener que defenderme yo solita o gritar tan alto que se asuste y se marche por donde ha venido. Solo que no me sale la

voz. Estoy tan asustada que tengo la garganta bloqueada. Tendré que confiar en el machete, que ahora mismo tintinea contra la pared debido al temblor que sacude mis manos.

Aprieto el mango con más fuerza y levanto la mano para estar preparada. Con el filo que tiene, mal se tiene que dar para no hacerle una buena avería en la cabeza al intruso. Entonces, mi pánico se dispara al ver cómo el ruido de la cerradura cesa y la puerta se abre poco a poco, como en una película de suspense. Alguna extraña fuerza interior (véase la locura, por ejemplo) se adueña de mi cuerpo y me abalanzo hacia la puerta con el machete en alto y, por fin, a grito pelado. A punto de descargar un golpe sobre el maromo que se ha colado en casa, el subconsciente me detiene a tiempo de evitar que le parta el cráneo en dos a Erik, que levanta ambas manos por encima de la cabeza y se echa hacia atrás, totalmente acojonado. De la mano derecha le cuelga una bolsa de papel de la panadería de abajo.

Nos quedamos los dos en silencio, mirándonos en *shock*, hasta que él se me acerca muy despacio, como si todavía pensara que lo voy a matar, y empieza a hablar en voz baja.

—¿Estás bien? —me dice—. He ido abajo a comprar algo para desayunar. Me he llevado tus llaves para no despertarte...

Poco a poco, voy bajando la mano homicida y cerrando la boca, que se me había quedado abierta en pleno grito. Con esfuerzo, trago saliva. Me he hecho daño en la garganta, así que supongo que me habrán oído gritar hasta los del quinto. Es lo mismo, que les den. Ellos ponen la tele altísima a la hora de la siesta.

—¿Estás bien? —repite Erik, preocupado.

—Sí, perdona —contesto, tratando de recuperar la calma—. Pensaba que te habías marchado y luego he oído cómo manipulaban la puerta y pensaba que me estaban entrando a robar. Y he cogido lo primero que he podido porque creía que no me daba tiempo a llamar al 112. Eso ha sido...

—Ya veo —dice él—. Lo siento mucho, no quería asustarte. ¿Sueltas ya el machete?

—Ay, sí, sí —le digo, riendo nerviosamente. Luego devuelvo el artillugio matatorio a la cocina y me siento en una de las sillas, con el corazón todavía galopando. Cuando me dé el bajón de adrenalina, me voy a tener que meter en la cama.

—¿Seguro que estás bien?

—Claro, claro. ¿Qué has traído? —digo, para cambiar de tema y no morir de vergüenza por casi partirle la cabeza por error.

—No sabía qué querías, así que he traído lo que más me gusta a mí: magdalenas de chocolate.

Abre la bolsa y saca dos *muffins* triple chocolate como los que tiene a veces Gael en el bar. ¡Qué ricos!

—Eso son *muffins* —le digo—, no magdalenas.

—¿Qué diferencia hay? —me pregunta, encogiéndose de hombros.

—Básicamente, el precio —bromeo.

—¿Te apetecen o prefieres que baje a por otra cosa?

—No, qué va. Me encantan. La pena es que solo tengo café soluble.

—Yo solo quiero leche —me dice, y no sé por qué, me sorprende que un tío de nuestra edad desayune *muffins* con leche.

—Pues coge la taza que hay en el microondas, que ya está caliente, y yo me pongo un café.

Mientras desayunamos, Erik me hace una pregunta evitando mirarme directamente.

—¿Por qué pensabas que me había marchado?

Me cuesta responder con sinceridad, pero me obligo.

—Ya ves, cuando me he despertado no estabas aquí y no habías dejado ningún tipo de aviso, una nota o algo. No podía terminar de creerlo, pero por un momento he pensado que te habías marchado antes de que me despertara. A veces la gente lo hace, ¿no?

—Yo no haría eso —dice, ahora sí, mirándome—. No después de todo lo que te dije anoche.

—Eso pensaba —respondo—, pero no sé... Como no estabas... —repito, tontamente.

—No lo haría —insiste Erik—. Si no quisiera verte más, te lo diría a la cara.

—Vale —acepto, sintiéndome avergonzada por su malestar.

Al de un rato, olvidado el incidente de la histérica con el machete, Erik me dice que tiene que marcharse ya. Por supuesto, era de suponer, pero no deja de molestarme la sensación de que tenemos que racionar nuestro tiempo cada vez que nos vemos. Trato de que no sea demasiado evidente pero, antes de irse, me dice unas palabras que me ablandan el corazón.

—Te vas a cansar pronto de aguantarme, ¿no?

Lo reconozco, me da pena de él. Puede que sea el sentimiento equivocado, pero es lo que hay.

—Todavía no —le digo, antes de entregarle un trocito de mi alma para que se lo lleve a su casa y lo esconda de la mirada de la mujer que vive con él.

Me abrazo a su cuerpo e inspiro una vez más su olor para luego despedirme hasta algún momento indeterminado de la semana que viene.

Capítulo 10

(With a little help from my friends, Joe Cocker)

Cuando sale del cuarto de baño, Indira no sabe dónde meterse. Se siente tan ridícula que no puede ni mirar a Diego a la cara. En realidad, ella no es el tipo de tía que participa en actividades sexuales fuera de lo común. Puede que sea un poco tigresa, pero no siente un interés especial por los juguetes eróticos ni las prácticas extraordinarias. Para una vez que se lanza, siente que ha metido la pata hasta el fondo: le preocupa lo que Diego esté pensando de ella, después de los dos incidentes nefastos con el columpio. Su ojo todavía está amoratado y, de la vergüenza, se le han quedado las ganas de vomitar en la boca del estómago. Lo mejor sería desaparecer inmediatamente y no volver a cruzarse nunca más con él, por mucha pena que le dé.

Porque la verdad es que le da un poco de pena. Está bueno, Diego. Y es simpático. No se comporta como una pensaría que lo va a hacer un tío que tiene un columpio en una sala con espejos. Pero, vamos, lo que ha pasado no lo superan ni queriendo, de eso está segura. Así que va en busca de su ropa y se la empieza a poner deprisita, a ver si logra evitar una conversación sobre lo sucedido.

Diego, por su parte, no sabe muy bien qué hacer. Indira es la primera mujer que sale herida de su columpio. Cada vez que recuerda cómo se cayó y se

golpeó contra su rodilla, se sonroja un poco por el apuro. Luego, esa noche, se presenta en su casa con el ojo morado y cena para dos, como si no hubiera pasado nada. La chica le gusta: es abierta y el sexo con ella es divertido. Pero le desconcierta su obsesión por que la cuelgue. No parece un deseo natural, es como si se sintiera obligada a hacerlo por algo. ¿Por él? No le gustaría que fuera así. Como ya le ha dicho, lo del columpio no es más que un juego: si sale, bien; si no, también. No hay por qué forzarlo, porque pierde toda la gracia.

Es la segunda vez que no sale bien con ella. Le ha metido la polla en la boca y, sin querer, se le ha ido hasta el fondo de su garganta. La pobre casi echa hasta la primera papilla. ¡Qué desastre! Con lo bien que había ido el primer polvo que han echado... Es una mujer muy guapa, atractiva y con una temperatura erótica muy alta. Le gusta follar con ella. Pero está convencido de que no volverá a subirla en el columpio, pase lo que pase. No después de verla irse llorando al cuarto de baño. Él no es la clase de perverso que disfruta viendo como otra persona se siente humillada, ni siente la necesidad de dominar a una mujer para excitarse. Solo quiere follar con quien le apetezca y cuando le apetezca, haciendo todo lo que ambos deseen hacer.

Ahora ella está en la sala, vistiéndose a todo correr y, probablemente, a punto de marcharse. No sabe ni qué decirle, pero cree que tiene que decirle algo. Así que se acerca con cautela y echa un vistazo rápido, a ver qué se encuentra. En efecto, ya casi tiene toda la ropa puesta y evita deliberadamente mirarlo. La atracción se ha terminado, ¿no? Es una pena, porque no le habría importado nada cenar con ella y tomar un par de copas antes de tirársela otra vez. Ni siquiera le habría puesto pegasa a que se quedara a dormir. Al fin y al cabo, no tiene que trabajar hasta el sábado por la noche. Resignado, se acerca y le comenta algo a media voz.

—Indira, ¿quieres que te acerque a casa?

«Ya está —piensa ella—, ya estoy sobrando aquí». Es normal, después de una cagada como esa. Quién sabe a qué clase de mujeres estará acostumbrado Diego. Seguramente, ninguna habrá montado un numerito como el de ella (¡y dos veces!). Tiene tantas ganas de llorar que apenas es capaz de contestar. Niega con la cabeza y, después de tragar la poca saliva que hay en su boca, responde.

—Ni te preocupes, aquí abajo me cojo un taxi.

Diego decide no insistir. No quiere que se sienta presionada. Si no le apetece su compañía, no va a forzarla.

—¿Quieres llevarte la cena? —pregunta, porque le hace sentir mal que ella haya gastado dinero en comida y en vino y ahora él se lo quede.

—Para nada —dice ella, con una sonrisa extraña y un poco tenebrosa—. Disfrútala, te invito.

Solo le faltaba tener que salir de su casa con la bolsa de comida vietnamita y el vino, tal como ha entrado hace unas horas. Que se la meta por dónde le quepa...

—¿Seguro que no quieres que te acerque a casa? —insiste Diego, que no había esperado que lo suyo con Indira terminara así de mal.

—Segurísimo —dice ella, todavía sin mirarle. Con toda la ropa ya encima, agarra el bolso y se va hasta la puerta despidiéndose sin mirar atrás—. Nos vemos.

Cierra de un portazo involuntario, dejando a Diego aturdido por el desarrollo de los acontecimientos. Debería haber impedido que se fuera así, de mal rollo, pero no ha sido capaz de reaccionar a tiempo. Molesto con ella por hacer que se sienta mal, se dirige a la cocina y abre la bolsa de comida. Qué irónico, todo está frío y poco apetecible, como lo suyo con Indira. Vuelve a cerrar la bolsa y la tira a la basura. De todas formas, no le apetece comer. La noche tenía que haber terminado de una manera muy distinta, pero ya no merece la pena darle más vueltas. En cambio, abre la botella de vino y se sirve una copa. Al primer sorbo nota el cuerpo y la personalidad de la bebida: deliciosa, potente a la par que suave, especial, inolvidable... No debería haberla dejado marchar.

Entre tanto, Indira sube a un taxi y le indica la dirección de su casa. En la intimidad del asiento trasero, por fin se permite llorar a gusto, sin seguir luchando contra el nudo que le oprime la garganta. ¿Cómo ha podido salir todo tan mal? No es que esperara una relación seria, ni nada por el estilo, pero pensaba que aún les quedaban algunas ocasiones en las que disfrutar juntos, divertirse, pasarlo bien.

Seguramente Diego no querrá volver a verla en la vida, después de tanto desastre junto. ¿Quién le habrá mandado a ella meterse en jardines? ¿De dónde habrá salido la idea obsesiva de subirse a ese puto columpio a cualquier precio? No lo sabe pero, desde luego, en el pecado lleva la penitencia.

A las once de la mañana, tras una noche tormentosa (y no estoy hablando del tiempo), Indira me llama por teléfono.

—¿Estabas dormida?

—¡Qué va!

Si ella supiera... Con la tensión de no dejar de pensar en Erik y en la otra mujer (ah, no... ¡que la otra soy yo!), he cambiado las sábanas, puesto la lavadora, el lavavajillas, limpiado los cristales y organizado la nevera en tiempo récord.

—¿Estás bien? —pregunto, mientras aprovecho la llamada para tirarme un rato en el sofá y descansar de mi frenesí doméstico.

—No mucho...

—¿Qué pasa? ¿Curro o personal?

—Personal.

—¿Me lo cuentas?

—Me da palo...

—Y ¿para qué me has llamado?

—Vale, te lo cuento. Anoche me planté en casa de Diego con cena y vino, me colgó otra vez, me dio una arcada grandísima y todo se ha ido a la mierda.

—Uf... —resoplo. No es fácil, así, de improviso, tener una buena respuesta para esto que me está contando—. Lo siento, Indi. ¿Por qué no pasas por aquí y charlamos mientras me ayudas a actualizar mi currículo?

Ella acepta (señal de que no está bien) y en poco más de media hora la tengo en casa, con los ojos que da miedo vérselos de haberse pasado la noche llorando. Entre el moratón, que todavía no se ha quitado, y el enrojecimiento y la hinchazón, la pobre está hecha un asco. Le doy un abrazo prolongado y le froto la espalda, tratando de consolarla.

—No sabía que ese chico te había calado tan hondo...

—¿Qué dices? No es nada de eso —responde, ofendida. Se quita el abrigo y lo deja tirado en el sofá. Después se sienta—. Lo que pasa es que estoy frustrada. Para una vez que me lanzo a probar cosas nuevas, me sale rana. Casi vomitar el desayuno a las dos de la mañana delante de un tío como Diego da bastante vergüenza, ¿sabes? Pero si encima estás en pelotas, despatarrada y colgando de unas cinchas... Pues ya te puedes imaginar. Me siento como si hubiera hecho el ridículo supremo.

—¿Qué dijo él? —Me gustaría saber si su reacción ha influido en este estado de ánimo tan deplorable de mi amiga.

—Nada. Me escondí en el baño y, al salir, me vestí en dos segundos y huí de su casa como una flecha.

—¿Y no dijo absolutamente nada?

—Me preguntó si quería que me acercara a casa. Ya ves que me dejó bien claro que no quería que me quedara.

Pues menudo capullo... ¡Mira que ver a Indira medio llorando y no ser capaz de tranquilizarla antes de ponerla de patitas en la calle! ¡Qué payaso!

—Está claro que los guapos de anuncio se lo tienen muy creído —comento, dando inicio al proceso de sanación de mi amiga mediante el vilipendio del tío que le ha hecho daño—. En serio, casi no merece la pena follárselos, Indi. Son todos unos... No sé. Primero te pone un ojo morado y luego te echa de su casa. Vaya imbécil...

—Hombre —dice ella—, tampoco es eso. Lo del ojo no fue culpa suya.

—Pero cuando la cosa se torció te quitó del medio, ¿no?

—Pues sí, más o menos. Es igual —dice, haciendo un gesto con la mano—, no quiero pasarme el día hablando de eso, no conduce a nada. Prefiero que tú me cuentes algo de tu maravillosa nueva vida.

En ese momento todo el agobio que permanecía agazapado tras la

preocupación por ella vuelve a golpear con fuerza. Me cambia la cara e Indi se da cuenta de que algo no va bien.

—¿Ha pasado algo? —tantea.

—Pues, nada nuevo, en realidad. Anoche estuvimos hablando sobre la mujer con la que vive.

—¿Qué pasa con ella?

—Teóricamente, nada —explico—. Viven juntos y no hay nada de nada entre ellos. Dice que hace más de un año que no se acuesta con nadie.

—¿Entonces?

—No sé, Indira. Le planteé la posibilidad de que la dejara en un futuro y no me gustó mucho su respuesta.

—¿Te dijo que no?

—Me dijo que ahora mismo no puede dejarla tirada. Y luego me dijo que, si su situación económica cambiara, podría plantearse hacer otros cambios. Pero no lo dijo convencido...

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Dice que yo para él soy especial y parece que quiere estar conmigo.

—¿Pero?

—Pero no estoy segura de que me apetezca andar así.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me extraña que se ande con tanto miramiento—. No te lo tomes a mal, ¿vale? ¿Esa mujer sabe todo lo que él te ha contado? Quiero decir que puede que él no te esté mintiendo pero, ¿ella está en el mismo punto?

La verdad, ni me lo había planteado. Pero Indira tiene razón, es importante. Si han llegado a un acuerdo y ella tiene claro que ya no son pareja, lo nuestro tiene alguna oportunidad. Si Erik no me miente pero no es claro con ella, eso lo cambia todo. Sobre todo, mi posición en esta historia y a sus ojos.

—No tengo ni idea —reconozco—. No lo había pensado.

—Pues deberías aclarar eso con Erik. Vamos, digo yo.

—Sí, tengo que hablar con él —musito, distraída por este nuevo punto de vista.

Pasamos el resto de la mañana sin hacer nada de provecho, apáticas, abandonadas en el sofá y olvidada por completo la tarea de escribir un currículum para que yo busque un nuevo trabajo. Con tanto lío de pantalones, lo que menos apetece es ser responsable y organizada. A la hora de comer, saco

toda la artillería pesada que tengo en la nevera (tampoco es mucho, ciertamente) y nos preparamos unos sandwiches de queso tostados y rebosantes de mantequilla fundida; freímos unos *nuggets* que tenía en el congelador (no están caducados de milagro) y, de postre, rebañamos una tarrina de helado alemán que tampoco recuerdo cuánto lleva en casa.

Después de tan saludable almuerzo, caemos otra vez en el sofá y los estómagos nos explotan de gula. Solo hay una cosa que se puede hacer cuando tienes semejante bomba de grasa en tu cuerpo y pretendes sobrevivir a la digestión: poner una comedia romántica y rezar por dormirte hasta que la sensación de ahogamiento se vaya disipando por sí misma. Y eso es justo lo que hacemos, echarnos una siesta sabadeña en mi sofá mientras Aston Cutcher y Britany Murphy se tiran los trastos a la cabeza.

Capítulo 11

(I was wrong, Arizona)

A eso de las siete y media me despierta el tono de llamada de mi móvil. Es Erik. Me invita a cenar con él esta noche. Todavía estoy medio dormida, pero acepto enseguida. Es como si supiera que no tenemos muchas ocasiones para estar juntos y me sintiera obligada a aceptarlas todas, por si acaso. Además, así podré preguntarle sobre lo que me ha dicho Indira.

—¿Paso a buscarte a las nueve? —me dice. Se le ve ilusionado y yo me contagio con facilidad. Ese es el efecto que él tiene en mí, esa es su magia.

—Vale, te espero aquí.

Me manda un beso y cuelga. Al dejar el teléfono en la pequeña mesa de comedor que hay tras el sofá, veo que Indira ya se ha despertado.

—Me marchó y te dejó arreglarte —dice, con la boca pastosa de sueño.

—No tengas prisa, no hemos quedado hasta las nueve y no me molestas.

—Es igual, de todas formas voy a ir a dar un paseo. Todo lo que hemos comido me está matando. Luego puede que llame a Finita, a ver si quiere que tomemos algo, o lo que sea.

—¿Y Tecla?

—Tenía no sé qué del trabajo, creo.

—¿Hablamos mañana? —sugiero, mientras ella se pone el abrigo y se

dirige hacia la puerta.

—Claro, *amore*. Te quiero, ¿vale?

—Yo también, pequeña. Ya lo sabes.

A las nueve y cinco suena el timbre. Bajo enseguida (llevaba un rato esperando nerviosamente) y montamos en su coche. Le pregunto dónde vamos, pero no me lo quiere decir. Dice que es una sorpresa. Se le ve de buen humor y eso hace que yo también lo esté. La sombra de nuestra conversación pendiente sigue ahí, pero no me tapa del todo el sol.

Por esas casualidades de la vida, resulta que Erik aparca y recorremos andando los últimos metros hasta el restaurante, que es el mismo italiano en el que cené con las chicas hace un par de fines de semana. Donde conocimos a Diego, el capullo del columpio.

No digo nada por dos motivos. Primero, no quiero chafarle el plan a Erik, que se ha preocupado de pensar en un sitio y hacer la reserva. Además, tampoco me apetece explicarle por qué me incomoda entrar ahí. ¿Qué le diría? ¿Que uno de los camareros se... Es igual, lo mejor será hacer de tripas corazón y confiar en que nos atienda otra persona.

Pero claro que no. La suerte me odia y, cinco minutos después de sentarnos, el capullo se acerca a nuestra mesa rodeado por un halo de masculinidad y varonil atractivo. Para más cachondeo, estoy segura de que se acuerda de mí y, por ende, se percata de que lo estoy mirando como si quisiera estrangularlo con la servilleta. Eso refrena un poco su sonrisa, aunque debo reconocer que es un profesional, no llega a perderla del todo.

Nos atiende con amabilidad y yo trato de no mirarlo demasiado. Pedimos una ensalada de rulo con frutos rojos, y una pizza grande para compartir. El restaurante es agradable, la música acompaña y la comida está muy rica, aunque yo esta noche no tengo un especial apetito (el queso fundido aún no ha abandonado mi estómago del todo, pero confío en hacerlo avanzar a base de brotes verdes y más queso).

Erik y yo charlamos de esto y lo otro, disfrutando de la cena. Me siento como una cobarde: está claro que estoy retrasando el momento de preguntarle por su ex, pero lo cierto es que su respuesta me da miedo. Al final, mientras me limpio las manos tras el último pedazo de pizza (me niego a comerla con cubiertos, por muy elegante que sea el restaurante), me lanzo torpemente y que sea lo que tenga que ser. Últimamente, desde que tengo una nueva vida, esa parece ser mi máxima: «hazlo y ya se verá lo que pasa».

—Te quiero preguntar una cosa —digo, sin preámbulos.

—Dime.

—Es que —dudo—, he estado pensando y... No te molestes, ¿vale? ¿Tu ex sabe que ya no sois pareja y todo eso?

No soy capaz de saber con exactitud si Erik se ha tomado la pregunta a bien o no, así que me quedo esperando que conteste.

—Pues claro, ¿cómo no lo va a saber? Ya te he dicho que hace mucho que no hay nada entre nosotros.

Un poco tirante, pero no creo que se haya enfadado.

—Pero ¿sabe que tú no quieres que se arregle? —insisto un poco, temiendo presionar.

—Hombre, tonta no es —me dice, pero no sé si eso responde del todo a lo que yo quiero saber. ¿Eso quiere decir que él cree que lo sabe, pero no se lo ha dicho directamente?

—Pero ¿lo habéis hablado? —persevero, infatigable.

—Creo que le estás dando demasiadas vueltas al tema...

Vaya, he tocado en hueso.

—Comprende que para mí es complicado.

—Claro que te comprendo, pero es que no hacemos más que hablar de ella —me dice—. Mira, yo ya te he dicho todo lo que puedo decirte. Sabes como están las cosas y sabes que quiero estar contigo, sabes que me encantas y... no sé si te lo he dicho, pero cuando estoy contigo soy más feliz de lo que he sido en mucho tiempo. Me gustaría que todo eso fuera suficiente.

No sé qué contestar. Vuelvo a estar en las mismas de siempre, con la única opción de confiar o no confiar en él. Siento que lo estoy complicando todo, nublando una oportunidad de estar bien con un hombre que me gusta muchísimo. ¿No habíamos quedado en que me lanzaba y ya se vería qué pasaba? Quizá sea eso lo que debo hacer, dejar de darle vueltas y decidirme de una vez a confiar. Erik me mira a los ojos y puedo sentir que dice la verdad, que le gusta y que es feliz cuando está conmigo. Puede que esto haya que resolverlo con mano izquierda, puede que tenga que esperar un poco más y, si lo nuestro va bien, más adelante podamos volver a hablar de él y de lo que tiene que cambiar en su vida. Al fin y al cabo, no hace ni dos semanas que estamos juntos. Porque...

—¿Estamos juntos?

—Estamos viendo cómo va... ¿Eso es lo que tú quieres?

Voy a decirle que sí, que claro que quiero, que ahora que he probado lo que es estar con él, ya no soy capaz de prescindir de sus caricias, de sus besos ni del calor de su cuerpo, aunque sea de vez en cuando. Pero entonces aparece Diego con el tiramisú y me corta el rollo. Deja los platos en la mesa y se queda ahí parado, frente a nosotros, como si esperara algo. Erik lo mira, asombrado, pero la mirada del camarero está fija en mí. Por fin se decide y me hace una pregunta, tratando de sonar despreocupado sin conseguirlo en absoluto.

—¿Cómo está Indira?

Esas tres palabras hacen que toda mi furia se despierte de repente. A duras penas consigo mantener un tono de voz aceptable para el lugar en el que estamos. Lo que de verdad me gustaría es mandarlo a paseo con una buena patada en el culo, pero tengo que conformarme con mucho menos.

—¿Te importa mucho? —le digo, con tanto veneno que, si me muerdo ahora mismo la lengua, me caigo redonda.

No dice nada. Mi respuesta lo pilla desprevenido. Sin embargo, yo vuelvo a la carga.

—Pues si tanto te importa, no haberla largado de tu casa, capullo. ¿Sabes? —escupo—, los tíos como tú me dais asco. Os creéis que podéis hacer lo que os da la gana porque sois guapos, que podéis tratar a la gente como os da la gana, ¿no? Pues que sepas que Indira es una mujer que vale mucho y no va a quedarse en casa llorando por un pringado como tú...

—¿De qué estás hablando? —responde cuando lo que le digo colma el límite de su tolerancia—. Yo no he largado a nadie de ningún sitio y a Indira siempre la he tratado con respeto. No sé lo que te habrá contado, pero no me gusta un pelo eso que has dicho. Vino a buscarme porque le dio la gana y se marchó porque quiso, sin dar ninguna explicación. Me ofrecí dos veces a acompañarla a casa porque me pareció que estaba disgustada, pero se empeñó en coger un taxi. ¿Qué es lo que tenía que haber hecho, según tú, un tío «como yo»?

Trago saliva, impactada. No parece un indeseable ni un chulo ni un sinvergüenza. Más bien parece un chico de lo más normal, preocupado por mi amiga, que salió pitando de su casa dejando pendiente una conversación. ¡Vaya corte! No sé por qué me da que acabo de meter la pata hasta la mismísima ingle...

Diego da media vuelta y se dirige hacia la cocina sin esperar a que le conteste. Normal. Con todo lo que le he dicho, pensará que soy la cretina número uno. ¡Ay, Indira! ¿No te habrás equivocado con este chico?

—¿Qué ha pasado? —pregunta Erik, que no comprende nada.

—Perdóname un momento —le digo, levantándome para salir detrás del camarero—. Ahora te lo explico.

Pierdo el culo por seguir a Diego y lo alcanzo cuando está a punto de entrar en la cocina.

—Diego, espera, por favor...

Me mira con evidente desagrado, mostrando las pocas ganas que tiene de escucharme.

—Lo siento mucho, creo que ha habido un malentendido —me disculpo, a ver si con eso consigo que me permita seguir hablando.

—¿Un malentendido? Yo creo que está todo muy claro: Indira ha tenido que hablar muy mal de mí para que tú me saltes al cuello de esa manera. ¿Me

equivoco?

Ay, madre. No sé muy bien cómo voy a salir de esta.

—No es culpa de Indira —le digo, tratando de salvar el pellejo de mi amiga a ver si así puedo salvar también el mío—. Ella no ha dicho que la trataras mal...

—¿Y qué es lo que ha dicho?

—Pues...

Pregunta difícil. Hago memoria rápidamente y pienso en lo que me ha contado Indi esta mañana. A ver, ¿qué fue lo que dijo? Que le había dado una arcada (no puedo reconocer delante de Diego que me ha contado eso) y que se había ido al váter. Que, al salir, él se había ofrecido a llevarla a casa (eso cuadra con la versión del chico). Que ella se había marchado...

Empiezo a entender lo que pasó entre ellos y dónde está el error. Lamentablemente, me parece que la culpa de esta situación la tiene mi amiga, así que voy a tratar de arreglar su metedura de pata y, por ende, la mía.

—Mira, lo siento mucho. Indira me ha dicho que se sintió mal y ella creyó entender que tú la invitaste a marcharse de tu casa por eso. Hemos hablado esta mañana y seguía disgustada. Y yo me había hecho otra idea de ti —reconozco—, pero ahora que te he escuchado... creo que yo también estaba equivocada. Lo siento muchísimo, de verdad.

—Yo no la eché —insiste.

—Ya me doy cuenta —concedo, agachando las orejas.

—Todo iba bien y de repente se volvió... raro. Se cerró en banda y no quiso ni hablar conmigo. Le dije que la llevaba a casa porque me pareció que ya no le apetecía quedarse y eran las dos de la mañana. ¿Dónde está la falta de respeto en eso? ¿Es que te ofreces a acompañar a casa a una mujer y se cree que la estás echando? ¿Estamos locos?

Madre mía. Desde su punto de vista, Indira debe de parecer... No sé el qué, pero seguro que yo todavía le parezco peor. No estoy segura de que haya una manera de arreglar esto. Por más que me disculpe, creo que está demasiado molesto como para aceptarlo. Y lo peor de todo es que, cuando se ha acercado a la mesa, no estaba molesto con Indira. De lo contrario, no me habría preguntado por ella. Ha sido mi reacción desproporcionada la que le ha hecho pensar que ella lo ha ido poniendo verde y por eso ahora está enfadado con las dos. ¡Qué cagada más gorda!

—Tienes toda la razón en enfadarte —digo, a la desesperada—, pero la culpa ha sido mía. He sacado conclusiones precipitadas sin saber toda la historia y...

—Conclusiones sobre lo que ella te ha contado —afirma Diego. Estrictamente hablando, así es, pero hace que parezca que Indi ha estado echando pestes por la boca.

—Ella no me ha contado tanto, en serio. Me parece que me he dejado llevar por los prejuicios y la he metido en un problema. Perdona, Diego.

No contesta, está claro que sigue enfadado. No me extraña, teniendo en cuenta que, tal y como él cuenta la historia, Indira es la mala de la película. Bueno, la mala no, solo la loca...

—¿Por qué no hablas con ella, a ver si podéis arreglarlo? —sugiero, metiéndome de lleno donde nadie me ha llamado.

—¿Arreglar el qué? —dice él, visiblemente dolido—. Su postura está muy clara. No hay nada que arreglar con alguien que piensa así de mí.

Dicho esto, se mete en la cocina dejándome con la enésima disculpa en los labios. Vuelvo a la mesa cabizbaja, completamente segura de haber cometido un tremendo error. La bronca que me va a caer cuando se lo cuente a Indi (sí, tengo que decírselo) va a ser histórica. Literalmente, pasará a formar parte de la historia de las broncas famosas, si es que eso existe.

—¿Que ha pasado? —vuelve a preguntarme Erik, que no se entera de nada, claro.

—He metido mucho la pata —le digo, roja como un tomate por mi reciente actuación—. La he jodido pero bien, habrá que dejar una buena propina...

Le hago un sucinto resumen de la historia, tratando de no parecer una chalada, y pedimos la cuenta con mi postre aún intacto sobre la mesa. Diego no viene a traérnosla. Es comprensible, después de cómo lo he tratado. En el último momento, justo antes de levantarnos y salir pitando del restaurante, se me ocurre una idea y la llevo a cabo con celeridad, sin compartirla con Erik. Cojo la cuenta, saco un bolígrafo que siempre llevo en el bolso y, en el margen del papel, apunto el nombre y el número de móvil de Indira. No sé si se habrán dado los teléfonos, pero voy a suponer que no, porque si no ella lo habría llamado en vez de presentarse en su casa. Una camarera bajita, rubia y muy mona se acerca a la mesa y, en vez de devolver la nota a su lugar, se la entrego a ella, que me mira extrañada.

—Por favor, ¿le puedes dar esto a Diego?

La chica me mira y luego mira a Erik, extrañada. Vale, pensará que es mi número y no comprenderá que le tire los tejos a un camarero habiendo venido a cenar con otro tío. Lógico. No obstante, compone una sonrisa profesional y recoge el papel que contiene los últimos cartuchos que voy a quemar esta noche. Por favor, por favor, que esto salga bien. Le sonrío con gratitud y me doy a la fuga, antes de volver a meter la pata de alguna manera que no puedo ni imaginar.

El incidente con Diego empaña el resto de mi noche con Erik. Sé que es un error no centrarme en disfrutar del tiempo que paso con él, pero no puedo evitarlo. No me quito de la cabeza la cara que se le ha quedado al chico cuando lo he acusado injustamente y, por mucho que me haya dicho que no había nada que arreglar, no estoy tan segura de eso. ¿Por qué se habría aventurado a preguntarme por Indira si no fuera porque ella le importa, aunque sea un poquito?

Para colmo de males, Erik me dice que esta noche no va a quedarse a dormir en mi casa, que no quiere verse obligado a dar explicaciones de su

intimidad a la mujer que vive con él y que, si pasara dos noches fuera, tendría que hacerlo. No puedo creer que me diga eso pero, como he decidido no presionarlo y darle un poco de tiempo a lo nuestro, no insisto, aunque se me parte un poco el alma de tristeza.

De no ser por esa chispa que se enciende en mi corazón cada vez que estoy con él, diría que tantos quebraderos de cabeza no merecen la pena. Sin embargo, sigo en ese punto en el que no puedo imaginar que prescindo de su compañía.

Capítulo 12

(It's my life, Bon Jovi)

Paso una noche de mierda, dando mil vueltas en la cama y sin pegar ojo hasta que casi amanece. Me levanto sobre las once de la mañana, con un dolor de cabeza espantoso y la moral por los suelos. Resumen global de la semana: un auténtico escombros.

Estoy sin trabajo y sin perspectivas de encontrar uno nuevo, puesto que no encuentro el momento para ponerme a buscarlo. Hay que solucionar eso porque, como me he despedido, no puedo cobrar el paro y el dinero que tengo ahorrado no durará mucho.

Mi relación con Erik avanza pero no avanza. Es decir, sigue adelante pero nada parece estar más claro que al principio. Él insiste en que le encanto y en que quiere estar conmigo, pero se cierra en banda en lo tocante a su «otra situación». Cuando estoy con él, parece que todo va bien y que el resto deja de tener importancia; cuando estoy sola, me asaltan las dudas y me pregunto si realmente es esto lo que quiero para mí.

Por último, el día de hoy será, con toda probabilidad, el de mi muerte. Tengo que llamar a Indira y contarle lo que pasó anoche pero, francamente, estoy acojonada. ¿Cómo voy a explicarle lo fatal que nos hice quedar a las dos con ese numerito que monté en el restaurante? Esto va a ser peor que abrir la

caja de Pandora, estoy segura.

Desayuno un paracetamol efervescente (cumbre de los medicamentos con sabor repugnante, solo superado por el Espidifén, la cera de oreja y... veamos... ¿la caca de perro?) y me voy derechita a la ducha. Nunca he sido partidaria de las duchas frías, pero hoy la necesito. Es eso o volver a la cama y no levantarme en todo el día. Así que soporto el chorro de agua durante casi minuto y medio y me envuelvo en la toalla algo más despejada debido a la tiritera.

No me apetece estar sola en casa, así que me pongo un vaquero y un jersey y, una vez más, me bajo a desayunar donde Gael, ahora que la droga está haciendo efecto y disipando la presión que me iba a hacer reventar los sesos. Lo mismo un buen café me alegra el día, que falta me hace.

Los domingos por la mañana no suele haber mucha gente desayunando. Digamos que, en general, los fines de semana el negocio no está tanto en las tostadas y los cafés como en la hora del vermouth, a eso de las doce y media o la una. Entro al bar y voy directa a la barra. Como siempre, la música acompaña sin molestar y solo el olor a café ya te transporta a un estado de conciencia mucho más relajado. Es curioso, los olores pueden hacer eso con las personas, despertar recuerdos o sensaciones gratas que mejoran el humor. También pueden hacer lo contrario, supongo, pero ese no es el caso.

No sé lo que pasa hoy, pero Gael no está como siempre. Me atiende con amabilidad, me pregunta qué tal estoy y me sirve con una sonrisa. Pero esa no es su sonrisa, estoy segura. Está disgustado por algo, o enfadado, o ambas cosas. Antes de que se me olvide, le pregunto por Inés.

—¿Cómo va ese tobillo roto?

—Mal —responde, escueto.

—¿Va para largo?

—Eso parece, sí.

—Y ¿cómo te estás arreglando? —me intereso, en vista de que una cocinera no es tan fácil de sustituir como una camarera, según tengo entendido.

—Pues de pena, para ser sincero. Tengo a una mujer en la cocina sustituyendo a Inés y no puedo soportar trabajar con ella —me dice, bajando la voz.

—¿Por qué? —susurro yo también.

—Es insufrible. No funciona del todo mal, pero es muy desagradable. No acepta ningún comentario, prepara lo que le da la gana y tiene un carácter espantoso. Me está amargando la vida, ¿sabes?

—¿Y no puedes hacer nada? —comento, compungida. Sé muy bien lo que es llevarse mal con alguien en el trabajo.

—¿Qué voy a hacer? No hay tanta gente esperando para hacer una sustitución con los días contados. Si pueden, se van a otro sitio con expectativas de quedarse, aunque cobren menos que aquí.

—O sea, que no tienes a nadie más, ¿no?

—No he encontrado a nadie, no. Si tuviera alternativa, no la soportaría, te lo aseguro.

—Lo siento mucho, Gael. Es una pena venir así al trabajo.

—Y que lo digas... Oye —dice de repente—, ¿tú no conoces a nadie que esté interesado? Me da igual todo, con tal de no soportar más a esta tía...

—Uf... ¡qué va! De hecho, mis amigas no son muy aficionadas a cocinar. La única que cocina soy yo, y tampoco es que sea una gran chef, no sé si me entiendes... —bromeo.

—¿Tú cocinas? —dice, abriendo mucho los ojos y mostrando un entusiasmo que hace que me eche a temblar.

—Bueno, me defiendo —le digo, reculando notablemente.

—Con eso me conformo —dice él, que de pronto parece un niño con un juguete nuevo—. Solo tienes que hacer tortilla, algunos pinchos y poco más. Y yo te ayudo hasta que le cojas el truco...

—Espera, espera —trato de frenarlo—. ¿Qué quieres? ¿Qué sea tu cocinera?

—¡Claro!

—De eso nada, Gael —empiezo a ponerme nerviosa—. Si no tengo ni idea de cómo llevar una cocina... Además... además... —Mierda, no se me ocurre ningún además.

—No te preocupes, no es nada complicado, esto no es un restaurante, cualquiera puede hacerlo. ¿No habías dejado tu trabajo? Eso dijiste, ¿no? No me digas que ya has encontrado otro, por favor...

—No —reconozco, a punto de firmar mi propia sentencia de muerte. Mira por donde, no va a ser Indira la que acabe conmigo, sino yo solita, metiéndome en el fango hasta las orejas.

—Pues, entonces, ¿qué problema tienes? ¡Es perfecto! Dime que sí y este mediodía le digo que ya no hace falta que vuelva más. Por favor...

No sé cómo explicarlo. Es difícil resistirse a la mirada de Gael. Tiene unos ojos azules tan diáfanos que parecen transparentes. Y me refiero al sentido metafórico: es como si pudieras ver su alma a través de ellos. Y ahora mismo su alma está aliviada y contenta de poder quitarse de encima a esa señora que no quiere seguir soportando. ¿Cómo voy a negarme, con lo agradable que es siempre con todos sus clientes y los detalles que tiene? Este hombre merece que las cosas le vayan lo mejor posible y, si está en mi mano, pues nada, le echo un cable, que para eso estamos.

—Está bien —le digo—, pero creo que me has hecho un poco de chantaje emocional.

—¿En serio? ¿Cubres a Inés hasta que vuelva? —Supongo que quiere estar seguro de que comprendo los términos de lo que me está pidiendo.

—Que sí, hombre. No me lo preguntes más, no sea que cambie de idea...

—¡Genial! Me salvas la vida, de verdad. No sabes lo agradecido que estoy.

—Solo lo hago por el café gratis —bromeo, por quitarle un poco de hierro al asunto. No quiero que se vaya a sentir en deuda conmigo, ni nada parecido. Al fin y al cabo, voy a cobrar por mi trabajo.

Él ríe. Mejor dicho, vuelve a reír. Vuelve a reír como siempre, distendido, amable y con un peso menos en la mochila. La verdad es que, quitando el hecho evidente de que no tengo ni idea de cómo me voy a desenvolver en algo que no he hecho nunca, no me importa nada trabajar para Gael. Es buena gente y su trato es muy agradable así que, al menos en ese sentido, todo irá bien. Y encima soluciono temporalmente mis problemas financieros: mientras esté cubriendo a Inés, puedo buscar un nuevo empleo con tiempo, sin tener que precipitarme y aceptar lo que sea por que se me vaya a acabar el dinero. Al final va a resultar que todo son ventajas.

—Empiezas mañana —me explica—. Abro a las ocho, así que tendrás que venir sobre las siete. Pero para la una habrás terminado, como muy tarde. No hacemos más pinchos después de esa hora, porque por la tarde apenas se consumen. ¿Cómo lo ves?

—Estupendo. Me marchó a casa que tengo que dormir unas cuantas horas para poder levantarme mañana a las seis y ser persona...

Después de despedirme y dejarlo canturreando como si la vida volviera a sonreírle, subo hasta el portal con un nudo en la boca del estómago. ¡Madre mía! Tengo trabajo para una temporada (eso es lo bueno) y no tengo ni idea de cómo manejar la cocina de un bar (eso es lo menos bueno). No es que tema ser una completa inútil, mejor o peor, me defenderé seguro. Pero sí que me pone un poco nerviosa hacer algo que no he hecho nunca, eso no puedo negarlo.

Ya en casa, saco el móvil para darles la noticia a mis amigas y solo entonces recuerdo que tengo algo más que contarle a Indira. Con tanta novedad, se me había olvidado pero no queda más remedio que asumir lo que una hace, por muy nefastas que vayan a ser las consecuencias. Así que lo primero que hago es enviar una sarta de mensajes explicando detalladamente lo que acaba de pasar donde Gael (otra vez estoy ganando tiempo) y luego espero un poco, a ver si alguna me contesta. Tecla no tarda en felicitarme, pero las otras dos ni siquiera están en línea. Supongo que al final Indira debió de llamar a Genoveva anoche y, si no me equivoco, todavía estarán durmiendo la mona.

Eso me da un respiro de, al menos, otro par de horas. Después ya no tendré más excusas para no llamar a Indi y contarle cómo, en aras de la defensa de su dignidad, anoche nos hice quedar a las dos como dos pequeños desastres humanos. Jo... No me apetece nada.

Mientras tanto, envío un par de mensajes a Erik, resumiendo la buena noticia. Es algo que me apetece compartir con él, entre otras muchas cosas. Su

respuesta no se hace esperar mucho y llega en forma de llamada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta. Se nota que está contento, que le parece una buena noticia.

—Nada, que la cocinera que sustituye a Inés debe de ser muy desagradable, porque nunca he oído a Gael decir que no soporta trabajar con alguien...

—Así que ¿te ha ofrecido el puesto a ti?

—Pues, sí. ¿A que es genial?

—Si para ti es genial, entonces lo es —dice, con un pelín de condescendencia.

—Hombre, pues me viene muy bien —me justifico—. Así puedo buscar un trabajo de verdad sin prisa, mientras gano algo de dinero con esto.

—Entonces, estupendo. No lo había visto así.

—Y ¿cómo lo habías visto?

No quiero ser desagradable, pero no estoy entendiendo del todo el curso que está tomando la conversación. ¿Le parece mal que trabaje en el bar?

—No había entendido que es temporal —se explica— y no tenía ni idea de que te interesara ser cocinera. Pero tal como lo has dicho, me parece muy bien. Me alegro de que tú estés contenta.

Vale. Respiro tranquila. Mi propósito a partir de hoy va a ser no precipitarme en mis conclusiones y no dar lugar a malos entendidos. Me va a costar, porque soy como soy, pero voy a ver si soy capaz de no pensar mal de todo el mundo o, al menos, de los que tengo muy cerca.

—Gracias, Erik. Estoy nerviosa pero también ilusionada. Quería compartirlo contigo.

—Qué va... Gracias a ti por acordarte de mí. Todo lo que tiene que ver contigo... Bueno, ya lo sabes. Todo me levanta el ánimo.

—¿En serio? —No es la primera vez que me lo dice, pero no me canso de oírlo. Porque él también hace que mi humor mejore, y no solo momentáneamente.

—En serio.

—Me gusta cuando me dices eso.

—Por eso te lo digo, para que veas que me importas y que te tengo presente.

—Yo a ti también, Erik.

A partir de aquí, la conversación se va volviendo más íntima y también un poco más empalagosa. Entramos en el terreno de las palabras tiernas, de las frases que se dicen para demostrar al otro lo que se está sintiendo en ese momento, de la satisfacción que da escuchar lo importante que eres para otra persona. Vamos, que estamos en fase «totalmente colgados el uno por el otro».

Ahora mismo nuestra relación se basa en una fuerte atracción, que nos conduce inexorablemente al sexo y a tener largas conversaciones sobre lo que sentimos. Resumiendo, en pleno «azucareo». Pero esta fase tiene algo muy bueno: la liberación masiva de endorfinas. Nuestro cerebro está totalmente convencido de que es feliz y de que la vida es bella, sin ser consciente de que las responsables de verdad son las hormonas. Ni falta que hace, que así se está la mar de bien.

Capítulo 18

(Please forgive me, Bryan Adams)

El lunes a las siete menos cinco estoy clavada en la puerta del bar de Gael, vestida totalmente de negro (que es como suele ir él y todo su personal) y totalmente despejada por efecto de los nervios. Me he recogido bien el pelo, no sea que el primer día de trabajo sirva una tortilla con alguno de mis largos cabellos negros ondeando entre las patatas y me muera de vergüenza a la par que el cliente se muere de asco. Ya que voy a hacer esto durante una temporada, quiero hacerlo lo mejor que pueda.

Gael no llega hasta las mismas siete. Tiene cara de dormido pero aun así me sonrío con amabilidad y tiene unas palabras de buenos días. Entre los dos levantamos las persianas. Él no necesita mi ayuda para eso, pero no soy de las que se quedan paradas viendo cómo otros trabajan, así que le echo una mano sin dudar. No voy a negar que probar algo nuevo estimula mi curiosidad: nunca había pensado en dedicarme a la hostelería, pero reconozco que entrar en un bar sabiendo que vas a estar al otro lado de la barra tiene cierto encanto. A lo mejor esta tarde, después de mi primer día, cambio de idea y me como mis palabras. Sin embargo, ahora mismo me siento de lo más motivada.

Vamos dentro y, al atravesar la abertura del mostrador para dirigirme a la cocina, la emoción aumenta por la sensación de transgresión. Es como si

estuviera haciendo algo que no se puede hacer. Me explico: normalmente no puedes cruzar al otro lado; para la parte infantil de mi cerebro es como si estuviera rompiendo una prohibición parental, y eso me arranca una risilla íntima y llena de satisfacción.

Gael no se da cuenta de nada (por suerte, no quiero que piense que soy idiota) y se queda a un lado de la puerta hasta que yo la atravieso en primer lugar. Después entra conmigo y comienza a darme un montón de explicaciones sobre el funcionamiento de todo: la caldera, los fuegos de gas, el extractor de humos, la nevera grande y la pequeña... Madre mía, ni de coña voy a recordar todo lo que me está contando. Me voy a pasar la mañana preguntándole hasta colmar su paciencia. Seguro que, al final, se arrepiente de haber prescindido de la cocinera borde y haberme ofrecido a mí el puesto. Le voy a dar más trabajo del que le voy a quitar...

—...información, ¿verdad? —le oigo decir, y quiero que se me trague la tierra porque no he escuchado nada desde hace, por lo menos, medio minuto.

—¿Perdona? —respondo. A veces, cuando no hay más remedio, toca hacerse un poquito la tonta.

—Digo que te estoy dando demasiada información, que a lo mejor no te quedas con todo el primer día, pero no te preocupes, ya lo irás dominando. Parece más de lo que es.

—Estaba pensando justo en eso —reconozco— y me he distraído un momento. Estoy segura de que no me voy a quedar con todo, pero te prometo que haré lo que pueda.

—Tranquila, pregúntame cualquier cosa si no estás segura. Con tal de que no provoques un incendio...

Bromea, pero ese es justo mi mayor temor: una cocina de gas y mucho más grande que la que tengo en casa. Ya verás cómo me chorrea el aceite y, con la llamarada, me quedo sin cejas. He debido de ponerme colorada solo de pensarlo, porque Gael niega con la cabeza y se ríe en silencio, divertido.

—Vale, rectifico —dice—. Lo más importante hoy es que tú no sufras un accidente personal, ¿de acuerdo? Si hay un incendio, procura que te dé tiempo a salir corriendo y saltar por encima de la barra.

—Quiero reírme, Gael, pero la verdad es que estás describiendo una escena que cada vez me parece más posible.

—Eso es miedo escénico —me aclara—. Ya verás cómo todo va bien.

—No lo sé, igual tenías que haber seguido con la mujer rancia...

—¡No lo digas ni en broma! No había tomado tantos antiácidos juntos ni en los últimos diez años... Qué forma de amargarme la vida...

—¿En serio? ¿Para tanto? —Me cuesta imaginar que alguien te lo ponga tan difícil.

—Y para más. Aunque solo sea por habérmela quitado de encima,

merecería la pena que prendieras fuego a la cocina.

Su manera de bromear hace que me vaya relajando y ganando un poco de confianza en mí misma. Y también en él. Es la primera vez que hablamos de igual a igual. No sé cómo explicarlo, hasta ahora Gael era el dueño del bar donde bajo a desayunar o a tomar algo: siempre amable, atento y simpático con la clientela. Pero a hora es Gael, el dueño del bar donde trabajo, mi jefe y compañero, con el que tengo que entenderme a un nivel más profundo. Y no me imagino una persona con la que entenderse más fácilmente que con este chico, la verdad.

Tiene una sonrisa franca que hace que le salgan unas arruguitas de lo más interesantes a los lados de los ojos, cuyo color es simplemente indescriptible. Por otro lado, te mira fijamente cuando te habla, no hay posibilidad de que esconda nada, lo que ves es lo que hay. Su tono de voz es tranquilo y no tiene prisa a la hora de explicar las cosas. Es educado y usa un tipo de humor para todos los públicos que me hace sentir muy cómoda. Vamos, que no puedo quejarme de mi nuevo jefe. Puede que el karma esté tratando de compensarme por cómo era el antiguo... Vale, ya sé que eso no funciona así, eso no es lo que hace el karma, pero la gente lo dice tanto que me ha salido sin pensar.

—¿Empezamos? —me pregunta, poniendo punto final a la sarta de sandeces que pasan por mi mente cuando no la sujeto con mano firme.

—Cuando quieras. Dime qué tengo que hacer y empiezo cuanto antes.

—Genial. Pues empieza por los bocadillos. Prepara los rellenos que está a punto de llegar el pan y lo demás. ¿Has desayunado ya? —pregunta, como si se le hubiera ocurrido de repente.

—Sí, claro.

A ver, no iba a ser tan jeta como para presentarme en el bar sin desayunar, ¿no?

—Vale, pues manos a la obra. Voy a colocar las mesas y vuelvo para ayudarte.

Y así es como empieza una mañana de locura en la que casi me corto un dedo, casi me quemo un brazo, casi me abro la cabeza con una balda que está estratégicamente situada para hincártela cuando te levantas deprisa de recoger el saco de las patatas... Pero, para mi gran satisfacción (y la de Gael, que ya ha tenido bastante con el accidente de Inés), todo queda en un «casi» y consigo salir ilesa de mi primera experiencia en una cocina.

Los bocadillitos de lomo con pimientos y los de bonito con guindilla no son un verdadero reto. Si no me hubiera sentido capaz de hacerlos, jamás habría aceptado embarcarme en esta pequeña aventura culinaria. Reconozco que la tortilla me daba más miedo. La fatalidad es un factor imprevisible en el momento de darle la vuelta, pero eso también ha salido bien. No puedo decir que hoy haya hecho mi mejor obra, pero en conjunto se dejaba comer, a juzgar por la reacción de los clientes, que no dejaban de pedirla. Incluso me he atrevido con una segunda, rellena de jamón y queso, y he recibido un gratificante gesto de aprobación por parte de Gael. No sé si iba en serio o lo hace por motivarme, pero el caso es que lo consigue.

Con su ayuda, preparo un buen surtido de pinchos que, hasta ahora, solo

había visto desde mi posición de clienta. No son difíciles, pero reconozco que sí me resultan de lo más imaginativos. Total, que cuando acaba mi turno me siento bien por haber sido capaz de hacerlo casi todo sola. Gael tenía razón, en una sola mañana ya casi tengo dominada la cocina y estoy mucho más segura de que, en una semana, me desenvolveré con soltura.

Mi jefe viene a avisarme de que ya puedo salir y me doy cuenta de que el bar está lleno de gente.

—¿Estás seguro? ¿Quieres que te eche una mano en la barra? —se ríe. Este hombre siempre se ríe.

—No te preocupes, tú ya has cumplido. Nos arreglamos bien, como todos los días.

Es verdad, las camareras ya han llegado y, por mucho que me impresione desde dentro la de gente que hay alrededor de la barra, no es nada que ellos no hagan cada día. A ver si voy a crecerme tanto que me crea indispensable...

—Entonces, me marcho —le digo, sonriendo yo también.

—Te veo mañana. —Va a añadir algo más—. Gracias por aceptar el trabajo, me has hecho la vida más fácil.

—Gracias por ofrecérmelo —respondo, entusiasmada—, tú a mí también.

Recojo mis cosas y salgo de allí pitando, camino de mi casa. Estoy tan contenta que parece que voy dando saltitos, en lugar de caminando. Como buena esclava de la tecnología moderna, lo primero que hago es sacar el móvil y disponerme a transmitirlo todo vía mensaje. Las buenas noticias hay que compartirlas y el hecho de haber superado con éxito el primer día de trabajo, por mucho que sea un trabajo temporal y coyuntural, es una noticia excelente.

Desbloqueo y me encuentro con tres llamadas de Indira. Ningún mensaje. Ay madre... Lo que sea que quiere decirme, no quiere escribirlo. Me parece que ya no puedo seguir retrasando el momento de tener una charla con ella. Ayer no pudo ser, no estuvo en línea en toda la tarde, ni siquiera a última hora, cuando me fui a dormir. Y claro, no sabe que hoy empezaba a trabajar. Bueno, eso sí, lo habrá leído esta mañana, digo yo. Aun así, me ha llamado tres veces, así que, sí, esto es grave.

Con el estómago en un puño, marco su número y espero que el teléfono dé tono. Todavía me aferro a la esperanza de que no pueda cogerlo en este momento, pero claro que puede. Se me olvidaba que la suerte, en general, me tiene bastante inquina.

—¿Indi?

—¿Qué coño has hecho?

Directa al grano. Voy a tener que agachar mucho las orejas.

—Lo siento. Lo siento en el alma... ¿Te ha llamado?

—Me ha llamado, sí.

—Y ¿qué te ha dicho? —me da miedo preguntar, pero esto solo puede hacerse con el «método tiritita», rápido y sin pensar.

—Quiere que quedemos —explica Indira, en tono fúnebre—. Dice que, ya que tenemos tan mala opinión de él, por lo menos le debo el derecho a contestarme en persona.

Silencio en mi lado de la línea. Así que está muy enfadado. Normal, con todo lo que le dije, el que debe de tener una mala opinión de nosotras es él.

—¿Qué le has dicho?

—He intentado darle largas, pero dice que si no quedo con él se presenta en mi casa. Así que, ya ves, no me ha dejado otra opción. Paso de que venga aquí a montar un espectáculo...

—No sabes si eso es lo que va a hacer —me atrevo a decir, aunque, sí, parece lo más plausible.

—¡Por favor! No me toques los ovarios, ¿vale? Mejor dime qué coño ha pasado para que me llame como si yo fuera la que le ha hecho algo a él. Porque algo habrá pasado, y tú estás involucrada hasta las cejas.

—Lo siento —repito, frotándome los ojos con el índice y el pulgar.

—¡Déjate de sentirlo y explícate ya! —vocifera mi amiga que, cuando se enfada, es como el Kraken.

—El sábado fui con Erik a cenar al italiano —me apresuro a decirle—. Yo no sabía que íbamos allí, te lo juro, fue una sorpresa. Esperaba que no nos tocara Diego como camarero, pero sí que nos tocó. Cenamos y cuando trajo los postres me preguntó por ti —Es un resumen sucinto, pero no creo que mis miradas de odio durante la cena ayuden en nada ahora mismo—. Y me pudo la rabia, Indi, ¡lo siento mucho!

—¿Qué le dijiste? —susurra, desesperada.

—Pues... no recuerdo las palabras exactas, pero algo como que no le importaría mucho si te había largado de su casa.

—¡¿Qué?!

Vuelvo a callarme. Por más que repita que lo siento, ahora mismo no va a servir de nada. La cara me arde de vergüenza pero, claro, ella no puede verlo. Si la tuviera delante, me arrodillaría a sus pies a suplicar clemencia.

Lo que sigue es una sarta de gritos furiosos que me ponen en mi sitio rápidamente. Lo peor de todo es que Indira tiene toda la razón: no tenía que haberme metido entre ellos, eso era algo que tenían que haber solucionado por su cuenta. Mi intervención ha sido una enorme, enorme cagada que solo ha

servido para complicarlo todo.

—...y ahora tengo que comerme una bronca por tu culpa, porque no piensas las cosas, cuando yo lo único que quería era no volver a cruzarme más con Diego, ¿sabes? ¡Me la has liado parda!

—Ya lo sé, Indi —metafóricamente, estoy postrada frente a ella—. Lo siento muchísimo, de verdad. Pero yo no creo que vaya a gritarte...

Hagamos un paréntesis para analizar los hechos con un poco de objetividad. Indira me dice que el tipo casi la echa de su casa porque la cita no había salido bien. Luego él me pregunta por ella (¿por qué iba a hacerlo?) y yo saco los pies del tiesto y, reconozcámoslo, hago un ridículo supremo. Pero, cuando voy tras él, está preocupado por lo que Indira haya podido contarme y molesto por que yo tenga una mala opinión de él. ¿No es posible que haya un pequeño interés por su parte?

Le intento explicar a mi amiga este razonamiento, pero no parece consolada en absoluto, sino todo lo contrario.

—¡Qué interés ni que nada! No tienes ni puta idea, no lo conoces. Estará molesto por que te lo haya contado y ahora pretenderá desquitarse conmigo...

—Vale, no lo conozco —Es verdad, las cosas como son—. Pero tú tampoco lo conoces mucho, ¿no? A lo mejor...

—Déjate de rollos, anda. En menuda me has metido por no saber callar la boca. Estoy de los nervios... Si llego a esta noche, ya veremos la que me va a caer encima. ¡Con lo fácil que habría sido no volver a cruzarme con él en una buena temporada!

Sigo disculpándome un buen rato, pidiéndole perdón una y otra vez hasta que las dos acabamos con la lagrimilla colgando. La explosión de ira de Indira cede un poquito y colgamos con la promesa de que me contará la bronca de esa noche con Diego. Me gustaría poder volver atrás y morderme la lengua en la cena del sábado, pero eso ya es imposible. Solo espero que él no sea demasiado cruel con ella, que desahogue su enfado y la deje en paz. En realidad, es conmigo con quien debería estar enfadado: yo fui la que le habló como si fuera un cretino, yo fui la que atacó sin tener ni idea de lo que él pensaba. Pero es Indira la que va a pagar los platos rotos. Tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo...

Capítulo 14

(*Te regalo*, Carlos Baute)

En vez de echarme la siesta (lo he intentado, pero no había manera de dormirse), me pongo ropa deportiva y salgo un rato a la calle, con la intención de darme un aire a paso ligero. Necesito cansarme un poco, a ver si así consigo quitarme la presión de la culpa por haberle buscado a Indira una situación tan incómoda.

Porque, después de hablar con ella, mis ideas se han hecho un lío y la percepción que tuve al hablar con Diego se ha vuelto borrosa. Lo más probable es que yo me equivocara, que sea cierto lo que Indira ha dicho: no es que él tenga un interés especial en ella, sino que le ofendió que hubiéramos hablado mal de él y ahora quiere reprochárselo en persona. Aunque doy casi por hecho que a mi amiga la espera una buena escena, no dejo de preguntarme por qué, entonces, Diego se acercó a mí y me preguntó por ella.

Lo único que se me ocurre es que se sintiera culpable por cómo la había tratado, a pesar de que él afirmó rotundamente que no la había echado de su casa. Estoy confundida, Indira parece tenerlo tan claro que me ha hecho dudar de lo que yo pretendía cuando le dejé su número de teléfono escrito en la cuenta. ¿De verdad lo he hecho tan mal? ¿Y dos veces?

Normalmente, cuando me pongo muy nerviosa es como si notara un corsé

muy apretado que no me deja respirar bien. Eso es lo que estoy sintiendo ahora, mientras camino. Irónicamente, en lugar de detenerme, sin darme cuenta echo a correr a buen ritmo. Cualquiera podría pensar que eso va a dificultar aún más mi respiración, pero en realidad no es así. Correr es una perfecta alternativa a las pastillas contra la ansiedad. Es como si, mientras tu cerebro se preocupa por coordinar los movimientos y la respiración, no tuviera tiempo de pensar en nada más y la mente se te quedara despejada, al menos por un rato.

De forma automática, la presión del corsé se afloja. Mientras corres (cuanto más sudas, mejor), las preocupaciones son un poco menos opresivas y el estrés disminuye aunque, luego, un rato después de haber parado, todo vuelve, claro. Pero al menos en ese lapso consigues relajarte y puede que hasta te evites un ardor de estómago.

Al final el paseo se alarga y hago un recorrido de casi dos horas. Es mi límite. Si corro un minuto más, me estalla el corazón. Y como todavía soy joven y no quiero provocar mi propia muerte, me voy a casa a paso ligero, chorreando y satisfecha por el esfuerzo. En cuanto deje de sudar (me va a llevar un rato) me meto en la ducha...

Ya en casa, subo las escaleras de dos en dos, deseando entrar y quitarme la ropa húmeda. Al llegar a mi puerta tengo la sensación de haberme equivocado: algo pende del pomo de bronce. Compruebo el número dorado que indica en qué piso estoy y sí, es mi casa. Me acerco como si tuviera miedo (es una bolsa, por favor, no va a saltarme al cuello) y ojeo el interior. Vuelvo a cerrarla y me entran ganas de dar saltos de alegría.

Para evitar hacer el ridículo en la escalera, no sea que le dé por bajar a algún vecino silencioso y me pille en pleno momentazo, entro a todo correr y me precipito a la cocina (el estado de mi ropa no admite que me siente en el sofá). Es un regalo, cuadrado, fino y envuelto con papel y lazo. Y viene con una nota doblada en cuatro que yo estiro sin piedad, ansiosa por leer las palabras que contiene.

Quería darte una sorpresa pero no estás. Si te avisaba, ya no era sorpresa así que te lo dejo ahí, a ver si te gusta. Que pena perderme tu cara

Es de Erik, claro. ¿Quién más podría dejarme un regalo en la puerta? No, no, es de él. Reconozco su voz en las palabras y, además, casi podría asegurar de qué se trata antes de abrirlo. De todas formas, lo desenvuelvo enseguida para salir de dudas y, sí, yo tenía razón, es de él. Hasta había acertado en mi suposición. Es un cd de un grupo que me encanta. Creo que se lo dije la primera noche que pasé con él y, por lo que veo, sí que estaba prestándome atención.

¿Cómo explico lo que me pasa por dentro? Es algo parecido a tener ganas de mearse de gusto, de gritar como una posesa, de llorar de emoción y de saltar por la ventana. Con este subidón, seguro que flotaba todo el camino hasta posarme en el suelo. A ver, que no lo voy a intentar, pero todo eso es más o menos lo que siento, abrazada cual adolescente casquivana al estuche de plástico, como si proviniera de mi mayor ídolo en el mundo.

Me escucha, se acuerda de lo que le digo y me lo trae a casa para sorprenderme. La cara me duele de tanto sonreír. No sé si llamarle directamente o pasar primero por la ducha. Creo que voy a ducharme, sí. Las normas básicas de higiene me lo exigen. A ver si así, de paso, rebajo un poco el calentón. Huelga decir que la ducha me la doy al ritmo de esa voz femenina que me encanta, de esos acordes que me hacen soñar despierta, evocando un montón de imágenes felices en mi memoria.

Después, todavía envuelta en el albornoz, llamo a Erik y paso cerca de una hora hablando con él.

—Gracias —le digo, sin llegar a saludarlo primero.

—¿Te ha gustado? —pregunta, y puedo notar que sonrío, aunque no pueda verlo.

—Gustarme es poco... Me encanta. Sobre todo, me encanta que hayas tenido este detalle conmigo.

—Dijiste que no lo tenías, ¿no?

—Sí que lo dije. Pero no pensaba que te acordarías.

—¿Creías que no te escuchaba?

Puede parecer un reproche, pero no hay nada de eso en su voz. Más bien suena divertido, como si me dijera «¿lo ves?».

—Hablamos de tantas cosas que era poco probable que te acordaras de todo... —me justifico.

—Pues, ya ves. Tengo buena memoria para lo que me interesa.

—Sí, ya lo veo. No me lo esperaba en absoluto —digo, para dejar atrás el asunto de la confianza.

—Quería dártelo enseguida, pero ha tardado un poco en llegar.

—¿Lo habías encargado?

—Sí. Lo compré por internet. Me lo han entregado esta misma mañana y no he podido esperar más. Siento no habértelo dado en persona, pero no estaba seguro de cuándo nos veríamos y quería que lo tuvieras cuanto antes.

—Es increíble... Muchísimas gracias. Me ha hecho mucha ilusión, en serio.

—¿Qué has pensado?

—No lo sé...

—Vamos, inténtalo. Me he perdido tu cara, necesito que me lo expliques —dice, cada vez más cerca de la risa.

—Pues... Primero he pensado que me había equivocado de planta. Pero he comprobado que no. Luego he mirado lo que había en la bolsa y me he hecho una idea aproximada de lo que era. ¡Y he acertado! —explico, sin poder evitar

cierta euforia—. Pero, cuando lo he abierto, ha sido como si... ¡No lo sé! Ha sido muy bonito comprobar que recordabas un detalle de todo lo que yo te había contado.

—Recuerdo mucho más que eso.

Su voz es dulce y cálida cuando reconoce que le fascina todo lo que tiene que ver conmigo. No estoy acostumbrada a que me hablen así y siento muchas emociones distintas al mismo tiempo. La realidad es que me hace sentir especial y eso, para qué negarlo, es como una sopa calentita para el ego.

Estoy tan contenta después de lo que Erik me ha dicho que (no estoy orgullosa de lo que voy a decir) ni me acuerdo de Indira y su cita de esta noche. Solo puedo pensar en nosotros, en esos detalles con los que me está conquistando y con los que está logrando que crea en él, que confíe en sus palabras. Quisiera poder colgarme de su cuello ahora mismo, agradecerle el gesto que ha tenido y, sobre todo, perderme un rato en sus besos para que todo lo demás desaparezca. Pero la realidad es que hoy solo podemos hablar por teléfono, así que acabamos colgando después de una intensa despedida y voy a la cocina a prepararme algo de cena. El ejercicio y el amor me han abierto el apetito (¡toma horterada!).

A las ocho y media, armada de valor, paciencia y sangre fría, Indira se presenta en casa de Diego dispuesta a recibir más palos que el Lazarillo de Tormes^[1]. Ni siquiera se arregla como si fuera una cita de verdad: no se ha puesto más que un vaquero viejo y un top cualquiera de manga larga, y lleva el pelo desordenado en un recogido casual del que se escapan todos los mechones rebeldes. Con los brazos cruzados sujetando el abrigo, cerrado a cal y canto en un alarde de lenguaje corporal explícito, Indira espera en el descansillo unos segundos que se dilatan casi hasta hacerla dar media vuelta y

marcharse a casa.

Por fin, escucha como la puerta se abre y, al levantar la vista, se encuentra cara a cara con Diego, más hosco de lo que nunca hubiera imaginado.

—¿Vas a entrar? —le dice, lanzando las palabras como dardos envenenados.

—Tú dirás —responde Indira, sin arredrarse. Al menos, en apariencia.

Diego se hace a un lado, aún sujetando la puerta abierta, y ella entra en el piso a regañadientes. No le hace gracia tener que pasar tan cerca de él: cuando está enfadada o de mal rollo con alguien, prefiere guardar las distancias. Avanza despacio y escucha cómo se cierra la puerta a su espalda. Ya está dentro. Toma aire para tranquilizarse un poco y se gira hacia el chico, dispuesta a terminar con esa conversación cuanto antes.

Pero él no se ha quedado donde estaba, sino que ha echado a andar tras ella y, al verla detenerse, la invita a llegar hasta el comedor. Indira no arranca y Diego, sin relajar ni un ápice su expresión, insiste.

—Por favor, prefiero que nos sentemos.

Ella al fin accede y, sujetando con más fuerza su abrigo cerrado, sigue hasta la habitación que hay frente a la estrecha cocina de Diego. Traspasa la puerta sin prestar atención a nada y vuelve a darse la vuelta para enfrentar a su interlocutor.

—Oye, mira... Dime lo que tengas que decirme y me marcho cuanto antes, ¿vale?

—¿Qué crees que voy a decirte? —le pregunta él, desganado.

—Pues supongo que me habrás hecho venir para poder decirme en persona lo gilipollas que he sido al hablar de ti con mi amiga, lo injustamente que te he tratado o lo cabrona que he sido al dejarte como el malo de la película, ¿no?

—¿Eso piensas? ¿O lo estás diciendo para ahorrarme la molestia?

—¿Qué quieres? —estalla Indira, a pesar de los esfuerzos por controlar el volumen de su voz—. ¿Quieres que te pida perdón? Pues lo siento, ¿vale?

—¿Qué sientes? —dice él, cruzando también los brazos sobre el pecho. Está claro que no piensa ponérselo fácil, pero ella está nerviosa y muy incómoda, cerca del límite de su paciencia.

—Siento el numerito en el restaurante, no tenía ni idea de que iba a pasar. ¿Contento?

—No.

—¿Cómo que no? —dice ella, sintiendo aproximarse a las ganas de llorar.

—El numerito del restaurante es lo que menos me importa —continúa Diego, soltando los brazos y metiendo las manos en los bolsillos del vaquero—. Fue desagradable, pero no tiene importancia.

—¿Entonces? ¿Qué quieres? ¿No puedes decir lo que sea y dejarme en paz de una vez?

—¡Eso es lo que más me molesta! —Por primera vez desde que lo conoce, Diego levanta la voz. La rabia lo ha sonrojado y su mirada obstinada es como la de un niño que se niega a obedecer—. ¿Dejarte en paz? ¿Se puede saber qué te he hecho yo para tener que dejarte en paz? ¿Por qué te portas como si fueras una víctima?

Indira no sabe qué decir. Esperaba que él estuviera enfadado, pero se había hecho otra idea de cuáles serían sus motivos.

—¿No hablas? —insiste él—. Podrías decirme cuándo he sido contigo tan cabrón como para que no quieras verme más la cara, ¿no?

Pensando en qué contestar a las palabras que Diego le está lanzando, Indira se frota los ojos con las manos y se gira un cuarto de vuelta. Estar frente a frente con él le está resultando difícil y el movimiento de su cuerpo sucede de manera involuntaria. Entonces, al abrir los ojos de nuevo, lo que ve la deja tan atónita que ni siquiera se acuerda de volver a sujetar su abrigo con los brazos, los cuales ahora cuelgan junto a su cuerpo, flácidos.

—¿Qué es esto? —pregunta, sin apenas voz, señalando la mesa del comedor. Está puesta para dos y, en el centro, hay una bandeja con comida vietnamita lista para tomar.

—Esa es la cena que nos perdimos el otro día porque tú te empeñaste en... Da lo mismo —dice, queriendo evitar la mención de lo que para él es una fuente de conflictos—, es la cena que nos perdimos. Por si te apetecía hablar conmigo tranquilamente. Pero ya veo que no —su voz es dura otra vez—, así que mejor lo dejamos. Si lo único que quieres es que te deje en paz, no tienes más que salir por la puerta. Pero procura no ir contando que yo te he echado, haz el favor...

Tras decir eso, Diego se la queda mirando, atento y con las manos apoyadas en las caderas. Está esperando que ella se marche, pero Indira siempre parece llevar la contraria a lo que se le dice. En lugar de marcharse, le habla con timidez.

—¿De qué querías hablar?

Exasperado por el comportamiento caprichoso de la chica, Diego se pasa las manos por la cara y por el pelo, respira profundamente y se dice a sí mismo que merece la pena tener un poco de paciencia.

—Quiero que me expliques qué narices pasó el otro día. Pero no en el restaurante ni con tu amiga. Quiero que me digas qué te pasó aquí y por qué fue culpa mía. Y, si no te importa, me voy a sentar a cenar. Tú haz lo que quieras...

En efecto, Diego se sienta y comienza a enrollar un rollito en una hoja de lechuga y dos de menta. Indira, que no ha dicho ni mu todavía, empieza a sentirse un poco ridícula mirándolo comer, así que se quita el abrigo, lo cuelga de la silla y se sienta también, imitando su proceder con la comida asiática.

Antes de decir nada, devora el primer rollito de verduras y carne. Pero comerse otro sin haber hablado le parece demasiado, así que se aclara la garganta para llamar la atención de Diego y comienza a darle sus explicaciones.

—Me sentí muy avergonzada —escupe, antes de arrepentirse del arranque de sinceridad—. Ya sé que no estarás acostumbrado a mujeres que pasen vergüenza pero yo...

—¿Cómo? —pregunta él, sorprendido—. ¿Que quieres decir con eso?

—Pues que ya me imagino cómo serán las mujeres que te traes a casa, las que subes en el columpio.

Las últimas palabras de Indira hacen que la paciencia de Diego se agote. Enfadado, se levanta de la silla y pasea por el comedor como un animal

enjaulado, de nuevo con las manos en las caderas.

—¡Pero bueno! —dice, sin mirarla directamente, como si pensara en voz alta—. ¡Serás hipócrita! ¿Las mujeres que traigo? ¿Las que subo en el columpio? Para que lo sepas, yo no traigo mujeres a casa. Haces que suene sórdido y pervertido. Aquí viene quien quiere, lo mismo que viniste tú. ¿O es que yo te obligué? ¿Te obligué yo a hacer algo que no quisieras? Porque estoy bastante seguro de que fuiste tú la que insistió en que te colgara, aunque te dije que no teníamos por qué hacerlo... ¡Esto es increíble!

Diego abandona la habitación e Indira lo oye trastear en algún lado. Tarda en volver, quizás haya dado la conversación por terminada. No sabe qué hacer: ¿debería marcharse y dejar las cosas como están? Al fin y al cabo, la mierda, cuanto más se remueve, más huele, ¿no?

Pero cuando ya está casi decidida a ponerse el abrigo y salir de allí, Diego vuelve a entrar en el comedor llevando un amasijo de cinchas entre las manos.

—Ahí tienes el puto columpio —le dice, ya más sosegado—. Es el origen de todo este problema, ¿no? Estás obsesionada con él: querías que lo usáramos a toda costa, pero en realidad estás llena de prejuicios. No te entiendo, lo reconozco, pero voy a decirte algo.

Su voz es firme, serena y varonil. La está mirando a los ojos, las manos apoyadas en la mesa, mientras las cinchas descansan en el suelo, junto a ellos.

—Si quieres volver aquí —continúa—, el columpio se va a la basura. Si quieres el columpio, úsalo con otro. Yo no pienso volver a colgarte de ahí nunca más, ¿está claro? Ya te dije que era un juego, pero veo que para ti no lo es. Así que, esas son las opciones que tienes. Tú verás lo que quieres hacer.

Indira no está segura de haber entendido bien. ¿Diego incluye la posibilidad de volver a verse? ¿Por qué, después de todas las decepciones que parece estar llevándose con ella?

—¿A la basura? —pregunta, sintiéndose un poco boba—. No hace falta que...

—Eso ya no es decisión tuya, Indira. No voy a volver a colgarte, tu reacción al columpio no es sana. Si quieres sexo corriente, de acuerdo, pero nada de juegos. Esto es lo que hay —termina, muy seguro de sus palabras.

Indira tiene que pensar mucho, y muy deprisa. Parece que se ha equivocado en muchas cosas con respecto a Diego, pero también parece que hay una posibilidad de arreglar esa relación, aunque sea pequeña. Él le ofrece esa posibilidad, aunque ahora mismo parezca un sinsentido. Ninguno de los dos sabe hacia dónde los conducirá, si durará o será breve como un relámpago, pero la puerta está abierta. Casi le dan ganas de llorar al vislumbrar la idea de que ella le siga gustando pese a todo lo que ha pasado. Nunca hasta este momento se había planteado que Diego quisiera seguir viéndola. Tampoco si

ella quería seguir viéndolo a él. Pero Diego le ofrece algo que ya no puede rechazar sin tener una sensación de desperdicio.

Capítulo 15

(*Stay with me*, Sam Smith)

Mientras el cerebro de Indira funciona tan rápido que está a punto de empezar a echar chispas, Diego vuelve a sentarse en su sitio. No dice una sola palabra más. En lugar de eso, se dedica a seguir comiendo con evidente apetito. Ella no lo sabe, pero ya ha dicho todo lo que quería decir y, al hacerlo, la tensión que había ido acumulando durante todo el día se ha relajado y el hambre ha vuelto con fuerzas renovadas. Como si hubiera olvidado su presencia en la casa, Diego sigue comiendo hasta que el apetito se va saciando.

Indira, por su parte, hace lo mismo pero por otros motivos. No es que se sienta especialmente hambrienta pero, sumida en sus pensamientos, las neuronas espejo la impulsan sin darse cuenta a imitar a la persona que tiene delante. La cena es deliciosa (eso hay que reconocerlo) y, mientras trata de tomar una decisión, acaba el segundo rollito, el pato y el arroz. Sin preguntarle, Diego ha llenado dos copas de vino. Ahora ambos beben y, terminada la cena, se quedan en silencio, esperando.

Ella quiere preguntarle si de verdad desea volver a verla o solo es una estrategia para quedar bien, algo que ha sugerido creyendo que ella no lo aceptaría. Pero, si lo ha dicho en serio, hacerle esa pregunta sería una cagada

de las gordas. Una más. E Indira no está en disposición de volver a meter la pata.

—¿De verdad te gustaría que volviéramos a quedar? —dice, en una versión edulcorada de su ocurrencia.

—Me gustaría empezar de cero y no haberte hecho caso el otro día. Pero eso ya no se puede, así que la única opción, como ya te he dicho, es volver a vernos sin que haya ningún columpio de por medio.

—No lo entiendo —reconoce la chica.

—¿El qué?

—Que me propongas eso después de lo que ha pasado. Lo normal sería que huyeras despavorido...

—Sí, eso sería lo más cabal después de ponérmelo tan difícil. Ya ves, será que no soy normal —dice Diego, aún serio, mirándola a los ojos.

—¿Entonces? —insiste ella.

—Entonces, ya te he dicho lo que pienso. ¿Qué más quieres? Si estás esperando una declaración formal o algo así... No tenemos quince años, no voy a decirte que me gustas. Estás aquí, ¿no? Eso ya lo sabes.

¿Lo sabe? Sí, lo sabe. No tiene por qué hacerse la humilde. De acuerdo, le gusta a Diego. Y él le ha propuesto que sigan viéndose. Pero, ¿qué quiere ella?

De repente se siente muy cansada. El día se le ha hecho eterno y ahora parece que todo el cansancio del mundo cayera sobre ella. Con el estómago lleno, hasta se siente soñolienta. No sabe qué contestar y teme que él se impacienta o que cambie de idea demasiado pronto. No está segura de lo que quiere, pero no quiere precipitarse para luego tener que arrepentirse. Él ha demostrado que es de los que merecen la pena, al menos eso cree, y no le gustaría echar a perder algo así.

—No sé qué decir —reconoce, mirando al plato vacío.

—¿Quieres marcharte? —pregunta él, ya sin levantar la voz.

Sus palabras suenan cordiales, incluso dulces. Está claro que está intentando concederle espacio, no presionarla. ¿Qué debe hacer?

—No.

No quiere. Eso lo sabe.

—¿Te quedas un rato y vemos lo que pasa?

—Sí —responde Indira, afirmando con la cabeza.

—Pues vamos al sofá, me apetece ver algo para distraernos.

Es una buena idea. El momento de mayor tensión entre ellos ha pasado, pero eso no significa que la conversación esté fluyendo. Aún tienen muchas cosas que decirse y, para eso, todavía tienen muchas ideas que aclarar. Tal vez si son capaces de relajarse delante de la televisión puedan llegar a encontrar

un tema para romper el hielo que parece haber surgido entre los dos.

Por un momento, Indira se pregunta qué tipo de cine le gustará a Diego. No se conocen en absoluto, apenas saben nada el uno del otro, pese a haberse visto desnudos. Él podría elegir algo que a ella no le gustara en absoluto y entonces se sentiría incómoda, no sería capaz de pedirle que pusiera otra cosa pero terminaría aburrida y con ganas de marcharse.

Para su sorpresa, Diego enciende la tele y salta el canal de cocina. Verónica Zumalacárregui viaja por el mundo probando la comida típica de cada país y él parece interesado en el destino de esta noche: Italia. ¡Es perfecto! Una opción sin riesgo que Indira acepta de buen grado. Los dos se sientan en el cómodo sofá, separados por la distancia que ocuparía otra persona y dispuestos a compartir un rato agradable.

—Me encantaría ir —comenta Diego mientras se repantiga en el sofá, con el mando a distancia aún en la mano.

—Yo estuve hace cinco o seis años, no me acuerdo...

—¿Es lo que parece?

—¿Un país lleno de rincones preciosos y comida deliciosa, con unos precios de escándalo? Talmente.

Diego ríe entre dientes.

—Aún así, quisiera viajar allí.

—Sí —asiente ella, quitándose los zapatos para ponerse un poco más cómoda—. La verdad es que merece la pena, pese a lo caro que es. A mí me gustaría visitar Croacia. He oído que hay unas playas increíbles.

—Es verdad, yo estuve el verano pasado. Recorrí la costa en furgoneta con... una amiga.

—¿Una novia?

—Yo no diría tanto. Estuvimos juntos una temporada, pero creo que ninguno de los dos lo veía como algo serio. Era simpática.

—¿Qué pasó?

—Nada. Dejamos de estar juntos —explica el chico, con naturalidad.

Indira reflexiona. En boca de Diego, todo parece sencillo. Cero drama. Todo es más fácil con determinadas personas, hasta meter la pata.

—Oye —le dice, mientras se arrebujá subiendo los pies al sofá—, siento lo del otro día. Y lo de mi amiga. En serio, lo siento mucho.

—No quiero hablar más de eso. Olvídalo, ¿vale? Solo quiero estar tranquilo.

Indira asiente. Lo menos que puede hacer es dejarlo correr, tal y como él le ha pedido. Al fin y al cabo, nada de lo que ella temía ha pasado: la reacción de Diego ha superado todas sus expectativas, para bien.

Durante un buen rato, el programa sobre cocina italiana los entretiene y el

ambiente se va haciendo cada vez más agradable. Charlan sobre viajes, sobre los lugares que han visitado. Diego habla de Croacia, Portugal y las Canarias. Indira le cuenta sus viajes a Italia, Francia, Escocia y Bélgica.

—¡No coincidimos en ninguno! —dice ella, cada vez más locuaz—. Si fuéramos juntos de viaje, alguno de los dos repetiría para que el otro conociera un sitio nuevo...

—Queda mucho mundo por visitar, Indi —responde él, quitándole importancia—. Además, no sería tan malo. Uno de los dos siempre podría hacer de guía, ¿no?

Tras el programa sobre Italia, ponen otro en el que la presentadora viaja a Groenlandia. Diego no puede reprimir un bostezo y se gira hacia ella mientras apaga la televisión.

—Lo siento, pero estoy hecho polvo. Entre semana ayudo a un amigo que hace reformas integrales. Descargo escombros, ¿sabes?

—No lo sabía —reconoce ella.

—Con las horas del restaurante no es suficiente y... —parece que va a decir algo más, pero al final no lo hace—. El caso es que necesito acostarme o me dormiré aquí mismo.

—Claro, no hay problema —responde Indira, azorada. Le da pena que la noche termine—. Deja que me ponga los zapatos y el abrigo...

—¿Quieres quedarte?

¿Quiere quedarse? Esa es una buena pregunta. Solo hay dos opciones: volver a casa y dormir sola, o quedarse y dormir pegada a la piel de Diego. Se da cuenta de que la perspectiva de marcharse en ese momento le da muchísima pereza. Aún no han aclarado lo que van a hacer, ella no le ha dado ninguna respuesta, porque sigue sin estar segura de lo que quiere. Pero sabe que en ese instante, esa noche, no hay otro sitio donde le apetezca más estar.

—Sí —se escucha decir.

Así que los dos pasan por el cuarto de baño y luego van al dormitorio, dispuestos a acostarse.

Él se desnuda hasta quedar en ropa interior y a ella le presta una camiseta de algodón que le queda algo larga.

—¿Te importa? —pregunta, educado—. No hay nada que no hayas visto.

—No, tranquilo. No hagas nada diferente solo por que yo esté aquí.

Se meten en la cama, uno en cada lado. Desde que ha llegado, él no le ha tocado ni un pelo e Indira se siente confusa. ¿Le propone que sigan viéndose pero no se acerca a ella ni le hace ninguna insinuación? ¿De verdad solo van a dormir en la misma cama?

Diego gira hasta ponerse de costado, mirando hacia la ventana. Indira se pregunta si habrá hecho bien en quedarse. Poco a poco, atraída por el calor

que él desprende, se va acercando hasta que sus cuerpos se tocan. Huele muy bien. Le pasa un brazo por la cintura y comienza a acariciarle el abdomen. Está dispuesta a parar si él le dice que le molesta, pero Diego no hace nada que pueda mostrar desagrado.

Poco a poco, las caricias de Indira se hacen más profundas, más lentas y deliberadas. La temperatura de sus cuerpos va subiendo y comienza a apretarse contra él. En ese momento, Diego sujeta su muñeca y detiene en seco sus movimientos. ¿Por qué le ha pedido que se quede, entonces?

Pero él no tiene ninguna intención de rechazarla. En lugar de eso, gira sobre sí mismo hasta quedar frente a frente con ella. Se miran a los ojos y, en un segundo, Diego se coloca encima y empieza a besarla. ¡Vaya! Está claro que las caricias anteriores no le estaban molestando.

Indira recibe sus besos y el peso de su cuerpo con satisfacción. Si algo tiene que reconocer es que él le gusta, al menos físicamente. Cuando se tocan, es capaz de sentir una potente reacción que la arrastra a seguir tocándolo, a lamer su piel y a desear acostarse con él como si todo lo demás no tuviera ninguna importancia.

Diego también siente lo mismo. Sujeta el pelo de Indira, como tratando de impedir que se le escape, mientras la besa y empuja su cuerpo contra el de ella, aún con la ropa interior puesta. Después, se incorpora para quedar de rodillas en la cama. Tira de la joven y la coloca a horcajadas sobre él. La ayuda a liberarse de la camiseta de algodón y se deleita con la suavidad de sus pechos, que parecen retarlo, de tan erguidos.

Detienen sus juegos solo para desnudarse por completo. Como él ha dicho, no es la primera vez que se ven desnudos, pero a ella su cuerpo cada vez le gusta más. Le pide que se tumben y comienza a recorrerlo con los labios: primero, los lóbulos de las orejas; luego del cuello a los pezones, que mordisquea con cuidado; sigue bajando por el vientre hasta las ingles y, una vez allí, el instinto la guía hacia el arrogante miembro de Diego, que apenas le cabe en la boca.

Le oye respirar con fuerza y sus exhalaciones se van convirtiendo en ecos guturales. Está sujetando su cabeza con las manos, pero no hace nada por forzar el ritmo de Indira, tan solo la acaricia y se deja llevar. Llegado a un punto, tiene que pedirle que pare. Vuelve a besarla, acariciando al mismo tiempo su zona más sensible: ella está lista, pero él quiere demorarla un poco más. La ayuda a tenderse en la cama y se cuela entre sus piernas, donde deja un reguero de besos y toques mágicos que la encienden hasta el mismo límite de su resistencia.

Imitando lo que él ha hecho antes, sujeta su cabeza y la aparta un poco. Los besos ya no son suficientes, así que Indira se coloca de rodillas y, apoyando

los codos en la cama, se ofrece a Diego con una mirada colmada de deseo. Así, desde esa posición, él se acerca y se introduce poco a poco en ella, tomando aire para prolongar el placer.

Los dos comienzan entonces a moverse, aunque es Diego el que va marcando el ritmo. Atento a las señales de Indira, trata de hacerlo con lentitud hasta que percibe que ella se está acercando al momento. Entonces deja de contenerse y empuja con dureza, lanzando a ambos a lo más alto. Primero ella, luego él, casi juntos, estallan en una explosión de los sentidos que los deja postrados en la cama, uno sobre otra.

Con cuidado, Diego se libra del látex que los ha protegido y, todavía jadeando, la besa de nuevo en los labios.

—Lo siento mucho, Indi —susurra.

—¿El qué? —pregunta ella, confusa.

—Estoy agotado, no voy a poder mantenerme despierto.

CAPÍTULO 16

(Déjame vivir, Jarabe de palo)

El resto de la semana pasa rápido. Día a día, voy mejorando en la cocina hasta que casi puedo decir que parece que llevo cocinando toda la vida (bueno, tampoco tanto, pero creo que no se me da mal).

Tal y como me pareció el primer día, Gael es un buen compañero de trabajo. Su humor por las mañanas es mucho mejor que el mío y lo mejor de todo es que se contagia aunque no quieras. Normalmente se limita a trabajar mientras echa un ojo a su alrededor: si todo va bien, no se mete con el trabajo de los demás; si cree que necesitas ayuda, se ofrece antes de imponerse. Me estoy dejando los cuernos para estar a la altura de semejante chollo de jefe porque, francamente, a lo largo de mi vida laboral no he tenido la suerte de toparme con muchos como él.

Llevo muy poco tiempo trabajando en la cocina de un bar, pero hay momentos en los que tengo la sensación de que siempre ha sido así. Cuando me ofreció el puesto, yo tenía muy claro que se trata de algo temporal, algo que me permite subsistir a la vez que busco otra cosa más afín a mi preparación. Sin embargo, trabajar con Gael y con el resto de la plantilla se hace tan grato, hay tantos buenos momentos, que empiezo a plantearme otras

posibilidades hasta ahora insospechadas.

Indira me llamó al día siguiente de su cita con Diego. Me contó lo que había pasado entre ellos y me explicó sus dudas respecto a esa relación. Me dijo que no se había planteado algo más allá del sexo esporádico, pero yo la conozco bien: la forma en que habla de ese chico denota un interés más allá de lo puramente físico. Puede que ella tenga dudas, puede que no esté segura de lo que quiere y hasta puede que todavía no se haya dado cuenta, pero Diego le gusta mucho y, por lo que sé, creo que ella también a él.

En esa vorágine de trabajo y buenas noticias, el fin de semana pasa sin que Erik y yo quedemos. El sábado por la noche hay una fiesta en el bar de Gael: un amigo suyo pincha algo de jazz y todos los que trabajamos allí estamos invitados (me refiero a los que no están de turno durante la fiesta). Se me hace feo decirles que no voy a ir, así que me excuso con Erik e invito a mis amigas a acompañarme. Siempre es divertido quedar con ellas para tomar un par de copas y ponernos al día de nuestras novedades.

A eso de las once, con Geno medio pedo (no ha bebido tanto, en serio, está perdiendo facultades) y Tecla escuchando atentamente la romántica historia de Indira, que yo ya conozco de cabo a rabo, me acerco a la barra y le pido a Gael una cerveza con limón. Mañana entro temprano, así que no me gustaría perder los papeles esta noche, llegar a casa arrastrándome y el domingo reptar de vuelta al bar con la cabeza a punto de estallar por la resaca.

Me sirve con una sonrisa, como siempre. Está contento porque la gente está disfrutando de la música y, por si eso fuera poco, esta noche hará una buena caja. Nos hacemos un par de comentarios jocosos y lo dejo allí, detrás de la barra, para reunirme con mis amigas, que siguen escuchando hablar a Indi. Doy unos pasos y, entonces, experimento una extraña percepción que me hace girar la cabeza hacia la entrada del bar.

No veo nada que merezca la pena mencionar salvo las cabezas que oscilan al ritmo de la música. Voy a recuperar mi dirección inicial, pero entonces veo que alguien se abre camino entre la gente y se dirige directamente hacia mí.

—¡Erik! —exclamo, tan sorprendida como repentinamente llena de ilusión.

Enseguida me agarra de la cintura y me besa, elevando mi estado de ánimo a niveles estratosféricos. Cuando me suelta, me siento como Baby después de bailar con Johny por primera vez.

—¿Quién es ese? —me pregunta, señalando a Gael con la cabeza—. ¿Tu jefe?

—Sí, ese es Gael —respondo, aún idiotizada.

—Parece simpático, ¿no?

—Uy, ¡mucho! —le digo, con total sinceridad—. Es el mejor jefe que he tenido hasta ahora.

Erik no dice nada más y, a pesar de que está sonriendo, en sus labios hay cierta tensión. En lugar de acercarnos hasta donde están las chicas, tácitamente nos movemos juntos hasta un rincón del bar. Es como si ambos quisiéramos

impedir (¡qué absurdo más total!) que todo el mundo nos viera juntos.

Como dos adolescentes en pleno calentón, no podemos evitar unos besos encendidos y furtivos. Cuando él pone su boca sobre la mía, es como si quisiera devorarme allí mismo. Me aprieta contra su cuerpo y, después de un beso largo y un suspiro, me regala otros tres, más cortos pero igual de turbadores.

—Y... bueno... ¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta después, con una sonrisa diferente a la habitual.

—Pues sí —contesto yo, extrañada—. Estaba tomando algo con las chicas —añado, señalándolas con el dedo.

Erik las mira y vuelve a mirarme a mí. Algo en su cara ha cambiado.

—Pensaba que...

—¿Qué habías pensado?

Lo digo por decir. Por su actitud, creo hacerme una idea bastante acertada de lo que le había pasado por la cabeza.

—Bueno... Te he visto hablando con tu jefe y parecía... No sé, que tenéis mucha confianza.

Acabáramos. Ahora resulta que el objeto de mis deseos está celoso de Gael. Lo que hay que ver por tener ojitos.

—Oye, Erik, entre Gael y yo no hay nada. No te hagas ideas raras, ¿vale?

—¿En serio?

—Pues claro. Solo es mi jefe y una persona muy agradable.

No sé si me cree, no parece convencido.

—Bueno —dice, por fin—. Es que me gustaría pedirte algo.

—¿El qué? —Estoy intrigada.

—Ya sé que llevamos poco tiempo juntos y que no es que yo te haya ofrecido la luna, precisamente. Pero, aún así, me gustaría pensar que no vas a estar con otros mientras estés conmigo.

—Ah.

Es que no sé que contestar. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza estar con otros, pero bueno.

—No me entiendas mal, por favor. Ya sé que eres libre de hacer lo que quieras y no es que te esté dando un ultimátum, ni nada por el estilo. Solo que ya te he dicho que para mí eres muy especial y estar contigo significa mucho. Me gustaría que fuera algo exclusivo.

—*Es* algo exclusivo, Erik. Pensaba que lo tenías claro.

Ahora soy yo la que está molesta. Me parece bien definir los términos de una relación en algún momento, pero no sé si termina de convencerme la forma

en que lo ha hecho.

—Ahora ya lo tengo —dice, mientras me atrae hacia sí y vuelve a besarme.

Y, como parece que no soy capaz de pensar en nada más cuando lo hace, las palabras que acabamos de cruzar quedan relegadas al plano de las cosas que no son tan importantes, archivadas como un chat en el que ya casi nunca participas.

Poco después, detenemos el beso antes de que nos lleve a algo más y Erik se despide de mí rozando mi mejilla con el dorso de los dedos.

—Me marcho para que puedas divertirte con tus amigas, ¿vale? No quiero acapararte, solo he pasado porque no aguantaba tanto tiempo sin verte.

—Vale —le digo, todavía encendida por sus besos—. Como quieras. De todas formas, mañana madrugo, así que no pienso quedarme mucho rato.

—Haz lo que te parezca —me susurra, dejando otro beso junto a mi oído—. Yo me voy a casa.

Y, dicho esto, sale por donde ha venido y, efectivamente, se va a casa. A su casa, donde convive desde hace años con una mujer a la que dice que ya no ama. Yo me quedo en el bar, tomando mi cerveza con limón y fingiendo escuchar la charla de mis amigas mientras en realidad empiezo a pensar más profundamente en lo que acaba de pasar (cuando el efecto sedante de sus besos se diluye).

En una de estas, se me ocurre levantar la vista y mis ojos se cruzan con los de Gael, que sigue detrás de la barra, recogiendo vasos y copas usados para meterlos en el lavavajillas. Ahora mismo no sonrío. Es más, al percatarse de que lo estoy mirando, centra su atención detrás del mostrador y no vuelve a haber contacto visual entre nosotros.

¿Lo que me faltaba! ¿Es que esta es la noche de la susceptibilidad masculina? ¿Hay luna llena, o algo así? ¿Qué mosca le habrá picado a este ahora?

Lo dejo todo por imposible y trato de centrarme en la conversación. Hace rato que Indira ha terminado de narrar los pormenores de su recién estrenada relación con Diego y ahora parece que están hablando de otras cosas. Genoveva está definitivamente pedo (no sé ni cómo aguanta el tipo, la verdad) y Tecla aprovecha para explayarse sin piedad. Si no me equivoco, está hablando del tío que pincha la música, el amigo de Gael.

—...así como muy atractivo, ya sabes. Y, encima, le gusta la música buena. ¿Qué más se puede pedir? Si ya me dices que es un portento en la cama, ahora mismo voy y me arrojo a sus hábiles brazos.

—¿Ahora mismo? —repite Indira, con sorna—. Venga, Teclis, que te conocemos. Tú no te arrojas nunca en los brazos de nadie. Si casi no te das cuenta cuando ellos se arrojan en los tuyos...

Indi me mira y me guiña un ojo. «Qué zorra —pienso, mientras contengo un ataque de risa—, la está intentando picar para que haga algo».

—Pero, ¿qué dices? —se ofende Tecla—. Una cosa es que no me dé por enterada y otra muy distinta que no me entere de lo que pasa a mi alrededor. A ver si voy a tener que conformarme con cualquier cosa...

—Mujer, yo no he dicho eso. No con cualquier cosa, pero no te vendría mal «alguna cosa» de vez en cuando, ¿no?

Tecla me mira indignada.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Eh... ¿Qué? —me escaqueo.

—Claro, como tú ya tienes a tu dios particular para consolarte —dice, dirigiéndose de nuevo a Indira—. Pues yo no me voy a conformar con menos... No me voy a enrollar con el primer borracho pasado de vueltas que se me acerque, ¿vale? Por lo menos tendrá que parecerme atractivo. Vamos, que para rascarme con desgana ya me rasco yo un ratito, si eso...

Sin darse cuenta, Tecla ha levantado la voz, imponiéndose a Indira, que ha dejado de tomarle el pelo. Pero Genoveva y yo no podemos evitar partirnos de risa con las ocurrencias de la buena de Teclis.

—Déjalo por imposible, Indi —le digo, con los ojos llenos de lágrimas de la risa—. Ya has oído que se basta y se sobra, no necesita un hombre para cambiarle las bombillas...

Un nuevo estallido de risas se apodera de nosotras. Geno ya no recupera la apertura original de sus ojos: de tanto beber, se le han quedado a medio cerrar, como si tuviera los párpados gordos. Indira se troncha con mi comentario y yo no puedo parar de reír. Al final, la propia Tecla se une a nosotras y solo dejamos de reír cuando el amigo de Gael pone fin a la sesión de música.

Una, que no escarmienta ni aunque la muelan a palos, no puede dejar de ser como es y, en ese momento, me voy acercando lentamente hasta la mesa de mezclas, donde el chico que ha terminado de pinchar recoge unos vinilos y los guarda en una caja cuadrada con un asa en la tapa.

—Hola —le digo, con mi sonrisa más encantadora—. ¿Tú eres amigo de Gael, ¿no?

—Soy Rubén —me dice, sonriendo y asintiendo con la cabeza.

—Encantada de conocerte, Rubén. Yo soy la nueva cocinera.

Decidida, me acerco por el borde de la mesa y le estampo un par de besos vacíos de *sex-appeal*.

—Estoy ahí con unas amigas y nos ha encantado la sesión. —Un poco de jabón no le hace daño a nadie—. Hemos pensado que nos gustaría invitarte a

tomar algo, si te apetece. Así nos cuentas de dónde te viene la afición...

Le sonrío con inocencia, no sea que piense que le estoy echando los trastos descaradamente (lo estoy haciendo, pero no son mis trastos, claro). Él, con poco disimulo, echa un ojo a mis amigas y, por lo visto, le gusta lo que ve. Normal, si se ha fijado en Indi lo tendremos ahí pegado toda la noche, no me cabe la menor duda. Pero ya llegará el momento de explicarle quién está disponible y quién no.

Capítulo 17

(*Entre dos aguas*, Paco de Lucía)

La noche acaba con Indi acompañando a casa a la pobre Veva, que sucumbe a las brumas de la borrachera mala, y con Tecla y Rubén acaramelados contra una de las paredes del bar de Gael. Llegadas a ese punto, doy la velada por terminada y me escabullo sin dar unas explicaciones que nadie me pide.

A la mañana siguiente, cuando llego al trabajo, me encuentro a Lara levantando la persiana del bar. Los turnos entre Gael y las tres camareras son algo complicados. Nuestro jefe siempre está de mañana, menos los jueves, viernes y sábados, que está de tarde y hace el cierre. La camarera que hace el turno de tarde con él también libra la mañana siguiente, a no ser que, como anoche, haya una fiesta y Gael necesite que se queden dos de las chicas. En ese caso, una de ellas termina antes que la otra y al día siguiente entra a hacer el turno de mañana con la que ha librado. Es decir, que esta mañana Lara atiende la barra junto con Patricia, que fue la primera en marcharse anoche. Elsa, que se quedó hasta que cerraron, no vendrá hasta la tarde. El bar cierra los lunes y las tardes de los martes. Así todos podemos librar algo.

Enseguida me pongo manos a la obra en la cocina. Aunque Gael no esté, después de unos días ya tengo claro lo que tengo que hacer y no hay un minuto

que perder. Para que la barra esté lista cuando Lara abra el bar, tengo que mantener un buen ritmo de trabajo: sin prisa, pero sin pausa. Como siempre, lo primero son los rellenos de los bocadillos. Los que van fritos, como el lomo de cerdo, se hacen los primeros para que les dé tiempo a enfriarse antes de meterlos en el pan. Así se consigue que los panecillos aguantes crujientes durante más tiempo.

Para cuando llegan el pan y la bollería, ya tengo preparados todos los rellenos. Como una máquina de producción en serie, me lío a abrir panecillos y a rellenarlos. Después los pincho con un palillo de madera y los presento en unos platos cuadrados que más tardé organizaré en la barra. Huelga decir que las patatas y la cebolla ya están en la sartén, cogiendo color y desprendiendo un delicioso aroma que me llevaré a casa pegado en la ropa.

Hoy se me ha ocurrido la feliz idea de improvisar algo con los ingredientes que tengo en la nevera. Me he despertado creativa, por lo visto, y voy a focalizar esa energía en inventarme un nuevo pincho para que nuestros clientes se deleiten con él. Se trata de unas mini hamburguesas de pollo con rúcula y una salsa ligera de mostaza. Vale, sé que no es el invento del siglo, ni mucho menos, pero el resultado final es de lo más apetitoso, lo juro.

Además, lo importante no siempre es transgredir, sino tratar bien lo que tienes entre manos y darle un aspecto impecable. Y mis pequeñas lo tienen: he picado a mano el pollo, lo he especiado y lo he rebozado con mimo; he hecho un par de pruebas con la mostaza de Dijon, hasta comprobar que la de grano va bien para diluirla un poco; he probado varias hojas hasta elegir la rúcula, cuyo sabor y pequeño tamaño han encajado bien con el resto de los ingredientes. Y solo he preparado media docena, por si se diera la circunstancia de que a la gente no le gusten (no serán capaces de hacerme eso...).

Al salir de la cocina para empezar a colocar los platos en la barra, me encuentro a las chicas cotilleando alegremente. Ya lo tienen todo listo y en cinco minutos abrirán al público. Yo tengo que dar la vuelta a la tortilla normal y cuajar la que lleva jamón y queso. Tengo tiempo de sobra. Además, así los primeros las comerán calentitas, recién hechas.

Voy presentando los pinchos en la barra, con mucho cuidado. Siempre me da miedo que alguno se me caiga y mi trabajo se eche a perder. Al pasar junto a ellas con dos platos en una mano y uno en la otra, las saludo con una sonrisa. Lara, que esta mañana no calla, me la devuelve enseguida. Patricia, sin embargo, apenas me hace un gesto con la cabeza. No sé si solo me lo ha parecido o si es que está absorta en lo que la otra le está contando. Ni se me pasa por la cabeza que exista otra opción, estas chicas son encantadoras con todo el mundo.

Termino de montar mi barra (mi barra, se me llena la boca al decirlo) y, por último, planto las dos tortillas, una a cada lado, todavía sin cortar. Así duran más tiempo calientes y los bordes no se secan. Las chicas las cortan en el momento de servir, las ponen en un plato y las acompañan de cubiertos y de pan.

Lara se acerca a meter la nariz entre mis platos y enseguida se da cuenta de

la novedad.

—¿Qué es esta cosa deliciosa que huelo?

—Una nueva creación de la cocinera —le digo, entre risas. Me siento de buen humor.

—¿Pollo? —insiste, casi salivando.

—Y otras cosas ricas, sí.

—Como no sobren, tendrás que prepararme una especial para mí.

—Ja ja ja... Eso está hecho —respondo, ilusionada por mi éxito—. ¿Tú también quieres? —le pregunto a Patricia.

Pero ella no está participando en nuestra conversación. Anda por ahí, colocando vasos que ya están en su sitio y pasando la bayeta por manchas imaginarias.

—No, tranquila. No me va mucho la mostaza.

Trata de usar un tono desenfadado, pero ni siquiera se da la vuelta para mirarme mientras me habla. No comprendo lo que está pasando, si es que está pasando algo. A lo mejor no es nada y solo es que Patri tiene un mal día hoy, pero igualmente me quedo mosqueada por su extraño comportamiento.

En todo caso, no puedo quedarme bromeando con ellas porque tengo que empezar a recoger la cocina. Durante el turno de desayunos siempre se hacen algunas tostadas, o se calientan cruasanes, o lo que sea. No es que la cocina esté a tope de trabajo, pero yo prefiero ir quitándome del medio todo lo que he manchado a primera hora, para que no se me acumule. Si la mañana va bien, sobre las once tendré que hacer otra remesa de pinchos y más tortilla. Ya no haré tantos como al principio, pero antes de marcharme, a eso de la una, tengo que dejar la barra repuesta.

Al final, salgo de trabajar sobre la una y cuarto. Mis hamburguesitas de pollo han sido un éxito rotundo (no es porque sean una genialidad, sino porque ha cuadrado así, claro) y escucho a Lara decirle a un cliente que son la especialidad de los domingos. La miro con curiosidad y me guiña un ojo, levantando los pulgares por debajo de la barra. Me despido de ella con la mano (Patricia no sé dónde se ha metido) y me marchó riendo entre dientes. Puede que no sea mala idea. Tendré que comentarlo con Gael, a ver qué le parece.

Al llegar a casa enciendo la radio. Lo hago de vez en cuando, para sentirme acompañada y, a veces, para escuchar las noticias. Meto la ropa del trabajo en la lavadora. Un ciclo corto, el delantal me salva de manchas difíciles y lo único que quiero es quitarle los olores de la cocina. Mientras preparo algo rápido para comer (después de toda la mañana en el bar, no tengo ganas ni de encender el fuego), una noticia llama mi atención: el próximo sábado por la

noche hay un concierto de Chambao a media hora de aquí en metro.

Mi cerebro empieza a funcionar a toda pastilla. ¿Y si comprara dos entradas y le diera una sorpresa a Erik? ¿No sería genial ir con él a ver a ese grupo que me encanta? El CD que me regaló está sobre el mueble de la sala, junto al equipo de música, animándome silenciosamente a llevar a cabo mi plan. Él y yo, Chambao, unas horas de romanticismo nocturno, una experiencia que quisiera que compartiéramos...

Me pongo a comer, dialogo conmigo misma, sopeso las opciones. «Mira — me digo—, no es tan importante. Solo es un concierto. Compra las entradas y no le des tantas vueltas a las cosas». Cojo el móvil y entro en internet para ver si puedo sacarlas desde el cajero automático de la esquina. Sí, puede hacerse.

Termino de comer y me enfundo el vaquero y las deportivas. Bajo al portal con un creciente nerviosismo. ¡Me apetece cada vez más! Llego al cajero automático y deslizo mi tarjeta por la ranura. En pocos minutos (por decir algo, no creo que haya tardado ni tres) tengo en mi poder dos entradas para el concierto. Las guardo con cuidado en la cartera, como si fueran un tesoro, y vuelvo a casa planeando mentalmente lo bien que lo vamos a pasar Erik y yo, lo romántico que será, el rato de intimidad que compartiremos. Hasta se me seca la boca de los nervios.

Al llegar a casa, me sirvo un vaso de agua de la nevera. Sigo imaginando (es un no parar de visualizarme junto a Erik) y cada vez estoy de mejor humor, presa de la expectación. ¿Qué dirá él cuando le cuente mi sorpresa? Lo que daría por ver su sonrisa y la ilusión en sus ojos... Doy un trago largo a mi vaso y, con el teléfono todavía en la mano, oigo entrar un mensaje.

Chicas, el sábado celebramos mi cumple, ¿vale?

Es Tecla. No comprendo lo que está haciendo. ¡Si su cumpleaños es el mes que viene!

¿Cómo que el sábado?
Si faltan tres semanas...

Esa es Veva, expresando la sorpresa de todas.

Tengo mesa para cenar en Les clés. Todas.
Dentro de tres semanas no hay sitio.
Ni de dos. Ni de una...

Mierda, joder. No me lo puedo creer. ¿Tiene que ser justamente este sábado? Podía habernos avisado un poco antes, pero ahora ya tengo las entradas compradas. Esto es como una versión cutre de *La decisión de Sofía*. Como el resultado de que Tele 5 hiciera un programa de sobremesa con esa premisa, usando a su plantilla como elenco. ¿Concierto con tu hombre o cena de cumpleaños con tus amigas? Me dan ganas de tirarme de los pelos...

¡Guay! Me encanta ese sitio

Indira, que es una emocionada de los restaurantes selectos.

¡Ya mí!

Planazo... Supernoche.

Bien. Todas encantadas de la vida y yo con las entradas en el bolso, sudando la gota gorda. ¿Qué narices hago ahora? Pienso rápido, pero no me lleva a nada. El dilema es el dilema, y no es fácil de resolver.

Siempre celebramos nuestros cumpleaños haciendo algo especial todas juntas, y siempre lo pasamos muy bien. Por otro lado, me muero de ganas por ir al concierto con Erik y no puedo devolver las entradas. Al final, creo que no hay ninguna excusa posible: todo se reduce a mí, a lo que más ganas tengo de hacer. Lo siento mucho, mucho, por Tecla, pero creo que este año no voy a poder estar en su cumpleaños.

No hay posibilidad de mover esa fecha?

Hago este último intento a la desesperada. Conozco *Les clés* y sé de sobra lo difícil que es reservar allí en una fecha concreta. Es decir, una no llama allí y pide mesa para tal día; una llama y pregunta para qué día hay mesa libre. Es lo malo de los locales pequeños, exquisitos, exclusivos y de moda: se convierten en artículo de lujo, tienen más demanda de la que la oferta puede cubrir.

Por?

No me digas que no puedes...

Tecla es escueta pero sus palabras reflejan muy bien el desagrado por mi respuesta.

Lo siento en el alma Teclis

Enseguida me contesta con otra pregunta.

Qué tienes que hacer justamente esa noche?

Voy a responder antes de que me arrepienta o me pueda el cargo de conciencia.

Tengo dos entradas para el concierto de Chambao

Voy a ir con Erik

No tenía ni idea de que ibas a celebrar tu cumple

En serio, lo siento mucho :- (:- (

Silencio al otro lado de la línea. Triple silencio. Lo comprendo, pero no puedo hacer otra cosa.

Bueno mujer no te preocupes

A más tocamos las demás ;-) ;-)

Ay, la buena de Tecla... ¡Qué grande tiene el corazón! ¡Qué peso me ha quitado de encima! Rápidamente vuelvo a escribirle.

Gracias mi niña!!!!!!

De verdad que lo siento mucho

No tenía ni idea

Jo...

Lo siento :-(:-(:-(

Sigo hablando con ellas un rato más. Parece que no va a llegar la sangre al río. No es que me sienta bien por haber dejado a mi amiga en la estacada, pero las cosas han salido así y Erik es una apuesta en la que tengo que arriesgar. Aunque todavía no tenemos nada serio, sí que hay mucha ilusión por parte de los dos. Me gusta mucho y quiero saber si eso puede convertirse en algo más. Porque, a veces, tengo la sensación de que sí que es algo más, aunque haga poco tiempo que estamos juntos. Y para eso, tengo que invertir tiempo en esto, aunque suponga quitárselo a otras personas.

Genoveva bromea con Indira acerca de Diego. Le pregunta si ella no tiene también alguna cita ineludible con su hombre. Indira le devuelve unas caritas amarillas que lloran de la risa y le dice que no hay problema, que el sábado su chico trabaja en el turno de cenas del italiano. Vacilan un rato más, hacen comentarios con doble sentido (de dudoso buen gusto, debo añadir) y todo acaba en una transcripción de carcajadas y una lluvia de *emojis* en diversos grados de diversión.

Me encantan las conversaciones que compartimos en este grupo. Ellas son mis amigas y, al reflexionar, siento un poquito de pena por perderme el plan del sábado. Ha sido una casualidad de lo más inoportuna...

Capítulo 18

(*Come on over*, Cristina Aguilera)

La semana termina para mí el domingo a las once y media de la noche. Sin darme cuenta, me quedo dormida en el sofá sin haber llamado a Erik para contarle lo de las entradas. Le he dado tantas vueltas a la forma de decírselo que, al final, no he sido capaz de encontrar una manera idónea para transmitirle toda mi ilusión. No quiero soltarlo y simplemente esperar su reacción. No quiero decírselo como una tontería cualquiera. Quiero mostrarle cuánta ilusión he puesto en ello y comprobar que él también se emociona con la idea de hacer algo especial conmigo.

El lunes es mi día libre, así que aprovecho para salir de compras. Necesito otro pantalón negro; el que estoy llevando al trabajo me aprieta un poco y (aunque me veo estupenda con él) no resulta cómodo para moverme por la cocina del bar. La sorpresa viene cuando empiezo a probarme otros modelos y descubro que todos los de esa talla muestran el mismo comportamiento opresivo hacia mi satisfecho cuerpo. Sí, satisfecho. Porque últimamente todo parece ir bien y, por lo visto, ese bienestar se ha traducido en un incremento de la masa que recubre mi esqueleto.

¿Qué debo hacer? ¿Persevero en la talla e incremento el número de días semanales en los que salgo a correr? Esa es mi primera idea. Pero luego la

desidia de la felicidad me embriaga y renuncio a castigarme con sesiones extra de ejercicio. ¡A la mierda! Corro para sentirme bien, no para ser esclava de una cifra. Si una talla me oprime, me compro la siguiente y listo. No sé si está bien o no decirlo (si no lo está, me importa poco), pero estoy contenta dentro de mi cuerpo. Soy algo más que lo que muestra mi físico y, por otra parte, dos kilos arriba o abajo no van a destruir mi autoestima, solo faltaba...

Al final salgo de la tienda con dos pares de pantalones que me sientan estupendamente y me permiten seguir disfrutando del privilegio de moverme y respirar. La sesión de compras se completa con un par de camisetas de Stradivarius y un paquete de calcetines de deporte de Primark, cuya obsolescencia se compensa con su precio ridículamente bajo.

Después de comer decido llamar ya a Erik y contarle lo del concierto. No puedo negar que estoy un poco nerviosa, pero no tiene sentido posponerlo más. Marco su número y espero varios tonos, pero no contesta. Puede que todavía no haya salido del trabajo o... puede que esté en casa con ella. Si es lo segundo, no va a contestar. No hablará conmigo estando ella delante. Y no puedo decir que no lo comprenda.

Esto es de locos. Desde luego que no cogerá el teléfono si ella está sentada a la mesa a su lado, por poner un ejemplo. O si están juntos en el sofá, viendo la televisión. ¿Qué iba a decirle? ¿Que le llama su novia? El estómago se me revuelve un poco y respiro para mantener a raya la ansiedad. En estos momentos es cuando más me cuesta confiar en él. Y no es solo una cuestión de confianza: asumiendo que siempre me haya dicho la verdad, queda el asunto de que yo pueda soportar una relación en estos términos. Asumir que hay una mujer viviendo el día a día con él, alguien con quien ha compartido tantos años, por mucho que él ya no sienta nada por ella.

Siento que algo va muy mal en todo esto y el mundo se me viene un poco

encima. Justo entonces, suena el teléfono. Es Erik, que me llama.

—Hola —me dice—, lo siento. Tenía el teléfono sin sonido y no me he dado cuenta de que llamabas.

—No importa, ¿dónde estás?

No puedo evitar preguntárselo.

—Trabajando. Hoy tengo para rato.

—Lo siento —le digo, tratando de ser empática y disimulando la satisfacción que me da escuchar que no está en casa.

—No importa, estoy bien.

—¿Saldrás muy tarde? —le pregunto. Se me había ocurrido que la mejor manera de sorprenderlo sería diciéndoselo en persona.

—No estoy seguro —responde—, ¿qué quieres?

—¿Podríamos quedar un rato? Te quiero dar una sorpresa y preferiría que fuera en persona. Pero, si estás muy cansado, podemos dejarlo para mañana...

—¿Una sorpresa? —de repente su voz cobra vida, como la de un niño el día de su cumpleaños o la mañana de Navidad—. Paso por tu casa en cuanto salga de aquí, ¿vale? Más cerca de las ocho que de las siete, ¿te parece? ¡Me encantan las sorpresas!

No puedo evitar reír a carcajadas. Ese es exactamente el énfasis que esperaba por su parte, y eso que todavía no sabe de qué se trata.

—Entonces, te espero aquí.

—Nos vemos luego, corazón. Un beso.

—Otro para ti...

En otro rincón de la ciudad, Rubén, el amigo de Gael, el que pinchó jazz en la fiesta del sábado por la noche, no puede esperar más que hasta el lunes para llamar por teléfono a Tecla. El único problema es (vida cruel) que no tiene su

número. Así que hace lo único que se le ocurre que puede hacer en esas circunstancias: llamar a Gael. Sabe, aunque no recuerda exactamente de qué modo, que las chicas con las que estuvo el sábado después de la sesión eran amigas tuyas, o conocidas, o que una de ellas trabajaba en el bar. Lo cierto es que no prestó demasiada atención a esa parte de la conversación.

En un primer momento, solo pudo fijarse en la chica delgada con el pelo revuelto y la sombra de un golpe en el ojo. Le preguntó cómo se lo había hecho y ella le dijo que se había dado un golpe en el gimnasio, con una mancuerna de seis kilos. Él quiso seguir con esa conversación, pero enseguida intuyó que ella no estaba por la labor de que intimaran, así que retiró su atención para ponerla en otra de sus amigas.

Quedaban tres. Una era la que había ido a buscarlo a la mesa. Se mostraba demasiado amable y sonriente, relajada, no quería nada con él. La segunda estaba cada vez más borracha. Saltaba a la vista que si aquello no terminaba en tragedia, sería un milagro. Mentalmente, Rubén se negó a pasarse la madrugada del sábado auxiliando a una mujer indispuesta a la que ni siquiera conocía.

Eso limitaba mucho sus opciones. De hecho, sólo le quedaba la soltera número cuatro: una mujer de cabello oscuro y cintura estrecha que, aunque a primera vista no le había llamado la atención, resultó ser una conversadora interesante con un atractivo sexual poco frecuente. Pese a no estar dentro de los cánones de lo que él consideraba belleza, Tecla tenía algo, una temperatura erótica, un no sé qué que, al final, terminó por volverlo loco de ganas de sacarla de allí y llevarla a algún sitio mucho más privado, si no tenía inconveniente.

La suerte quiso que la chica se sintiera también atraída por él (cándido, si llega a saber que le habían echado el ojo desde el principio) y acabaron la noche, cosa que pocas veces le había pasado, en la casa de ella. Para cuando

estuvieron en su dormitorio, Rubén tenía tantas ganas de follar que, de no haber amanecido allí, no habría sido capaz ni de explicar cómo era el resto del piso.

Ahora no sabría decir qué es exactamente lo que tiene Teclis, como escuchó a sus amigas llamarla, pero es algo que lo atrae muchísimo, que hace salir al primate que hay en él y en el resto de los hombres, al menos en el terreno sexual. Es algo en su manera de moverse, en la forma en que lo mira, en cómo se humedece de vez en cuando el centro del labio superior con la punta de la lengua o cómo le sonrío comiéndoselo con los ojos. El caso es que consigue encenderlo por dentro y hacer que solo pueda pensar en desnudarse y pegarse a su piel.

La noche fue de lujo: un polvo explosivo a las dos de la mañana, un par de horas de sueño y otra tanda de sexo con preliminares antes del amanecer. Se despertó luego, sin saber ni qué hora era, abrazado a su cintura y respirando el olor delicioso de su cuerpo desnudo. Se levantó al cuarto de baño y, al volver al dormitorio, ella ya no estaba en la cama.

Lo esperaba en la cocina, poniendo una cafetera, despeinada y sexy con una camiseta vieja y cedida que dejaba al descubierto uno de sus hombros. Así que se puso los calzoncillos y su propia camiseta y fue con ella a tomar ese primer café. Tecla no estaba muy locuaz, parecía una de esas personas que tiene mal despertar, que necesitan su tiempo hasta que se espabilan del todo.

Por eso, Rubén trató de no agobiarla con conversaciones banales, de darle su espacio, el que creía que necesitaba. Pero el silencio se alargó un poco demasiado y, al de un rato, decidió vestirse y volver a su casa. Era mejor marcharse antes de resultar una molestia para ella. Lo que quería era dejarle una buena impresión, porque la chica le había encantado.

Pasó todo el domingo acordándose de ella, pensando en lo sorprendente que había resultado el hecho de que todo saliera tan bien con una mujer de la que apenas sabía nada. Se preguntó también si ella tendría por costumbre llevarse a casa hombres que acababa de conocer y cómo influiría eso en él, si cambiaría su modo de verla. Luego decidió que no, que no le importaba lo más mínimo lo que hubiera hecho con su libertad hasta el momento en el que él la conoció. Pensó en cuándo volvería a verla, si es que la veía, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenía su número de teléfono. Sabía dónde vivía, pero no le parecía ético presentarse en su casa sin avisar (le parecía como de perturbado mental, así que lo descartó). En lugar de eso, decidió hacerse con su teléfono y llamarla o enviarle un mensaje, para tantear en qué punto estaba ella.

Así que el lunes por la tarde, sin esperar más, llama a Gael y le explica

sucintamente (omitiendo todos los detalles íntimos) que necesita conseguir el teléfono de Tecla.

—¿De quién? —pregunta Gael, pillado en fuera de juego.

—Si hombre, de la chica con la que estuve el sábado. Ya sabes, es amiga de una de tus camareras, o de la cocinera...

Ahora cae. Recuerda haber visto a Rubén hablando con las cuatro mujeres, pero ignoraba que la noche hubiera terminado como lo hizo. Gael duda. No es nada partidario de meterse donde no le llaman. Pero Rubén es su amigo, y nunca le pide favores.

—Hoy es el día de descanso semanal... —le dice a su amigo, tratando de poner una excusa.

—¿Y no puedes llamarla? —insiste Rubén, decidido.

—Supongo que sí —acepta Gael, después de dudar un instante—. Pero no te prometo nada.

—Tienes que conseguirme ese número, tío...

—No me llores, Rubén —responde Gael, con aburrimiento, antes de colgar el teléfono y reprenderse por no saber decir que no.

Luego, antes de que la cordura le impida hacerlo, abre el *wassap* y teclea rápidamente.

Mi amigo Rubén quiere el teléfono de tu amiga Tecla
Cómo lo ves?

El mensaje me pilla de sorpresa. Estoy en casa, esperando a que llegue Erik para darle la sorpresa, cuando Gael me pregunta (es la primera vez que usa mi número para algo que no sea exclusivamente laboral) por el teléfono de mi amiga.

Espera que compruebe, por si acaso...

Acto seguido, me dejo de chorradas y llamo a Tecla, directamente.

—El tío que te tiraste el sábado quiere tu número. ¿Se lo doy?

—¡Ni se te ocurra! —me grita, no bien identifica mi voz y comprende de qué le estoy hablando—. No, por favor. Solo me faltaba que me llame...

Mientras mi amiga me cuenta exactamente por qué no está dispuesta a que ese tipo la llame, voy enviando a Gael una respuesta amable e inequívoca.

No está interesada en seguir conociéndolo

Lo siento :-(-:(

La respuesta de mi jefe es escueta:

Ok

Tras enviarme ese mensaje, Gael suspira (previendo la que le espera) y

decide llamar a Rubén. Total, cuando le cuente lo que yo le he dicho su amigo le llamará de todas formas...

—¿Lo tienes? —pregunta el muchacho, ilusionado.

Gael no quiere ni contestarle. Está a punto decirle que no ha podido conseguirlo, pero sabe que eso solo hará que Rubén le de la brasa hasta que se entere de la verdad.

—Lo siento, Rubén —dice, al fin—. Ha pasado.

CAPÍTULO 19

(*Ahí estás tú, Chambao*)

—¿Qué ha pasado? ¿No fue bien?

La reacción de Tecla cuando le pido su número para dárselo a ese chico me ha sorprendido.

—¿Bien? No, no fue bien.

—¿Me lo vas a contar?

—No sé si tengo muchas ganas, la verdad...

—Venga, Teclis, algo me tendrás que decir...

—¿Sabes lo que es que no te dé tiempo a subir al tren porque ya ha salido?

Pues eso...

No puedo evitar reírme por la analogía. Comprendo a qué se refiere y sé que no tiene gracia, pero me río igual.

—¿En serio? ¿Te quedaste en el andén?

—Y no se dio ni cuenta.

—Eso ya no me lo trago.

—Te lo juro, ni cuenta. Se durmió como un ceporro.

—¿Se quedó a dormir?

—Ni ganas de despertarlo tenía, la verdad. Pero ya se despertó él solito dos horas después. Y otra vez...

—¿Otra vez lo mismo?

—Lo mismo no. Pero para el caso...

—¿Qué pasó?

—Digo, «bah, venga, me arranco con unos preliminares a ver si coge la indirecta y se aplica a la reciprocidad». ¿Qué te crees? ¿Qué sí? Pues, sí, vale, pero muy escasamente. O sea, de pena.

No paro de reír. Me lloran los ojos. Hacía mucho que no me reía tanto.
¡Pobre Teclis!

—No te rías, tía. ¡Ya está bien!

—Ay, perdona, corazón. Es por tu forma de contarlo, tienes esa vis cómica...

—¡Anda y que te den!

—Vale, vale. Que no me río más. Total, que muy decepcionante, ¿no?

—Mucho. Tuve que buscarme la vida y... Bueno, es lo mismo, eso ya son detalles. Volvió a quedarse dormido y, por la mañana, pensé que podíamos salvar el mal rollo tomando un café y charlando un rato. «Aunque sea que me entretenga la mañana», pensé, y me quedé esperando a ver si decía algo. ¿Te puedes creer que ni una palabra? Se toma el café sin hablar y después se marcha, el tío... Vamos, como para que me vuelva a llamar. ¡No, gracias!

—Pues tú has debido de gustarle, Tecs —le digo, a ver si halagando su ego mejoro en algo su humor.

—¡Toma, claro! Sexo y café sin cruzar palabra... ¡Soy un sueño hecho realidad!

—Mujer, no digas eso... Le habrá gustado cómo eres.

—Me da lo mismo. Que se busque otra y a correr. Es lo que hay.

—Bueno, si lo tienes claro.

—Diáfano.

—Entonces, estupendo. Te voy a dejar, *amore*, que espero visita.

—Iba a decir que me alegro pero, visto lo visto, ¡buena suerte!

Me parto de risa con ella. En el tema de las relaciones es un jodido desastre sin solución. O no le gusta ningún tío o le gustan los que no están disponibles; o pasan de ella o le hacen caso los que no le interesan; o le sale fatal cuando surge una oportunidad. Es una especie de Bridget Jones cantábrica, eso es lo que es.

Poco después de un cuarto de hora, el portero automático suena dos veces. Dos pitidos cortos. Es Erik. ¡Por fin ha llegado! Dejo las dos entradas sobre la mesita de la sala y entreabro la puerta de casa para poder asomar el morro por el hueco. Le oigo subir por las escaleras y no puedo evitar sonreír. Son los

nervios, que me hacen parecer una chiquilla.

Llega a mi planta y se queda parado frente a mí, con las cejas levantadas y también sonriendo, como si me preguntara qué está pasando, a qué se debe tanta emoción. Lo hago pasar y, con la puerta ya cerrada, me cuelgo de su cuello y nos damos un beso largo y espeso. Después tomo sus manos y lo arrastro hasta el sofá. Él se deja hacer, no puedo decir que no esté colaborando.

—Bueno y... ¿qué es esa sorpresa? —me dice, sin poder resistirse más a preguntar.

Respiro profundamente (ahora viene cuando la matan) y cojo las dos entradas de encima de la mesita. Las abro en abanico y las sostengo frente a él, esperando que las mire y descubra lo que son.

—¿Entradas? —pregunta, y yo asiento con la cabeza—. ¿Para un concierto? —Asiento otra vez.

—Son entradas para el concierto de Chambao, este sábado por la noche. Me encantaría que hiciéramos juntos algo especial, que pasáramos un rato por ahí, disfrutando, escuchando la música...

—¡Genial! —dice, con la mirada iluminada y una sonrisa radiante.

—¿En serio?

—¡Claro! No se me ocurre un plan mejor.

La satisfacción se apodera de mi cuerpo en oleadas. Lo miro a los ojos, encantada de la vida, pensando en cosas que es pronto para pensar.

—¿Qué? —susurra, acercándose un poco—. ¿Pensabas que iba a decir que no?

—No estaba segura. A lo mejor ya tenías algún plan.

—¿Yo? ¿Qué plan quieres que tenga? En todo caso, ninguno podría competir con pasar una noche contigo, ¿sabes? No hay nada a la altura de eso.

Parece que, después de todo, mi chico ha estado más que a la altura. Una corriente eléctrica me recorre cuando sus dedos rozan mi cuello. Es increíble lo que te hacen sentir algunas personas, la reacción química que su cuerpo provoca en el tuyo. No puedes escaparte de las sensaciones, solo dejarte llevar.

Acerco mis labios a los suyos y nos devoramos en un beso digno de la mejor escena romántica que Hollywood pueda rodar.

—Voy a marcharme —me dice, terminando nuestro beso de película—, si no te importa. He venido directamente del trabajo y me gustaría darme una ducha y descansar un poco.

—Claro, sin problema.

La verdad es que me gustaría que no tuviera que marcharse, que se quedara conmigo y se duchara en mi pequeño cuarto de baño, que pasáramos la noche juntos y nos diera la mañana acariciándonos... pero comprendo su necesidad de descansar.

Lo acompaño a la puerta y nos besamos una última vez. Me mira a los ojos y sonrío. Vuelve a darme tres besos pequeños en los labios mientras sujeta mi mano entre las suyas.

—¿Nos vemos el sábado? —me dice, derritiéndome con su voz dulce al arrastrar cada sílaba.

—¿Pasas a buscarme?

—Te llamo el viernes para quedar. O, mejor, vamos hablando durante la semana, ¿de acuerdo? No quiero pasar ni un día sin hablar contigo...

—Yo tampoco.

—Eres mi estrella, ¿lo sabes? Mi estrella mágica...

Cuando sale por la puerta, me quedo apoyada en el marco, mirando cómo baja las escaleras. Es como si un pedacito de mi corazón se fuera con él. Cada vez que nos separamos, siento como si me quedara más sola que antes de que él apareciera. Contando los minutos hasta la próxima vez que pueda verlo.

Indira llega a casa del trabajo como todos los lunes, deseando que sea viernes. Esta vez, lo que ansía es que llegue el sábado y la cena de cumpleaños con sus amigas. ¡*Les clés!* Todo un lujo que por fin van a permitirse... Hasta lleva todo el día pensando en la ropa que llevará. Sus amigas siempre le dicen que está perfecta lleve lo que lleve, pero eso no vale. Son sus amigas, ¿qué iban a decirle?

Está claro que una no puede presentarse en un sitio como ese con un trapillo cualquiera. Las cosas, si se hacen, hay que hacerlas bien. Mentalmente, ha repasado todo lo que esconde su surtido guardarropa. A ver, es un armario modular de Ikea con puertas de bisagra de las de toda la vida pero en esto, como en todo, lo importante es el interior. De hecho, hay un par de prendas en sus respectivas perchas que, juntas, valen más que el armario

entero. Sin embargo, no le parece que nada de lo que tiene vaya a ser adecuado para semejante ocasión.

Sí, está claro, tendrá que comprarse algo. Algo realmente increíble con lo que disimular las imperfecciones de su cuerpo. Algo que resalte su pecho de una forma discreta y elegante; que marque su cintura, un poco recta; que disimule su trasero, demasiado redondo; y que realce la sensación de que sus piernas (punto fuerte de su anatomía) son verdaderamente largas. No lo tiene fácil, pero cree que lo conseguirá.

Pese a que siempre le han dicho que tiene un físico privilegiado y que da igual lo que haga, porque siempre parece a punto para una sesión de fotos, eso no es lo que ella suele ver en el espejo. Sin dramas, claro: es consciente de que físicamente juega con unas buenas cartas, solo que sabe que ella es la única que ve con toda claridad los puntos débiles que empobrecen el conjunto. Nunca habla de ese tema con nadie, porque está cansada de que los demás arruguen la nariz como si fuera una exagerada o una obsesa de su cuerpo.

Como aquella vez en la que le dio por comentar que había engordado un par de kilos y sus amigas se pusieron de lo más impertinente. Después de dar a entender que se quejaba únicamente para que la consolaran, solo les faltó mandarla a la mierda. Pero para ella era algo muy real. Los pantalones le apretaban y se sentía incómoda con ellos, por mucho que le dijeran que no se notaba nada y que no se pusiera paranoica.

El único que siempre había sido sincero en ese sentido era su ex. Tenía muchas cosas malas, aquel bastardo maltratador, pero entre las buenas estaba el hecho de que nada se le pasaba por alto: si se cortaba el pelo (aunque fuera un retoque de puntas) o engordaba unos gramos o tenía ojeras por no haber dormido bien, él enseguida se percataba y se lo hacía saber, para que pusiera remedio cuanto antes. Muchas veces se sentía molesta de que lo hiciera, herida en su amor propio o menospreciada, pero tenía que reconocer que, mientras

estuvo con él, siempre había lucido absolutamente impecable.

¿Pero qué estaba diciendo? ¿Siempre? Sí, claro. Como si se pudiera estar impecable teniendo el cuerpo lleno de cardenales y el alma molida a palos. Sin darse cuenta, miró alrededor por si había alguien escuchando sus pensamientos. ¡Qué absurdo! Si estaba sola en casa. Además, ¿cómo podía nadie escuchar lo que pasaba por su cabeza? De ninguna forma, por supuesto. Entonces, ¿por qué había tenido aquella reacción?

Respiró hondo, tomando conciencia de lo que acababa de pasar. Esas eran las secuelas que él había dejado en ella. Remotas, imperceptibles algunas veces, pero profundas y duraderas. Él había hecho que ella llegara a tener miedo de sus propios pensamientos y eso era algo que jamás le perdonaría, por muchos años que viviera.

Después de cenar, Indira pasó un rato echando un vistazo a algunas páginas de moda en internet. Si encontraba lo que estaba buscando, lo compraría esa misma noche. Un envío *Premium* llegaría a tiempo, en un día o dos, a lo sumo. Si no lo encontraba, al menos se inspiraría y daría con alguna idea que luego pudiera localizar en los establecimientos que solía frecuentar.

Ya se disponía a apagar el ordenador cuando, de pronto, ahí estaba. Un vestido espectacular en tres tonos de azul oscuro que parecía cumplir todos los requisitos de su rígida exigencia. Un escote adecuado, cintura entallada y un largo que haría que sus piernas parecieran aún más esbeltas de lo que ya eran. ¡Lo quería!

Justamente iba a comprarlo cuando un mensaje entró en su teléfono, que descansaba a la derecha del ratón. Era Diego, interesándose por su día. En plena emoción por la compra del vestido, Indira comenzó una conversación con él.

Qué tal el primer día de la nueva semana? ;-)

Genial, gracias. Me pillas comprando un vestido

A estas horas??? Como una de esas locas de la teletienda. Jajajajaja

Muy gracioso...

Es broma Indi. Estás comprando *online*?

Claro. Es que el sábado voy a cenar a Les Clès con mis amigas.

Cumpleaños.

Joder... Les Cles? Como andamos, no?

Ya ves. Un lujo muy de vez en cuando

Quieres ver el vestido?

Diego le muestra un pulgar y ella se dispone a hacer una foto a la pantalla del ordenador. Los colores no se verán tal y como son, pero él podrá hacerse una idea de la maravilla que acaba de encontrar. Envía la imagen sin insertar ningún texto y se queda esperando a que el chico responda. Seguro que Diego lo aprecia en lo que vale, con lo arregladito que va siempre. Poco después, recibe su mensaje.

Muy bonito. Seguro que te queda muy bien.

Bonito? Solo dices eso?

Eh? Qué quieres que diga? Es bonito no?

Hombre, no es bonito. Es perfecto.
Tiene el escote perfecto para marcar sin ser soez
Me disimula que no tengo cintura
Me quita un poco de culo, eso espero
Y me hace las piernas largas
:-P :-P

Indira espera, pero no hay más mensajes en su pantalla. En lugar de eso, el teléfono empieza a sonar y no tarda en descolgarlo.

—Dime —dice directamente, porque el que la llama es Diego.

—¿Qué son esas chorradas que me has escrito? —pregunta él, con cierta impaciencia—. ¿Es para que te conteste que no, que estás perfecta como estás?

Estupendo, otro que se suma al grupo de los que no la comprenden. Lo que menos le apetece es tener esa discusión con Diego, así que trata de pasar por encima.

—Es lo mismo, yo ya sé lo que digo...

—¿Estás hablando en serio? —insiste él, todavía con tirantez.

—Déjalo, por favor. No he dicho nada.

—O sea, que es en serio. ¿Te crees todo eso que has dicho?

—Sin más. Solo soy consciente de mis limitaciones.

—Eres boba —dice el joven, con tanta rotundidad que a Indira le hace un poquito de daño.

—Gracias, guapo.

—Eres boba, Indira. Y, además, no necesitas ningún vestido que resalte nada. Tienes un cuerpazo que muchas quisieran. No tienes que estar buscándote fallos para aparentar modestia, ni nada por el estilo. No entiendo esa manía que tenéis de no estar nunca contentas con nada...

—¿Que «tenéis», quiénes?

—Las mujeres preciosas —responde Diego, y ambos se quedan en silencio, uno a cada lado del teléfono.

CAPÍTULO 20

(Don't judge me, Chris Brown)

Las palabras de Diego dejan a Indira sin saber qué decir. Su primer impulso es responder que no se haga el gracioso, pero después piensa en cómo se ha comportado con ella desde que lo conoce y comprende que eso está fuera de lugar. De vez en cuando, hay que saber aceptar un cumplido con elegancia.

—Gracias por ser tan amable —acaba diciéndole, un poco acalorada por el rubor.

—No es amabilidad, Indi. Eres una mujer muy bonita, no comprendo que saques pegas a eso.

—Bueno —responde, mientras un sinfín de imágenes de su pasado le recuerdan todo lo que no es perfecto en ella—, hay cosas de mí vida que no sabes. No es oro todo lo que reluce...

—Desde luego que no, eso ya lo sé. ¿Crees que yo no tengo pasado? ¿Que nací hace dos semanas?

—No estoy hablando de... Es igual, Diego. Te agradezco lo que has dicho, sienta bien oírlo.

—¿Te apetece hablar de algo? —pregunta él, al notar cierta tristeza en su tono de voz.

Y esa noche Indira le cuenta, en una conversación de más de una hora, todo sobre su tormentosa relación con aquel hombre que tanto daño le hizo. Le habla de cómo la trataba, de la forma en que fue aislándola de su entorno, de las cosas que le decía y de lo que ella llegó a sentir en referencia a su propio cuerpo.

A Diego un regusto amargo se le viene a la boca. Él jamás ha hecho algo como decirle a otra persona qué ropa debe o no debe llevar. Jamás ha presionado a nadie para tener sexo con él ni ha atormentado a nadie escupiéndole en la cara sus defectos. Eso no se hace. Él nunca ha estado enamorado de una mujer (salvo una vez, cuando todavía era casi un chiquillo), pero está seguro de que el amor no tiene nada que ver con toda esa porquería.

—Compra ese vestido de una vez —le dice, a eso de la media noche—, a nadie le va a quedar mejor que a ti.

—¿Tú crees? —Ella duda.

—Vamos, cómpralo. Te ha encantado, ¿no?

—Me ha encantado —reconoce.

—Pues hazlo, Indi.

—Sí, creo que sí.

Después de todo lo que le ha contado, el ánimo de Indira ha decaído de forma notoria. Diego percibe una tristeza honda en su tono de voz y no se extraña. Ahora ya sabe algo sobre las piedras que ella lleva en su mochila. Le apena que sea así y se siente cada vez más disgustado, retrospectivamente, por el incidente del columpio. Ella debió de hacer un gran esfuerzo para atreverse con algo así...

—¿Sabes qué? —pregunta. Acaba de tomar una decisión repentina y está dispuesto a seguir el impulso—. Me visto y voy a tu casa.

—No hace falta...

Indira sonríe. Ni siquiera le da tiempo a terminar de hablar, él ya ha colgado. En el fondo, no puede negar que le encanta que él haya tenido esa reacción a todo lo que le acaba de contar. Diego la ha hecho sonreír, mira por dónde. Un minuto después, el teléfono vuelve a sonar. Es él otra vez.

—No sé dónde vives.

Le da su dirección y le explica cómo llegar. Ya está más animada y la idea de dormir acompañada la anima todavía más. Diego no tardará en llegar, así que decide darse una ducha rápida, no sin antes haber pinchado sobre el recuadro rojo que convierte en suyo el precioso vestido en tres tonos de azul. La noche del sábado va a ser inolvidable pero, a veces, un lunes cualquiera puede quedarse grabado en la memoria de una persona para siempre como la noche en que alguien te escuchó e hizo lo que pudo para que te sintieras mejor.

El martes no me pasa absolutamente nada de interés en todo el día. Llego al trabajo y solo está Gael. Después llega Elsa. Patricia y Lara están de tarde, así

que no las veo.

Para compensar un día más aburrido que una carrera de caracoles, el miércoles se convierte en una auténtica tragedia de la mañana a la noche (nivel Shakespeare, me atrevería a decir). El desastre me va alcanzando como la niebla se va comiendo el paisaje cuando cae: lenta pero imparablemente.

Empiezo la jornada apagando el despertador y volviéndome a dormir. ¿Os sabéis la de los cinco minutos más? Pues, en este caso, se convierten más bien en hora y cinco. Cuando me quiero dar cuenta de que me he dormido, ya es demasiado tarde para llegar a tiempo. Aviso a Gael con un mensaje de texto y me tomo un café rápido, paseando la taza por casa mientras me visto y me peino de cualquier manera.

Cuando llego al bar (menos tarde de lo que me había temido), no veo a nadie. Me asomo a la cocina desde fuera de la barra, pero no están allí. La puerta del cuartito de personal está entornada, así que me acerco a ver. A punto de tocar la puerta con la mano, escucho algo que llama mi atención enseguida.

—...que eso no lo sabes, no sabes nada más que una parte de la historia...

Es Gael, pero se esfuerza por hablar bajo y no puedo entender más que unas pocas palabras de todo lo que está diciendo.

—¿Que no es lo que parece? ¡Venga ya, hombre! Es justo lo que parece.

Vale, esa es Patricia. Últimamente siempre está de mal humor, no me lo explico. Gael dice algo más (apenas un susurro) y mi compañera vuelve a la carga.

—Está hecha polvo, ¿sabes? Y no se lo merece, es una buena persona.

Me pregunto de quién estarán hablando. ¿No será de Inés? ¿No se le habrá complicado la convalecencia? Voy a entrar, pero lo que Patricia dice a continuación me deja de piedra.

—Joder, Gael, que llevan juntos quince años... ¿Cómo se le ocurre meterse por el medio? Hay que ser...

Dejo de escuchar lo que hay que ser (me hago una idea bastante clara de cómo termina la frase) y me separo de la puerta con cuidado de que no me oigan. No puedo enfrentarme a lo que he escuchado, así que salgo del bar antes de que noten mi presencia y me quedo apoyada contra la pared, justo al doblar la esquina. Siento la respiración acelerada y las mejillas encendidas. La impresión y la vergüenza, que se me comen. ¿Por eso estaba Patricia tan rara el otro día? Evidentemente.

O sea, que ella conoce a la ex mujer de Erik. Ex mujer o... No quiero ni pensar en ello. ¿Está hecha polvo? ¡Pero si Erik no para de decirme que entre ellos no hay nada! ¿Cómo va a estar hecha polvo? ¿Y lo de meterme por el

medio? ¿Es meterse por el medio cuando la otra persona te asegura que no lo estás haciendo?

Madre mía. Me va a estallar la cabeza. ¿Qué hago ahora?

Una vez más, solo tengo dos opciones: creer en él o no hacerlo.

Si confío en todo lo que me ha dicho (cada vez me parece más un acto de fe), entonces es que él es sincero en todo, salvo en el hecho de que su ex esté al corriente de lo que siente, ¿no? Si no confío, el panorama se pone muy negro: nos está engañando a las dos como si fuéramos bobas. No puedo aceptar que eso sea lo que está pasando, me hace demasiado daño. No es posible que alguien con quien he compartido tantas sensaciones, alguien que ha despertado en mí semejante magia me esté mintiendo deliberadamente. No, esa opción es inaceptable.

Lo que tengo que hacer es hablar con él, porque eso es lo que se hace cuando confías en alguien. Hablar con él y darle la oportunidad de que se explique. Aunque, a la hora de la verdad, lo que diga no cambiará mucho el hecho de que yo estoy quedando como una auténtica marrana de granja. Por mucho que se justifique, ya me han visto con él y las personas que conocen a esa otra mujer (a no, que la otra sigo siendo yo) no van a tener una buena opinión de mí, sino todo lo contrario. Para ser sincera, visto desde fuera, eso es exactamente lo que parece: ellos viven juntos, llevan mucho tiempo juntos, todos creen que siguen siendo una pareja... mientras que yo soy la tercera en discordia, la que se ha interpuesto y ha provocado un conflicto en esa relación.

No nos engañemos, la cosa no pinta bien para mí. Pase lo que pase a partir de este momento, ya he sido identificada con el rol de «arruina hogares». Tanto si Erik y yo dejamos de vernos como si lo nuestro sigue adelante y, finalmente, él se decide a cortar toda convivencia con ella, yo seguiré quedando como la otra, la causa de la ruptura, el origen de sus problemas...

Hemos llegado a un punto en el que no me queda más remedio que tener una conversación concluyente con él. Si decide seguir como hasta ahora, estoy decidida a plantarme. No hacerlo sería como darse cabezazos contra un muro: inútil y doloroso. Si, por el contrario, acepta que la situación tiene que cambiar y decide arriesgar (vamos, si me elige a mí), entonces miro hacia adelante y que salga el sol por donde quiera. Si él da ese paso, estoy dispuesta a soportar que digan de mí lo que les dé la gana. Pero necesito que me tienda una mano para poder caminar con la barbilla alta y la vista al frente. Una decisión como esa requiere un porqué realmente fuerte. No una ilusión, sino una verdadera magia.

Reuniendo algo de valor vuelvo a entrar en el bar como si lo hiciera por primera vez. Gael y Patricia ya han salido. Él me saluda como si nada. Ella me taladra con la mirada y luego se pone a trabajar, tratando de ignorarme. Hay dos clientes al fondo de la barra que antes no estaban. Toman café, ajenos a lo que pasa entre el personal que se lo ha servido. Paso por delante de mi jefe para dejar mis cosas en el cuartito de personal y, de improviso, le hago un gesto para que me acompañe.

—Siento muchísimo llegar tarde —le digo, mientras cuelgo el bolso y la chaqueta en un perchero de pared—. Me he dormido sin darme cuenta, pero no volverá a ocurrir.

—Tranquila —responde Gael con tranquilidad—. Le puede pasar a cualquiera. Haz lo que puedas en la cocina, ve sacando cosas según las tengas o haz una tortilla menos, tú verás.

—Voy.

Pero no le he pedido que me acompañe para esto. Hay algo más que me gustaría que él supiera. Su opinión sobre mí me resulta mucho más importante que la de los demás, supongo que porque lo respeto.

—Hay otra cosa —le digo.

—¿Qué?

—Puede que no me creas, pero las cosas no son lo que parecen. Yo nunca rompería algo a sabiendas —juraría que palidece mientras dejo en evidencia que he escuchado su conversación—. No empezaría algo así si no creyera que lo otro ya está roto, ¿entiendes?

—No tienes por qué darme explicaciones —contesta, levantando las manos como en señal de paz, visiblemente incómodo por mis últimas palabras.

—Ya lo sé pero... necesitaba que lo supieras. No soy una egoísta sin escrúpulos. Erik y yo...

—En serio —repite—. No tienes que justificarte conmigo. Mejor que tengas esta conversación con él, ¿no? Puede que te deba alguna explicación.

—¿Tú crees que...?

No llego a terminar la frase. Ya sé que sí, que él cree lo que Patricia acaba de contarle. Desde luego que lo cree, cualquiera lo haría. ¿Qué mierda de credibilidad tiene la historia de que entre ellos ya no hay nada si aún viven juntos y ella va por ahí contando que está hecha polvo por culpa de una zorra que se folla a su hombre? Esa soy yo, claro, la zorra. Y ni siquiera puedo culpar a Erik. Al menos, no del todo. La responsabilidad de haberme metido en este jardín es mía y solo mía. Yo decidí confiar en él y estas son las consecuencias. De modo que sí, lo mejor es que tenga con él una conversación sobre nosotros. Puede que haya llegado el momento de plantarme y poner unas condiciones en este trato. Solo una, en realidad: que él se decida por una de las dos. No es tanto pedir, teniendo en cuenta lo que va a ser de mi reputación.

CAPÍTULO 21

(*Ama, ama... y ensancha el alma*, Extremoduro)

—A los diecinueve me fui de casa de mis padres. Llevo viviendo por mi cuenta desde entonces.

Indira y Diego están desnudos, tumbados sobre la cama, uno a cada lado. Sus cuerpos no se tocan ahora, pero eso no le resta intimidad al momento que están compartiendo. Después de los besos, las caricias y todo lo demás, charlan en voz baja. Después de todo lo que Indira le ha contado por teléfono, él siente la necesidad de hablarle un poco sobre su propia vida, sobre todo lo que le ha llevado a estar donde está.

—He hecho de todo: soldar, entregar muebles a domicilio, servir copas, desnudarme en despedidas de soltera...

—¿En serio? —pregunta ella, girando lentamente la cabeza hacia el chico, sin apenas levantar la voz—. Bueno, no puedo decir que me extrañe que te paguen por mirar ese cuerpazo pero... no sé, no me lo esperaba.

—¿Qué quieres que te diga? Tenía que pagar un alquiler y todo lo demás. No estaba para remilgos.

—¿Y no te sentías incómodo haciéndolo? No sé, ¿vulnerable?

—¿Vulnerable? —duda un momento—. No, eso no. Pero a veces me dolía la cara de tratar de mantener la sonrisa mientras me desnudaba y bailaba cerca

de ellas.

—¿Es excitante?

—En absoluto. Ni una sola de aquellas mujeres me atraía lo más mínimo. Ni la mayoría de sus amigas, locas y desbocadas. Y, de haberme sentido atraído por alguna, creo que me habría visto ridículo, desnudo delante de tanta gente.

—Pero aun así lo hacías, ¿no?

—Ya te he dicho que tenía que comer. Procuraba no pensarlo mucho. Entre semana iba al gimnasio, ya sabes, para mantenerme competitivo. Los fines de semana me ponía un disfraz y luego me lo quitaba. Eso era todo. A veces las dejaba tocarme, ya sabes, el pecho o el culo. Nada más.

—Ah... Me has dejado sin palabras.

—Vaya, ¡qué raro!

Los dos ríen quedamente. Diego entrelaza sus dedos con los de Indira y levanta la mano para llevárselos a los labios. Posa unos cuantos besos en sus nudillos y después la vuelve a bajar, aunque no la suelta.

—¿Has estado con muchas mujeres? Quiero decir —se corrige—, llevas una vida sexual muy activa, ¿no?

—Hago lo que puedo —responde él, modestamente—. Tampoco vayas a pensar que la cifra alcanza los tres dígitos ni nada parecido.

—Supongo que no hay diferencia entre ochenta y ciento dos, ¿verdad?

—Aparte de veintidós, la que tú quieras que haya.

—¿No vas a preguntarme a mí?

—¿El qué? ¿Con cuántos has estado? No me interesa, Indi. Nos acabamos de conocer, en todo caso podría llegar a preocuparme con cuántos vas a estar a partir de ahora.

«Podría llegar a preocuparle». Una expresión muy vaga de lo que ella significa para él. ¿Qué esperaba? ¿Que le declarara su amor incondicional y le suplicara que se convirtieran en una pareja exclusiva? «Vamos, Indi, deja de flipar. Tú no eres así, nunca has sido así. ¿O sí?».

—¿Tienes buena relación con tus padres? —dice ella entonces, cambiando de tema.

—No muy buena. Tampoco mala. En realidad casi no hablo con ellos.

—¿Y eso?

—Ya sabes, lo dejas enfriar y... se enfría. ¿Tú te llevas bien con los tuyos?

—Los veo poco, pero la relación es buena. Hablo con ellos un par de veces a la semana, por lo menos. No siempre tengo tiempo de ir a verlos, pero ellos saben que los quiero.

—Pues qué bien, ¿no?

—Sí, está bastante bien —ríe, aunque luego se da cuenta de que él se siente incómodo—. Lo siento, no quería molestarte.

—¿A mí? ¿De qué hablas?

—Ya sabes, hablando de mis padres y eso. No está bien presumir delante de alguien que no tiene lo mismo que tú.

—No te agobies, Indi. No echo de menos a mis padres. Mi vida es mucho más fácil sin ellos. No quiero decir que me maltrataran, ni nada de eso, pero son dos personas que no tienen nada que ver conmigo. Mi vida es más tranquila sin chocar constantemente contra sus prejuicios y sus estrechas mentes.

—¿Tan malos son? —insiste Indira.

—Supongo que no. Solo muy distintos. Son muy... rancios. Siguen viviendo como hace cincuenta años, con las mismas costumbres pasadas de moda, el machismo, los prejuicios contra todo lo que es diferente, las ideas obtusas sobre lo que es una persona de bien. Te pondré un ejemplo: jamás podría decirles que he trabajado como *streaker*. Eso mataría a mi padre. Seguramente creería que soy algo así como un *gigoló* y, de ahí, extraería la conclusión de que soy homosexual, lo que tampoco le sentaría nada bien. Y él nunca pronunciaría la palabra homosexual. Usaría algún sinónimo menos agradable, seguro.

Diego hace una pausa para tomar aire pero, antes de que Indira pueda decir nada, vuelve a hablar.

—Apenas pudieron tolerar que no fuera a la universidad, ¿sabes? Lo daban por hecho. Hijo único y nunca nos había faltado el dinero, ¿cómo no iba a estudiar hasta el final? Pero yo no encontraba nada que me interesara y, al final, se convirtió en una especie de lucha y tomé otro camino, casi por cabezonería.

—¿Te arrepientes de eso? —pregunta la chica, sin que su voz parezca juzgarlo.

—Nunca me lo he planteado. No quise ir a la universidad pero aprendí un oficio. No creas que me quedé en casa perdiendo el tiempo. Y, cuando ese oficio se puso difícil, me faltó tiempo para buscar otros trabajos. Ya te he dicho que he hecho de todo, a pesar de no ser el abogado estirado que habría hecho felices a mis padres. Sigo creyendo que eso no es para mí. Demasiadas ataduras, demasiado lastre para poder ser feliz. Eso es lo que creo.

—Así que... eres un alma libre.

—Nadie es libre del todo, Indi. Siempre hay algo que te sujeta: el dinero o las personas. Pero hay algunas ataduras que son más espantosas, como pasar dos tercios de tu vida desquiciado en un despacho, sin tiempo ni ganas para

gastar lo que te pagan por un trabajo que detestas, ¿comprendes?

—Desde luego. Está claro que esa vida no es para ti. No serías feliz.

—No lo sería —repite él, y después añade:—. Si tengo que sentirme anclado a algo o a alguien, tiene que ser porque merezca la pena, porque realmente lo necesite para ser feliz. De lo contrario, es mejor dejarlo pasar y no volver a pensar en ello.

—¿Piensas quedarte a dormir? —le pregunta entonces Indira, evitando plantearse si ella entra en la categoría de lo que sí merece la pena.

—¿Te molestaría? Aquí se está bien y me da pereza marcharme ahora.

—No me importa. Quiero decir que puedes quedarte. Solo quería saberlo. Así puedo dejar de preguntármelo, relajarme y dormir.

—Genial, durmamos.

Diego gira sobre sí mismo hasta quedar de frente a Indira. Entonces la ayuda a girar ella también y se abraza a su espalda, donde parece encajar como si ambos hubieran sido diseñados para adoptar esa postura de cucharilla. Con una inesperada calma que la hace suspirar, Indira al fin cierra los ojos y se abandona a Morfeo.

A la mañana siguiente, se despierta sin recordar ni uno solo de sus sueños.

Por la tarde, los minutos se dilatan hasta que su prolongación parece volverme loca. Es curioso esto que pasa con el tiempo: sentada en una terraza, con amigas, con una cerveza fría en la mano... Dos o tres horas parecen apenas un suspiro, ¿no? Pero, cuando esperas, en vez de un suspiro parece un quejido agónico y en lugar de tres horas parece que hayan pasado veinte. Ya lo decía mi abuela, que era muy de pueblo y muy dada al refranero: el que espera desespera. También solía decir (me acuerdo como si la tuviera delante) «Si te estuvieran dando palos...», cuando yo protestaba porque la media hora de televisión que me dejaban ver después de cenar me parecía muy corta.

He llamado a Erik y le he pedido que pase por mi casa. Tenemos que hablar y no, no puedo esperar. Lo que he escuchado en el bar es lo bastante grave como para no dejarlo correr ni por un minuto. Tiene que darme alguna explicación, alguna razón por la que esa mujer esté diciendo por ahí que yo soy la culpable de su drama personal. Porque eso no cuadra con todo lo que él me ha contado hasta ahora. No es que no cuadre, es que es justamente lo contrario.

Cuando por fin el reloj decide dejar de torturarme, da la hora y, unos minutos después, el portero automático suena. Por primera vez desde que estoy con él, no siento ni la más mínima ilusión por que Erik esté a punto de entrar en casa. La incertidumbre y la preocupación lo ocupan todo, no dejan sitio para nada más. Es como si el hechizo estuviera a punto de romperse y yo empezara a ser capaz de vislumbrar la realidad que permanecía escondida. La magia sigue ahí (eso creo), pero muy débil y susceptible de desaparecer.

Entra en casa. Su cautela es evidente, como si calzara unas botas de plomo. Yo no puedo evitar mostrarme fría, aunque algo en el fondo de mí esté

presionándome para que me esconda en su abrazo e ignore al resto del mundo. Por esta vez, no voy a hacerle caso a esa vocecilla. Lo único que me voy a permitir es aclarar las cosas de una vez por todas. Es todo o nada, ya no hay más medias tintas.

Sin embargo, antes de que encuentre la manera de empezar a hablar, Erik se sienta en el sofá (en una esquina y girado hacia la otra, como si me indicara dónde debo sentarme yo) y se me queda mirando hasta que voy junto a él. Después, comienza a hablar.

—Tengo que decirte una cosa —suelta, cariacontecido. Como esas palabras son casi las mismas que pensaba pronunciar yo, me quedo en blanco y él aprovecha para tomarme la delantera—. Lo siento muchísimo, no te imaginas cuánto... pero no puedo ir al concierto contigo.

Algo en mi corazón se hace pedazos en ese momento. Ni siquiera me había acordado del concierto, del plan por el que había pasado de ir con mis amigas a celebrar el cumpleaños de Tecla. Pero, ahora que es él quien se raja, mi deslealtad hacia las chicas me parece mucho más evidente y desmedida. Una pequeña chispa de furia se enciende en mí: ¿cómo puede hacerme esto?

Enseguida me digo que eso es lo de menos, que esta tarde nos jugamos mucho más que un simple concierto y que lo que realmente importa aún está por resolver. No obstante, decido preguntarle al respecto, a ver qué se le ocurre decirme.

—¿Por qué no? —digo, más tiesa que una antena.

—Pues... —titubea—. Es que... Ha pasado algo.

—Eso ya me lo imagino. ¿Qué ha sido?

¡Como si lo que fuera a decir pudiera paliar la decepción! Lo único que quiero es que se explique de una vez, en lugar de hacérmelo desear hasta sentirme como si fuera boba.

—Por favor, dílo de una vez —presiono—. Por muy mala cara que pongas, no voy a conseguir leerte la mente...

—Susana se ha enterado de lo nuestro.

Vale. Así que le daba miedo soltar la bomba. Pero claro, yo eso que ha dicho ya lo había deducido al enterarme de lo que va contando de mí.

—¿Y qué pasa?

—Bueno... —duda. De verdad que estoy empezando a cansarme de tanta tontería junta...—. Es que ella te culpa a ti de nuestra situación. Lo está pasando muy mal, ¿sabes? Está muy deprimida y no quiero seguir haciéndole daño.

—¿Que me culpa a mí? —en este momento mis cejas alcanzan una altura estratosférica. Si abro un poco más los ojos, se me caen de las cuencas.

Ya sé que para ella yo soy la responsable de todo. Ya me ha quedado bien

claro esta mañana. Hasta ahora me he sentido mal, pero veía una posibilidad de que Erik arreglara las cosas. Sin embargo, el tono en el que me lo ha dicho solo me sugiere que, al menos en parte, él está de acuerdo con lo que piensa Susana.

¿Es posible? ¿Que también para él yo sea la responsable de que su pareja este rota? ¡No! ¿Eso no puede ser! Lo primero que me dijo sobre su situación fue que ya estaba terminada... Ahora suena todo tan absurdo...

—Ella piensa que no quiero que sigamos juntos porque estoy enamorado de ti. Y eso la está destrozando.

Escuchar la conmiseración con la que habla de ella es un mazazo que vuelve a dejarme sin palabras. Todo lo que tenía pensado, todo lo que pretendía decirle se va quedando atrás, cada vez más lejos y con menor sentido.

—¿Por qué...?

Ni siquiera soy capaz de terminar una sencilla frase. Empiezo a sentir que no tiene sentido, que voy a caer en el reproche. Eso no es lo que había planeado.

—Tú dijiste que no había nada entre vosotros, que incluso vuestros amigos lo sabían.

—No hay nada —insiste Erik, con el ceño fruncido—. Ya te lo dije.

—Sí que me lo dijiste. Y también dijiste que ella lo sabía, cuando está claro que no es así en absoluto. ¿Me equivoco?

—Ella...

—¿Ella no lo sabía! —acabo levantando la voz, porque siempre he tenido ese punto visceral y no me da la gana de evitarlo—. ¿Cómo va a saberlo si va contado por ahí que yo soy la responsable de haber roto vuestra pareja? Si dices que está destrozada por haberse enterado de lo nuestro...

—No es culpa tuya —dice, negando con la cabeza mientras habla—. No es culpa de nadie. Es su forma de tomarse las cosas. Siempre ha sido...

—No tiene ningún sentido —ahora soy yo la que niega mientras habla—. La única explicación es que tú no has sido sincero con ninguna de las dos.

—Eso no es verdad. Yo mantengo todo lo que te he dicho hasta ahora.

—¿En serio? —le digo, ya furiosa sin reparos.

—Desde luego.

—¿En serio? —repito, gritando un poco más—. Entonces ¿por qué no vas a venir conmigo al concierto? Y, ya puestos, si no hay nada entre vosotros, ¿por que no dejas de vivir con ella y evitas que todo el mundo piense que no tengo

ningún escrúpulo en arruinar relaciones?

Erik se queda lívido de repente. Tanto y tan silencioso que mi nivel de ira empieza a caer y en el espacio que deja libre surge un pequeño manantial de tristeza.

—No puedo dejarla. Susana no está bien, es vulnerable, no quiero que...

—No quieres que sufra, no quieres hacerle daño, no quieres que por tu culpa lo pase mal... Ya veo, Erik. Pero el caso es que ya has conseguido todo eso. Y también me has hecho daño a mí. Me parece que no te queda más remedio que tomar una decisión en firme. No veo otra salida, ni tampoco aceptaría nada más.

CAPÍTULO 22

(*Crying*, Aerosmith)

El silencio entre nosotros se vuelve casi una realidad palpable. Erik se echa hacia adelante y apoya la cara sobre sus manos entrelazadas, en una mundana y poco artística versión del Pensador. Acabo de lanzarle el órdago definitivo, el que no tiene marcha atrás, y ahora estoy esperando a que me dé una respuesta. Sea la que sea, a partir de este momento mi vida cambiará de una manera o de otra.

Estoy tan nerviosa que ni siquiera soy capaz de analizar las posibilidades.

Si dice que sí...

Si dice que no...

No puedo adivinar su decisión. Cualquiera pensaría que sí, ¿verdad? Cualquiera diría que, a estas alturas, está muy claro lo que va a decirme, ¿no? ¿Cómo puedo estar tan ciega como para no verlo? Pues porque sí. Porque suena increíble pero me importa, siento algo muy fuerte por él. Lo que vaya a decirme me influirá hasta tal punto que la presión no me deja percibir las señales. Solo quiero que conteste ya.

—Me estás diciendo que tengo que elegir entre Susana y tú, ¿no es eso? Que no estás dispuesta a seguir conmigo en esta situación, ¿verdad? ¿Me das la patada ya?

—Yo no te doy ninguna patada, Erik. Somos adultos, tú decides lo que quieres hacer con tu vida.

—Pero tengo que elegir —repite, volviendo a su posición inicial en el sofá.

Su mirada está fija en mis ojos, como si quisiera buscar algo más allá. Toma una de mis manos entre las tuyas y roza el dorso con los pulgares, suavemente. Siento como si millones de chispas cargadas de magia recorrieran mi piel, subiendo por el brazo y extendiéndose por todo el cuerpo. La sangre aflora bajo mi piel, me ruborizo levemente y transpiro por la anticipación. ¿Y si todavía hubiera una oportunidad para nosotros dos? ¿Y si, después de todo, pisar mierda diera buena suerte y yo no estuviera a punto de perder en la apuesta más arriesgada que he hecho en mucho tiempo? ¿Y si no tuviéramos que ser forzosamente *muggles* y pudiéramos creer que los hechizos forman parte de nuestra vida diaria?

—Tienes que elegir —repito, tratando de sonar segura de mí misma.

Por dos veces me da la sensación de que Erik va a decir algo, pero no lo hace. Toma aire, su labio superior se alza imperceptiblemente, pero nada. Yo permanezco esperando, inmóvil, casi petrificada. Voy a darle tiempo porque sé que es una decisión que podría cambiar su vida de la noche a la mañana. Me mantengo paciente todo lo que puedo, pero llega un momento en el que no aguanto más y una de mis cejas se alza, irreverente, como una señal de que el tiempo se está agotando.

Entonces sí, la mirada de Erik cae rendida, seguida por su cabeza y sus hombros, que se hunden hasta hacer que parezca mucho menos corpulento de lo que es.

—No puedo elegir.

Solo esas tres palabras, breves hasta la ridiculez, son suficientes para que mis ilusiones se hagan añicos como un espejo golpeado por, digamos, un cenicero de cristal (iba a decir una piedra pero, ¿en qué contexto iban a coincidir un espejo y una piedra?). Con fingida parsimonia, aparto mi mano de entre las suyas y hago un esfuerzo por mantener la espalda recta. Hago otro aún mayor por que las lágrimas no se me salten, desde luego. Y, sin duda, lo que más me cuesta es empujar las palabras a través de mis labios sin que suenen quebradas por la decepción.

—Me parece que ya lo has hecho —logro decir, para luego ponerme en pie y dirigirme hacia la puerta sin mirar atrás, esperando que él me siga (no puedo permitirme una escena ahora, podría ser tan gilipollas como para recular atropellando mi dignidad por el camino).

Alcanzo la puerta, tomo la manilla con la mano y, antes de abrir, me vuelvo. No se ha levantado del sofá pero lo hace en este momento, al verme serena y decidida. Viene hasta mí y se me pone delante. Trato de evitar su mirada, pero mis ojos, al final, buscan los suyos por última vez.

—Lo siento mucho —se lamenta—, de verdad. Siento no poder darte lo que necesitas de mí en este momento, pero no soy capaz de...

—No te disculpes. Esto es algo que teníamos que haber aclarado desde un principio. No debí pensar que podría conformarme con unas migajas...

—Nunca han sido migajas —me interrumpe—. Sé que no me crees. Tampoco he hecho mucho por que me creas. Pero todo lo que te he dicho sobre ti y sobre mí, todo es verdad. Eres una estrella llena de luz, una persona única que podría calentar cualquier corazón. No olvidaré ni un minuto de los que he pasado contigo, aunque comprendo la decisión que has tomado.

—Que tú has tomado —matizo—. Yo solo he planteado las opciones que tenías.

—Como sea. Sigues siendo especial para mí. Solo quería que lo supieras.

No respondo a esto último, no tengo nada que decir. Aprieto la mano hasta que los nudillos se me ponen blancos y entonces abro la puerta y lo invito a marcharse cuanto antes (no creo que tarde mucho en echarme a llorar).

Sin tratar de seguir hablando, Erik sale de mi casa cabizbajo pero, justo antes de que cierre la puerta, se da la vuelta y me atrapa una vez más en la inmensidad de sus ojos oscuros.

—No creo que esto se haya terminado —dice, haciendo que tiemble de nerviosismo—. Sé que no es así. Nos volveremos a encontrar, seguro, y entonces todo será de otra manera. Yo seré quien tú necesitas que sea y podré darte todo lo que quieras. Es cuestión de tiempo... Solo tiempo.

Niego con la cabeza mientras me muerdo el labio, más por contener mi respuesta que por que esté segura de que no tiene razón en lo que dice. ¿Cómo podría estarlo? Lo que siento por él sigue ahí, tan intenso como el primer día, tan abrumador que resulta innegable. ¿Y si tuviera razón? ¿Cuántos días, meses o años tendría que dejar pasar para que ese sueño se viera cumplido?

Malinterpretando mi gesto, Erik se da por vencido y desaparece escaleras abajo. Oigo el sonido de sus pasos cada vez más amortiguado por la distancia, el portal al abrirse y cerrarse y, después, nada. Un silencio espeso y doloroso que solo se rompe cuando no puedo evitar el llanto por más tiempo. Joder, parezco un gato hambriento, parada en la puerta y emitiendo pequeños aullidos agudos.

Indira llega a casa del trabajo. Es temprano y ha sido un día fácil, así que no está demasiado cansada. Y está de buen humor. Se pregunta si la súbita irrupción de Diego en su vida habrá tenido algo que ver en que los últimos días hayan pasado para ella más rápido de lo normal, con una agilidad que solo se le ocurre vincular con el buen estado de su humor, en general.

Por supuesto que tiene que ver, no hay que ser demasiado lista para darse cuenta de ello. El sexo satisfactorio y las charlas agradables son un bálsamo

seguro para el ánimo, ¿no? Y ¿no es eso lo que es Diego para ella? No cabe duda de que en la cama, una vez superado ese momento columpio que la trajo por la calle de la amargura, no les va nada mal. Por si eso fuera poco, siente la suficiente confianza con él como para haber compartido momentos poco gratos de su pasado sin experimentar la tortura que ha supuesto hablar de ello con otras personas a las que conoce desde hace más tiempo.

Por lo tanto, sí, Diego representa esas dos vertientes de una relación. ¡Alto! ¿Una relación? ¿Desde cuando ha empezado a plantearse lo suyo en esos términos? Esa no fue en ningún caso su primera idea aquella noche en el italiano, cuando echó a andar tras él y no paró de coquetear hasta conseguir su número de teléfono y su hora de salida del trabajo.

Tampoco pensaba en eso cuando se plantó en su puerta con cena y vino. Se había obsesionado extrañamente con un juego sexual fallido que acaparaba toda su atención. Aquel día (y algunos que le siguieron) Diego ni siquiera era un chico al que seguir conociendo, tan solo el artífice de una fantasía que nunca antes había tenido y que de pronto se había convertido en lo que más anhelaba. Ahora le resultaba poco menos que incomprensible el haber insistido para que volviera a colgarla de un arnés suspendido del techo. ¿En qué mierda estaba pensando?

Después, cuando él le pidió que quedaran para hablar sobre la innecesaria reprimenda que había recibido, ella supuso que todo estaba zanjado, que la cosa había terminado y que ya no volverían a verse. ¡Qué sorpresa se había llevado! Eso no era en absoluto lo que había sucedido, sino más bien todo lo contrario. Diego le había dado la opción de seguir viéndose y ella se había descubierto aceptándola, aun sin estar segura de que eso fuera lo que deseaba hacer.

Poco a poco, día a día, él se ha ido haciendo un pequeño lugar en su vida. Sigue sin tener claro lo que espera de ella. Mucho menos lo que ella quiere de él. Pero el caso es que la noche anterior superaron algún tipo de barrera (ignora cuál) y ahora ella se plantea hacia dónde irán, si es que van a alguna parte.

Y lo peor es que el pensar que no tienen futuro cada vez se le hace más absurdo, como si no tuviera sentido. ¿Cómo van a dejar de verse, de estar el uno en la vida de la otra? Imposible. Ya han cruzado esa puerta, no pueden salir por ella haciendo como si nada fuera real. Al menos, serán amigos.

No, qué va. Diego y ella no van a ser amigos, ¿verdad? Han dado pasos adelante pero no tienen un vínculo tan fuerte como para mantener una amistad sin el soporte del sexo. No se conocen lo suficiente, no hay por dónde cogerlo. ¿Entonces? ¿Qué les queda? Si el sexo se termina (cosa que ella, desde luego,

no tiene prisa por que ocurra), ¿qué serán?

Automáticamente piensa que nada de nada. Como tantos otros hombres que han pasado por su vida sin pena ni gloria, sin dejar, muchas veces, ni el eco de sus nombres en su memoria. ¡No! Algo en ella se rebela ante esa perspectiva. No aceptará que el tiempo pase y un día, al cruzarse por la calle, ella vuelva la vista para evitar el desprecio de que él lo haga primero.

Se está poniendo nerviosa. ¿Qué significan esos pensamientos? ¿Que quiere tener algo con él? Eso parece, sí. Pero ella no está preparada para tener novio, todavía no. Hace mucho que ha renunciado voluntariamente a establecerse con una pareja. Es un riesgo tan grande que no quería asumirlo de nuevo. Si vuelve a fracasar tan estrepitosamente, se hundirá sin remedio y le costaría horrores volver a encontrar el equilibrio necesario para poder decir que es feliz. Definitivamente, tener pareja no ha entrado en sus planes en los últimos tiempos.

Y, sin embargo, ahí está, enfadada consigo misma por tratar de obligarse a aceptar que, probablemente, en unas semanas dejarán de verse y de hablarse para siempre. No tiene más remedio que asumir que Diego se ha colado en su corazón por alguna ranura que ella misma desconocía. ¿Qué va a hacer ahora? Por lo visto, desesperarse ante semejante descubrimiento. El corazón se le acelera, le sudan las manos, engulle bocanadas de aire ansiosamente... ¡Está hecha un cuadro! Y todo ¿por qué? Porque acaba de darse cuenta de que siente algo por el chico del columpio, el camarero macizo y ligón que ha resultado ser un hombre más complejo de lo que parecía: la ha escuchado, la ha reconfortado y, en definitiva, ha tomado las riendas de todo lo que a ella se le escapaba de las manos.

Entonces, ¿qué tiene que hacer ahora Indira? ¿Hablar con él? ¿Proponerle que...? ¡Madre mía! ¡Pero si está temblando solo de pensarlo! ¿Qué le va a decir? Sinceramente, no cree que Diego esté interesado en ser su novio, ni nada que se le parezca. Ya le ha dejado claro que no le gustan las ataduras, que es muy importante para él sentirse libre. Entonces, ¿qué tiene que hacer ahora? (Sí, vale, Indira está entrando en bucle, sus pensamientos comienzan a ser repetitivos). Antes de que le dé tiempo a decidir, el timbre del portero automático suena y la hace dar un respingo que detiene su corazón por un momento. ¡Maldito ruido! Casi le da un infarto...

—¿Quién es? —pregunta, tan molesta que casi lo ha escupido.

—Diego. ¿Te pilló mal?

OMG. ¿Mal? ¡La pilla fatal! Tanto que no sabe ni qué decirle.

—¿Puedo subir? —insiste él—. Solo es un momento...

—Sube, sube —logra decir, sintiéndose como una auténtica imbécil.

Momentos después, el chico entra en su casa con una pequeña bolsa de regalo en las manos. Indira, todavía ofuscada por sus pensamientos, ni siquiera se da cuenta. Solo lo mira nerviosamente, como tratando de evaluar si, ahora que lo tiene delante, sigue sintiendo lo mismo por él.

—¿Estás bien? —pregunta Diego, amablemente.

—¿Qué? Ah, sí. Muy bien.

—¿Seguro?

¡Madre mía! ¿Tan evidente es que está totalmente descentrada?

—Que sí, que sí. Tranquilo. ¿Quieres sentarte o algo?

—Solo he venido a traerte esto —murmura él, incómodo por la extraña actitud de la chica.

—¿Qué es?

—Un regalo —responde él—. Una tontería, en realidad. He pensado que le iría bien al vestido que piensas llevar el sábado.

Indira tarda en reaccionar, incluso cuando él le pone la bolsa delante de los ojos. Por fin la recoge y, al mirar en su interior, se encuentra con una botella de perfume. Givenchi, ni más ni menos.

—Esto es... —bastante caro, piensa mientras habla—. No tenías que haberte molestado.

—No me he molestado. Es una noche especial, llevas un vestido especial... Tu perfume también debería ser especial, ¿no? He pensado que te gustaría, para mí huele increíble.

Indira abre la botella y vaporiza una pequeña cantidad en el aire. Antes de que la sustancia se pose en el suelo, atrapa una parte con el dorso de su mano y después se la acerca a la nariz para captar el aroma sin que la sature. Delicioso. No hay otra palabra para describirlo. Huele exactamente como le gustaría que oliera su piel, sin duda. No sabe ni cómo ha podido usar otras marcas antes, pero está claro que a partir de ahora solo se pondrá esa.

—¿Te gusta? —dice Diego, después de tomar su mano y comprobar cómo le va ese aroma a la piel de Indira—. A mí me encanta —añade, tirando de ella para atraparla entre sus brazos y esconder la nariz en su cuello—. Aunque también me encanta como hueles cuando no te pones nada.

Indira es recorrida por un escalofrío. Definitivamente, no puede ni imaginar que un día Diego deje de tocarla como lo hace, provocando en ella esas sensaciones tan contradictorias. Él percibe cierta rigidez y se aleja un poco, buscando su mirada con cierta preocupación.

—¿Me marchó? —pregunta, preocupado por sentir que esta estorbando en ese lugar.

—No te marches —dice ella, poniendo el corazón en cada palabra—. Haz el favor de no marcharte —repite, y vuelve al calor de su abrazo para rematar su confesión con un beso repleto de todo lo que no tiene el valor para decirle.

En lugar de hablar, se aferra a él y a ninguno de los dos se les ocurre siquiera interrumpir ese momento para llegar hasta el dormitorio. El perfume queda abandonado en el suelo, a un lado, mientras Diego desliza el pantalón de la chica hasta que cae al suelo, quedando atrapado en sus tobillos. Con una

suave caricia, descubre que no lleva ropa interior.

—Si llego a saber cómo me lo agradecerías...

—No hagas bromas —lo interrumpe ella—. Ahora no.

Percatándose de que algo especial está a punto de suceder entre ellos, Diego deja de pensar y se deja llevar por un instinto profundo que solo lo empuja hacia la mujer que tiene delante. Se desnuda a medias y la abraza otra vez, sintiendo cómo la tibieza de su cuerpo es suficiente para hacer que se excite. Indira se lo pone fácil: en un solo movimiento coloca sus piernas alrededor de él, que no tiene más que sujetarla para ver cumplido el único deseo que puede atender en ese instante. Allí mismo, en el recibidor, Diego busca el soporte de una de las paredes y apoya la espalda de la chica contra ella. La besa en el cuello, saboreando el olor de su piel mezclado con la saliva de sus propios besos. Indira se estremece: el cuello es su punto débil. Ha comenzado a moverse, buscando un roce que le resulta insuficiente. Todo fluye de manera tan natural que, cuando quieren darse cuenta, sus cuerpos ya se han ensamblado y solo les queda seguir apretándose el uno contra la otra hasta explotar en un cúmulo de sensaciones que no solo son físicas.

Cuando los últimos estertores del placer concluyen, Diego percibe algo húmedo junto a su oreja. Extrañado, echa un vistazo y se topa con que Indira, aún jadeante, llora sin darse cuenta.

—Indi —le dice, preocupado—, ¿te he hecho daño? ¿Estás bien?

—Estoy bien —dice ella, consciente de que le resultará muy difícil explicar por qué se le han saltado las lágrimas—, pero no me sueltes, por favor.

—No voy a soltarte, ¿vale?

Es una especie de promesa que Diego comienza a cumplir en ese momento. Se lleva a la chica a la cama y se acuesta junto a ella, abrazándola mientras experimenta una sensación de ternura que no le es del todo conocida. Lo único que tiene claro es que no va a permitir que ella sufra, si él puede evitarlo. Le ha pedido que no la suelte, así que pasará toda la noche a su lado, y todo el día siguiente, si ella se lo pide. Pasará con ella tanto tiempo como sea necesario, con tal de que no vuelva a sentir la necesidad de llorar. Y, si su presencia no es suficiente para que no lo haga, le enjugará las lágrimas y las borrará con besos, hasta que ella olvide el motivo por el que lloraba. Ahora mismo no se le ocurre ningún otro sitio en el que le apetezca estar ni ninguna otra cosa mejor para hacer con su vida de trotamundos.

Capítulo 23

(Time after time, Cindy Lauper)

Es jueves a mediodía cuando suelto la bomba en el grupo.

Hay sitio para una más en la mesa de Les clés?

El miércoles por la noche, sintiéndome como una mierda y sin cenar ni nada (eso de que los desengaños amorosos se curan comiendo helados y chocolate está muy bien en la gran pantalla, pero no cuando se te cierra el estómago y se te obstruye la nariz de tanto llorar), me metí en la cama y me hice un ovillo hasta que, de puro aburrimiento, me quedé dormida sin haber hablado con nadie de lo que había pasado con Erik.

Esta mañana he amanecido entumecida por la postura, con la cabeza a punto de explotar y los ojos en un estado lamentable que no he sido capaz de arreglar ni usando maquillaje en un nivel «puerta de caserío de más de un siglo de antigüedad». Y eso es mucho decir...

Al llegar al trabajo, Gael se me ha quedado mirando, esperando que le diera alguna explicación para mis párpados hinchados y mi careto de pocos amigos.

—No quiero hablar ahora —ha dicho mi voz automática, la que uso cuando

percibo el riesgo de que las lágrimas me dejen en evidencia.

—No te he preguntado nada —ha respondido él, levantando las manos en señal de inocencia.

—Vale —he bufado, de camino a la cocina.

—Vale —he oído que decía él, molesto por mi desagradable comportamiento.

Por supuesto, no se ha atrevido a acercarse otra vez en toda la mañana. No le culpo. Cuando tengo el día torcido se me pone una cara de perro rabioso que no me aguanto ni yo. Y hoy no estoy torcida, estoy revirada como un muelle. Así que me he limitado a cumplir con mi obligación en la cocina (si Laura Esquivel tiene un diez por ciento de razón, no habrá quien se coma lo que he preparado), a montar la barra de pinchos y a regodearme en la limpieza de los fogones, a salvo de miradas curiosas y preguntas indiscretas.

A la hora de salir, sintiéndome culpable por no haber sido capaz de articular más que monosílabos en toda la mañana, le he echado un vistazo al jefe, dispuesta a ofrecerle una sonrisa conciliadora.

—¿Estás más tranquila? —me ha dicho el pobre, temeroso de que volviera a bufarle.

—Sí, lo siento. He pasado mala noche y...

—No hace falta que me lo expliques. En serio, si ya estás mejor...

—Voy a necesitar un poco más de tiempo para estar mejor, la verdad —he reconocido, tanto a él como a mí misma.

—Si en algún momento necesitas desahogarte, ya sabes dónde estamos.

Me ha hecho gracia como ha usado el plural, como si se refiriera a todos los compañeros del bar, cuando es evidente que hablaba de sí mismo. Gael es ese tipo de persona, amable y prudente, que trata de ayudarte sin dar importancia a lo que hace por ti. Igual que cuando me ofreció el trabajo de tal forma que parecía yo la que le hacía un favor. Es difícil ser desagradable con él, se gana la confianza de cualquiera con su manera de comportarse y la pureza de su mirada.

—Gracias, Gael. Te prometo que lo tendré en cuenta.

—Cuídate.

—Vale, hasta mañana.

Después de eso, me he marchado a casa y he reunido el valor para enviar un mensaje a mis amigas, sabiendo todas las preguntas que iba a suscitar. Las respuestas no se han hecho esperar.

Qué ha pasado con el concierto????

No me digas que no puede ir...

Esa es Tecla, la que en este momento tiene sentimientos encontrados de desconcierto por mi plan fallido y alegría ante la perspectiva de que pueda acompañarla en su noche especial.

No, no puede.
Es largo de contar pero resumiendo
ya no vamos a hacer más planes juntos... :-(- :-(-

Contesto con rapidez y ella no se hace esperar.

No me jodas!!!
Qué ha pasado???

Trato de evitar entrar en un remolino de mensajes narrativos, no me siento con fuerzas de revivir lo que ha pasado en caracteres y emoticonos.

Se ha ido todo a la mierda.
Ya os lo explicaré en persona.
¿Puedo ir a cenar o no?

Genoveva entra en la conversación arrasando como un huracán, muy a su estilo.

Que le den
Algo te habrá hecho
Y claro que puedes venir, faltaría más!!!!
Teclis, llamas tú o llamo yo??
Puedo llamar ahora mismo, tengo un rato libre
A qué hora es la reserva?
A qué nombre está?
Mejor llamas tú
Pero si no puedes me lo dices
Y llamo ahora

Me maravilla la velocidad a la que esta mujer es capaz de teclear en la

pantalla de su móvil. Cuando empieza así, no hay quien le meta unas palabras entre línea y línea. Tecla contesta que ella se encarga de la reserva, que no hay problema. Me sorprende que Indira no haya metido baza en todo esto, cuando sé con certeza que ha recibido y leído mis mensajes. Todo cobra sentido poco después, cuando damos la conversación por terminada y mi teléfono empieza a sonar.

—Dime —respondo. Recuerdo sin ninguna añoranza los tiempos en los que tenías que preguntar para saber quién te estaba llamando.

—¿Qué ha pasado?

—Pues eso, que se ha terminado —una cosa es evitar dar explicaciones por *wassap* y otra muy distinta tener a Indi al otro lado, esperando una respuesta. De aquí no hay quien se escape.

—Eso ya lo he leído —dice, paciente—. Pero ¿por qué? ¿Cómo ha sido?

—No sé por dónde empezar. Supongo que tendría que contarte algo que escuché el otro día en el bar para que me comprendieras.

—Pues dímelo.

En pocas palabras, relato la escena que tuvo lugar el día anterior, lo que escuché decir a Patricia y cómo me sentí. No puedo evitar revivir la misma sensación de ahogo y de vergüenza, las ganas de echar a correr y la impotencia por que se me juzgue injustamente. Indira escucha en silencio. Solo de vez en cuando se le escapa alguna interjección, siempre en el momento adecuado de la historia.

—Entonces, ¿se lo dijiste a él? —pregunta, cuando yo dejo de hablar.

—Lo llamé para quedar. Iba a contárselo de la misma forma que te lo he contado a ti.

—Pero...

—Pero entonces vino a casa y, antes de que yo pudiera hacerlo, él dijo que no podía venir conmigo al concierto. Que Susana se había enterado de lo nuestro y que estaba hecha polvo. Además, dijo que me culpaba a mí.

—Bueno, eso es evidente —comenta Indira—. De no ser así, tu compañera no habría ido poniéndote verde ¿no?

—Me hubiera gustado que vieras como hablaba de ella... por primera vez. Nunca, en todo el tiempo que hemos estado juntos, había sido tan empático. Joder... Me repitió mil veces que entre ellos no había nada y, sin embargo, ayer parecía que le daba la razón. No puedo creer que haya sido tan imbécil, Indi. Supongo que eso es lo siguiente que ibas a decirme.

—No voy a decirte eso. ¿Por quién me tomas?

—Pero lo habrás pensado...

—No puedo controlar todos mis pensamientos, pero sí que puedo evitar expresar los que no son adecuados. No voy a hacerte sentir juzgada yo también, ¿vale? Creo que ya tienes bastante mierda encima.

—No sabes cómo te lo agradezco. Creo que levantar cabeza me va a costar más de lo que pensaba.

—Entonces, ¿fue él quien terminó contigo? —me dice, puesto que aún no he terminado de explicárselo todo.

—No exactamente. La verdad es que seguimos hablando y acabé poniéndolo entre la espada y la pared. Le dije que había llegado el momento de elegir entre las dos, que no podía seguir así.

—¿Entre la espada y la pared? —repite Indi, sorprendida—. No creo que esa sea la mejor manera de definir lo que hiciste. ¿No te das cuenta? Lo que

hiciste fue plantarte al comprender que las cosas no eran como él te las había contado. Más bien opino que él te puso en esa situación a ti, y sin que fueras consciente.

—Pero yo...

—No insistas, por ahí sí que no paso. Ese es justo el tipo de lenguaje que yo usaba cuando... Bueno, ya sabes cuando. Justificándolo todo y dando cientos de oportunidades a una persona que no se portaba bien conmigo. Por favor, ¡tú lo viviste! No vayas a caer ahora en una de esas dependencias enfermizas, porque sabes muy bien lo destructivas que son. No hay ninguna posibilidad de que cargues con algo de lo que él tiene la culpa, ¿vale? Métetelo en la cabeza de una vez, no te ha dejado otra opción.

No puedo responder. Estoy digiriendo sus palabras y preguntándome por qué narices habré usado esa expresión. Vuelve a preguntarme si me ha quedado claro y, por fin, le digo que sí, que en el fondo creo que hice justo lo que tenía que hacer.

—Supongo que te eligió a ti —dice Indira, casi en un susurro.

—Dijo que no era capaz de elegir a ninguna —contesto, y mis propias palabras suenan como una rendición en toda regla—. Entonces le dije que ya lo había hecho y, después de eso, le pedí que se fuera.

—Lo siento, amiga. Debes de estar hecha una mierda.

—Sí, eso se acerca bastante a cómo me siento. No puedo evitar pensar en lo último que me dijo antes de marcharse.

—¿Qué?

—Que no pensaba que ese fuera el final y que algún día, dentro de un tiempo, nos volveríamos a encontrar en circunstancias más favorables.

—¿Favorables para quién? —dice Indi, un poco indignada—. ¡Qué cara más dura! Espero que no te hayas dejado engañar otra vez por esa sarta de palabras vacías...

—No, supongo que no. Ni yo sería tan boba, ¿verdad? —Hay un pequeño silencio al otro lado de la línea, seguido por un suspiro de impaciencia.

—Vale, lo siento, no quería decirlo de esa forma. Solo digo que recuerdes, por mucho que duela, que no ha sido sincero contigo y que eso te ha llevado a una situación muy incómoda. Creo que no es exagerado decir que ha agotado tu confianza, es más, la ha tirado por tierra y la ha pisoteado, ¿no?

Tiene razón. Eso es justo lo que Erik ha hecho conmigo. Mis sentimientos por él siguen ahí, en alguna parte, pero me siento tan engañada que supongo que esto ya no tendría remedio de ninguna de las maneras. ¿Y qué si ahora mismo se presentara en mi casa para decirme que ha dejado a Susana? ¿Y qué si me jurara que solo estoy yo y que va a hacer todo lo posible para que estemos juntos? ¿Es que yo le creería? ¿Podría volver a estar con él con la tranquilidad que da la confianza en la otra persona? Me parece que no. Todo eso se ha hecho pedazos y no creo que haya ninguna manera de recomponerlo, por mucho que me duela admitirlo. Nuestra relación ha terminado y nada de lo

que él pueda hacer va a cambiar eso. Al menos, así debería ser, por mi propio bien.

—Así es —admito—. Esto ya no hay quien lo arregle. Oye, Indi —le digo, sin ganas de seguir hablando de Erik—, ¿cómo estás tú? Ya sabes, ¿cómo te va con tu hombre del columpio?

Trato de bromear, pero ninguna de las dos nos reímos. El horno está helado hoy.

—Todo bien —responde. Demasiado breve, no cuadra con su forma de ser habitual.

—¿Solo eso? ¿No vas a contarme nada?

—Mira, puede que no sea un buen momento para hablar de eso. Ya sabes...

—Te va de lujo, ¿no? Y no quieres contármelo porque ayer rompí con Erik, ¿a que sí? Te conozco, eso es lo que te pasa. Admítelo...

—Un poco sí, es eso. Sí que nos va bien, ¿sabes? No hace falta que entremos en detalles empalagosos.

—A mí no me hace sentir mal que las cosas te vayan de lujo, Indi. ¿Por quién me tomas? Me alegro por ti.

—Gracias, estoy contenta.

—¿En serio? —le digo, un poco mosca—. Pues no sueñas contenta. Escúpelos.

—No es nada, en serio. Es que... Bueno, me da un poco de miedo lo rápido que está pasando esto.

—Estás pillada.

—No sé.

—¡Estás pilladísima! —Por un segundo, olvido todos mis problemas y sonrío con ganas. Hacía mucho que no veía a Indira ilusionada con nadie y creo que se merece que las cosas le vayan bien.

—Lo estoy —reconoce, y estoy segura de que, al otro lado, sonrío ella también.

—¿Y él?

—No lo sé.

—¿Cómo que no?

—Me da miedo sacar el tema. Él siempre habla de la libertad y de las ataduras y... Yo qué sé. No quiero precipitarme y que eche a correr.

—Pero ¿estáis bien juntos?

—Mejor de lo que me había imaginado. No pensaba que podría estar tan bien con alguien a quien he conocido hace tan poco. Tiene algo que hace que sea fácil estar con él, como si no pudiera concebir que no formara parte de mi vida, ¿me comprendes?

—Comprendo que estás jodida, Indi —le digo, para luego retroceder—. ¡Es broma! Mira, creo que deberías hablar con él. Sin asustarlo, ya sabes, pero dile que quieres empezar algo y a ver qué pasa. Sé sincera, que ya hay bastantes mentiras por ahí...

—Y que lo digas...

Seguimos charlando apenas unos minutos hasta que una Indira que cada vez me parece más enamorada me dice que sí, que no sabe cómo, pero hablará con Diego acerca de lo que siente por él. Yo me alegro mucho y estoy casi segura de que ese chico no le va a fallar. Siempre he apostado por que estaba interesado en ella a un nivel más profundo y esta es mi oportunidad para que se demuestre que yo tenía razón. Ojalá que sea así, y no otra de mis cagadas habituales.

Capítulo 24

(*Sinmigo*; Mr. Kilombo)

Los días siguientes a la última conversación con Erik los recuerdo como una especie de vacío, tanto fuera como dentro de mí. Sigo levantándome por las mañanas, vistiéndome y yendo a trabajar, pero es como si todo formara parte de una nebulosa en la que me cuesta distinguir dónde está mi cuerpo y dónde mi mente. Tras el éxito del especial del domingo, trato de hacer algo similar para el viernes pero los taquitos de solomillo me quedan tan secos como la mojama y la salsa de nata agria reduce tanto que se hace costra en el fondo de la sartén. Está visto que no estoy centrada en lo que hago, así que dejo de intentar sorprender a la clientela para conformarme con no intoxicarla.

La desilusión y la importancia ante la actitud que él ha mostrado me hacen más daño del que había pensado, hasta que llego a sentirme tan mal que empiezo a comportarme como una adolescente depresiva. El sábado al llegar a casa del trabajo, sin ir más lejos, mi juicio echa a volar y no se me ocurre otra idea que escribirle una carta contándole cómo me siento. Y todo por que me he propuesto no volver a verlo, no sea que me arrepienta de la decisión que sabiamente ha tomado mi parte racional.

Por si alguien dudara de lo que estoy diciendo, aquí mismo adjunto una copia de la trepidante misiva. Puede observarse, si se mira bien, que esta joya

contiene de todo: un adiós, un reproche velado, un propósito de buena fe y, sobre todo, la intención de dejar cerrado un asunto que no podía haber salido peor. El texto es el que sigue:

Hola, Erik:

Te escribo esta carta porque creo que entre nosotros han quedado algunas cosas sin decir. Bueno, esa es la sensación que tengo yo. A lo mejor tú ni siquiera has vuelto a pensar en nosotros, pero de todas formas me voy a arriesgar a soltar todo lo que tengo dentro porque, como no vas a leerlo, da lo mismo.

Quiero decirte que, aunque no lo parezca, yo no me arrepiento de haber dado pasos para estar contigo. No voy a mentirte, no me gusta cómo ha ido, pero sé que yo he sido fiel a la persona que soy y que he hecho, en cada momento, lo que he creído que tenía que hacer. Y por eso no me arrepiento. Yo he puesto mis cartas sobre la mesa y he respondido de mis elecciones, no tengo nada que reprocharme.

He intentado aceptarte tal y como eres pero ha llegado un momento en el que he tenido que plantarme. Tú me gustas mucho, negarlo sería de idiotas, pero hay cosas que una no puede aceptar sin menospreciarse a sí misma. En ese sentido, creo que no te has portado bien conmigo. Sé que no me has hecho promesas ni nada por el estilo, pero pienso que has jugado conmigo y lo has hecho con ventaja. En realidad, creo que has jugado con las dos...

Me cuesta aceptar eso después de haber compartido tantas palabras contigo. No puedo creer que seas el tipo de persona que haría algo así. De verdad, me encantaría poder creer todo lo que me has repetido tantas veces, no dudar de ti y que tuviéramos otra oportunidad. Pero, después de la forma en que te oí hablar de ella el otro día... me temo que eso ya es imposible.

Dices que está sufriendo, que lleváis mucho tiempo juntos y que no se merece que le hagas daño por que tú hayas cambiado. Hasta cierto punto, comprendo eso y lo respeto. Sin embargo, no has sido claro con ninguna de nosotras. Ignoro lo que le habrás contado a ella (no es asunto mío), pero lo que me has dicho a mí no se corresponde con la realidad, ¿no crees?

No es posible que no haya nada entre vosotros y ella reaccione como dices que lo ha hecho. ¿Entiendes que nadie creería eso? Aquí hay algo que no concuerda y cualquiera podría decirme que no hay que ser muy lista para saber lo que es. De hecho, me he dado cuenta de que sí me siento un poco tonta, por haber confiado a ciegas y no darme cuenta de las señales que se veían desde fuera.

Se supone que no eres capaz de elegir entre nosotras, pero la realidad es que eso, en sí, ya es una elección, Erik. No hacer nada y dejar que las cosas sigan como han estado hasta ahora es tu forma de elegir seguir con ella, en lugar de cambiarlo todo y darme una oportunidad a mí. No te lo reprocho (bueno, un poco sí), pero me habría gustado saberlo de antemano. Seguramente, mis elecciones habrían sido distintas de haber sido así.

Pero ya no importa mucho. Solo quiero que sepas, si alguna vez llegas a leer esta carta, que todo lo que he sentido por ti ha sido real. Empecé nuestra relación con muchas ganas, con una idea de ti que ni siquiera te puedes llegar a imaginar. Si de mí dependiera, el futuro sería muy distinto. Pero no está en mis manos. Lo que me ofreces es tan poco que no puedo aceptarlo; tan injusto para

mí como para Susana; tan absurdo que no vale la pena planteárselo. Yo no voy a ser el motivo de la infelicidad ni de la desgracia de nadie (aunque, tengo que decirlo, tú has repetido muchas veces que no lo soy). Que cada cual siga su rumbo, porque está claro que nuestros caminos van en diferentes direcciones.

Con todo y con eso, que sepas que no te deseo nada malo. Aunque solo sea por los momentos felices que hemos pasado juntos (descuida, no se me olvida que los ha habido), espero que seas capaz de buscar el norte y que tus elecciones te lleven adonde quieres estar. Yo estoy tratando de que las mías me lleven a mí, y también estoy intentando hacer lo correcto y lo más sensato.

No sé si este es el final de nuestra historia (tú dijiste que no lo era), pero aquí es donde termina este tiempo que hemos compartido. No puedo permitirme esperar a alguien que no está seguro de apostar por mí, eso le hace daño a mi alma. Así que supongo que esto es una despedida en condiciones. No hay mucho más que decir, salvo que me habría gustado que las cosas fueran diferentes contigo, Erik. Hay algo en ti que tira de mi cuerpo y a lo que me cuesta mucho resistirme, algo que nunca había encontrado en otra persona. Es una pena que esa atracción no haya sido lo suficientemente fuerte como para hacer que todo lo demás dejara de importar...

Vuelvo a desearte que todo te vaya bien porque, aunque te cueste creerlo, me gustaría pensar que te quiero lo suficiente como para aceptar que seas feliz, aunque no sea conmigo. ¿Un abrazo? Un beso está fuera de lugar, ¿no? En fin, que... Adiós, Erik.

Y todo esto en el *word* que llevo en el *smartphone*, mientras un café se va enfriando en la taza, sobre la mesita de la sala. Desde luego, no necesito comentarios al respecto. Esta carta es un punto de inflexión en mi vertiginoso descenso a los infiernos. Una vez que la escribo y vacío en ella toda la inquietud que no me deja continuar, vuelvo a leerla y me doy cuenta de lo mal que estoy enfocando el asunto.

Me estoy dejando llevar a un nivel que no me puedo permitir. No es como si hubiera perdido al hombre de mi vida (si es que eso existe, que empiezo a dudarlo). Está claro que Erik me ha calado hondo y que el hecho de no volver a verlo no significa que no vaya a pensar más en él, pero la nuestra ha sido una relación demasiado breve como para dejarme hundir por el fracaso. Claro que esto es más fácil de decir que de hacer, porque a la hora de la verdad, ¿quién manda con puño de hierro en sus sentimientos?

Para dar comienzo a mi plan de reconversión personal, por la noche salgo a cenar con mis amigas en ese carísimo restaurante que, amablemente, ha aceptado incluir a una persona más en la reserva de Tecla. Faltaría más, con lo

que nos van a cobrar...

Prepararse para una cena de reconversión es todo un proceso que, en otras circunstancias, seguramente me habría saltado. No soy de las que se pasan horas dedicándose a mimarse pero, esta vez, creo que debo intentarlo. Así que comienzo un protocolo de reconstitución que, básicamente, se fundamenta en dedicarle mucha atención a mi pelo (ya no tengo tiempo de arreglar el desastre de las puntas, pero algo podré hacer a base de mascarilla), hacerme una limpieza de cutis casera, sacudir el polvo acumulado sobre mi neceser de chapa y pintura y, como cumbre de toda esta locura, encontrar en el armario algo con lo que no desentone. Casi me siento impelida a no intentarlo, teniendo en cuenta que voy a sentarme con Indira (intentarlo es fracasar). Pero esta noche me siento misericordiosa conmigo misma: ¿no somos todas, a nuestra manera, mujeres hermosas por dentro y por fuera?

La sesión de estética se salda con una melena brillante y bien lisa, un maquillaje por el que me felicito mentalmente, un vestido negro (¿qué esperabais?) con escote profundo y un par de tacones de escándalo, para dar la talla literal y metafóricamente. No voy a poder pedir postre, desde luego, pero al mirarme en el espejo, antes de salir, me convengo de que merecerá la pena sacrificarse.

Y así me voy, a disfrutar de una velada maravillosa con las tres mujeres más increíbles que nunca he conocido. Sobra decir que todo lo que nos sirven en *Les Cles* está de muerte, por supuesto. Incluso el postre, que gracias a las ínfimas raciones que está de moda servir, he podido degustar con fruición y satisfacción de mis apetitos digestivos.

Después de cenar, salimos de allí dispuestas a regar los treinta años de Tecla con unas cuantas copas. Es lo que hacemos siempre, salvo que esta noche hay una promesa implícita de traspasar las fronteras de la cordura cabalgando sobre corceles etílicos. Que nos vamos a poner ciegas, vaya...

Y ¿qué pasa cuando cuatro amigas salen de noche dispuestas a perder la cuenta de los tragos que se toman? Pues lo que tiene que pasar: que hacen cosas de las que, muy probablemente, se van a arrepentir por la mañana.

Cuando ya estoy en un nivel en el que me cuesta mantener los ojos enfocados, se me ocurre la brillante idea de enseñar a las chicas la carta que he escrito para Erik. No soy capaz de leerla en voz alta, así que les paso el teléfono de una en una para que la lean. Bendita amistad, que ninguna se niega, pese a que no es ni por asomo el momento ni el lugar para hacerlo.

Indira no dice nada. La lee por encima y la pasa a la siguiente. Ya hemos hablado de este tema y comprende bien cómo me siento, así que no necesito que me diga nada más. Tecla se apoya en el hombro de Geno y, juntas, van leyendo mis desvaríos, haciendo diversos gestos que van desde la comprensión al apoyo incondicional. Al terminar, Tecla se viene arriba y se

hace con el teléfono. Trastea durante unos segundos y luego me lo devuelve, ufana.

—¿La has borrado? —le pregunto, arrastrando las sílabas por efecto del alcohol.

—Mucho mejor que eso —responde, en el mismo estado de embriaguez—. Se la he mandado.

—¿A quién? —Mi respuesta es fruto de la enajenación, por supuesto. ¿A quién va a ser?

—A Erik. ¡Que se entere de todo lo que piensas!

Estoy a punto de estallar en un ataque de furia contra Tecla cuando ella sufre uno de risa incontenible y contagiosa que nos lleva a todas por delante. Hasta las lágrimas se saltan de nuestros ojos, mientras nos agarramos unas a otras de los brazos para no terminar por los suelos. Ay... Mañana esto va a escocer, y mucho. Pero, por ahora, no quiero pensarlo. Me limito a seguir disfrutando de una noche en la que los recuerdos de Erik se van haciendo cada vez más pequeñitos. Creo que me lo merezco, porque no quiero seguir sintiendo que estoy mendigando amores a quien no puede dármelos.

Temprano, con el sol ya despuntando sobre las cornisas de los edificios de la ciudad, un taxi me deja en la puerta de casa. Como un vampiro asustado, me precipito hasta el portal antes de que nadie pueda ver los estragos que la fiesta ha causado en mí. Llevo los tacones en la mano, ha sido imposible volver a meter ahí los pies después de habérmelos quitado. Subo las escaleras a tientas y, al entrar en casa, lo primero que hago es desnudarme y lavarme la cara (o sea, deshacerme de la máscara de Harley Quinn). Enseguida me enfundo una vieja camiseta de algodón y me lanzo en picado a la cama, porque no me tengo ni un minuto más en pie. Caigo boca abajo cuan larga soy y siento aproximarse las brumas del sueño. En ese preciso momento, un mensaje suena en mi teléfono, que se ha quedado en el suelo, junto al vestido y los zapatos.

Me levanto sin pensar, como una sonámbula. Lo desbloqueo y me fijo en las letras que aparecen en la pantalla. Tardo un poco en comprender.

No se que decir
que gracias por sentir eso por mí

¿Gracias? ¿Eso es todo lo que se le ocurre decir después de haber leído mis sentimientos vaciados en una carta? ¿Gracias?

¡Venga ya! Esto es la gota que colma el vaso. Nunca pensé enviársela, de verdad. Pero, en caso de haberlo hecho, o si me hubiera decidido a llamarlo para decirle en persona todas esas cosas, jamás hubiera imaginado que su respuesta sería un escueto «gracias». No sé qué hubiera querido escuchar (vale, sí lo sé, pero hasta yo soy consciente de que las historias reales no terminan como *Pretty Woman*), pero no era eso en absoluto. Me siento, una vez más, decepcionada con el hombre en el que tantas ilusiones había depositado.

Genial. Eso duele, pero hará que sea más fácil pasar página y no volver a pensar en él.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, Indira también se está bajando de un taxi que la ha llevado hasta la casa de Diego, con quien desea tener una conversación que, por lo visto, no puede esperar. Ella, que siempre ha llevado mejor las borracheras, usa su truco de hablar en voz baja y despacio para que no se note que no está en pleno uso de sus facultades. Sí que se nota, claro, pero al menos consigue que no seas capaz de precisar cuán grande es su cogorza.

Llama al portero automático y Diego responde, de mal humor por haber sido arrancado del sueño.

—Soy yo. ¿Puedo subir?

Sin responder, Diego abre la puerta y ella entra, caminando tan despacio como ha hablado. Al llegar arriba, él la está esperando, despeinado y sexy con su pantalón de pijama.

—¿Qué ha pasado? —le dice, sustituyendo el enfado con una creciente preocupación—. ¿Estás bien? ¿No habrás tenido algún problema con...?

—Estoy bien —se apresura a responder ella, dejando patente la cantidad de copas que sus riñones van a tener que filtrar—. Solo necesitaba... Tenemos que hablar.

No es así como quería que esta conversación sucediera, y empieza a arrepentirse de haber tomado la decisión de ir a ver a Diego sin sopesar las consecuencias. Él, por su parte, se mantiene serio mientras evalúa el estado general de Indira. Es evidente que ha bebido mucho, así que no puede predecir cuál es su verdadero estado de ánimo. En consecuencia, no sabe lo que va a decirle, pero «tenemos que hablar» no suele presagiar nada bueno.

—¿Es...? Bueno, ya sabes. ¿Quieres... dejar de verme?

Ella se extraña de que él haya llegado a esa conclusión. Pero entonces se ve a sí misma como si mirara desde fuera: vestida igual que cuando salió de casa (casi doce horas antes), despeinada y bebida, por no hablar del desastre que será su rímel en ese momento. Y se apresura a sacar a Diego de su error.

—No, claro que no. Eso no es lo que...

—Entonces no es tan urgente —la interrumpe él, relajándose visiblemente—. Tenemos tiempo de sobra para hablar de lo que quieras, ¿vale? —sigue diciendo, mientras la rodea con un brazo y la va llevando hacia el dormitorio—. Vamos a la cama Indi, me acosté tarde y necesito descansar. Ya solucionaremos lo que sea te preocupe, ¿vale?

Y con esa sencilla forma del plural, Diego se gana definitivamente un hueco en el corazón de Indira, que ha empezado a creer que, por una vez, puede que

el amor no sea tan cabrón como le ha parecido hasta ahora.

Epílogo

(No me llames Dolores, llámame Lola; Pastora Soler)

Han pasado algunas semanas desde que la relación con Erik terminó. Al principio fue duro: la desilusión y el fracaso de algo en lo que has puesto tantas expectativas emocionales amenazaban con convertirme en una versión de mi misma despeinada y con ropa cómoda (espero que se entienda el riesgo que conlleva en este contexto la palabra «cómoda»). Pero, por suerte o por desgracia, siempre he sido terca como una mula y creo firmemente que en la vida hay que seguir adelante, porque solo hay una circunstancia que pone fin a todo sin remedio.

Por eso llegó un momento en el que decidí que no iba a permitir que nadie me hundiera en la miseria, que iba a salir a flote y que (aquí me vine arriba y fui demasiado optimista) todo lo sucedido me iba a fortalecer, como una inesperada lección para ser más feliz en el futuro. Porque no quería ir por la vida dando pena, ese no es mi estilo.

Bueno, la realidad es que no estoy segura de ser más feliz en absoluto, lo reconozco. Ni siquiera sé si mi afán por que algo bueno saliera de esa experiencia se puede considerar normal o raya los límites de la obsesión. Muy en el fondo, siento como si hubiera perdido la capacidad para confiar en

los demás y como si esa nueva característica de mi personalidad no pudiera ser modificada ni borrada, ni siquiera con el tiempo. Aquello que te sucede, da igual cuánta parte tomes tú en su desarrollo, te va cambiando y convirtiéndote en una nueva versión de ti misma. Después de unos años, ya es imposible volver atrás, no hay *reset* para empezar de cero.

Supongo que no me queda más remedio que asumir que, quien sea que aparezca después de Erik, tendrá que aceptarme tal y como soy ahora, desconfiada y un poco escéptica. No es algo que me preocupe demasiado porque, si he de ser sincera, no estoy buscando otra relación con la que solapar la anterior. Quizás haya momentos en la vida en los que una tiene que aprender a estar sola, a conocerse mejor y a aceptar quién es. No voy a hacer un drama de eso.

La baja de Inés sigue alargándose. No sé cuantos pequeños huesecillos del pie se le rompieron aquella fatídica mañana, pero el caso es que, entre una cosa y otra, todavía no he encontrado el momento de buscar otro trabajo y su desgracia se ha convertido en un curso completo de cocina para mí, que estoy encantada de seguir formando parte del equipo de Gael. Incluso logré idear algo especial para los sábados, animada por el jefe, a quien las pequeñas hamburguesas de pollo le parecieron tan deliciosas como a la buena de Lara. Ella, por cierto, ha encontrado a alguien especial y parece que todo les va bien, aunque todavía no sabemos quién es ni qué aspecto tiene. El caso es que ahora, los sábados por la mañana, preparo un milhojas de patata con finas láminas de *foie* y aceite aromático que me han hecho salir de la cocina alguna vez para recibir los elogios de quienes los han probado.

Una semana como otra cualquiera Gael decide dar una de sus fiestas a última hora: un amigo pinchando jazz (no, no es el mismo al que Tecla evita desde que pasaron la noche juntos), algo para picar y la barra llena de clientes. Como no tengo nada mejor que hacer, me paso un rato a tomar algo con mis compañeros. Patricia sigue siendo desagradable conmigo (no sé si solo es por lo de Erik o hay algo más) pero ya he aprendido a pasar de ella. No sé qué mosca le habrá picado pero ya ha pasado tiempo de sobra y me ha visto lo bastante devastada como para dejar de mirarme con cara de hechicera vudú cada vez que coincidimos.

La sesión es tranquila y fuera lleva toda la tarde lloviendo. Cuando termina, la gente empieza a marcharse poco a poco hasta que, por fin, Gael puede echar la persiana. No sé qué pasa hoy, quizá sea la lluvia, pero me siento especialmente melancólica y no tengo ganas de volver a casa. Por eso decido quedarme un rato más, a refugiarme en un trabajo que haré sin esperanza de que se me remunere.

—Te ayudo con esto —le digo a mi jefe, mientras entro al otro lado de la barra y me pongo a fregar copas como si estuviera en mi casa.

—No hace falta —responde él, amable como siempre—. Me las arreglo solo, no te molestes.

—No es molestia, Gael...

Sin pretenderlo, mi voz ha sonado lastimera. Odio dar pena, es algo que no soporto por lo que provoca en los demás y la manera diferente en que te tratan cuando lo haces. Pero supongo que no he podido evitarlo: me siento sola.

Gael se acerca a mí y comienza a secar con un paño limpio las copas que yo voy aclarando. En un momento dado, nuestras manos coinciden en un mismo espacio y se rozan apenas. Tengo la sensación de que el contacto ha durado más de lo que marca la casualidad pero, cuando vuelvo la cabeza, descubro que Gael ni siquiera me está mirando. Solo sigue secando copas y

colocándolas en su lugar, en una estantería baja al fondo de la barra.

Cuando terminamos con eso, me pongo a barrer el suelo. Siento su mirada de desconcierto pero, con la prudencia que lo caracteriza, no me dice nada. Al terminar, hecho un vistazo alrededor y compruebo con cierta extraña desolación que ya no queda nada más por hacer. Recojo la escoba y me planto junto a la barra, abrazando mi abrigo y tratando de retrasar el inevitable momento de marcharme a casa. Gael entra un momento en el reservado, en busca de su abrigo, y yo mientras tanto apoyo el trasero en uno de los taburetes metálicos que se alinean como brillantes soldaditos negros. Segundos después, él vuelve a salir y camina hacia mi con calma, como si no fuera la hora que es ni llevara trabajando todo el día.

—¿Un mal día? —pregunta, haciendo un esfuerzo consciente para invadir lo que él considera mi parcela privada.

—No ha sido el mejor —le digo yo—, pero tampoco el peor. Solo otro más.

—Pero, estás triste, ¿no? Últimamente sueles estarlo.

—No tiene importancia, en serio. Algún día me levantaré de la cama y lo veré todo de color de rosa, seguro.

Trato de infundir convicción a mis palabras porque, como ya he dicho, no me gusta nada que me compadezcan. Además, puede que sea verdad, puede que la melancolía se acabe aburriendo de acompañarme y de pronto, sin esperarlo, recupere el humor y vuelva a ser el alma de la fiesta (al fin y al cabo, soñar es gratis, ¿no?).

Él sopesa lo que digo, con la vista perdida por encima de mi hombro. Parece que no sabe qué decir o que está eligiéndolo con mucho cuidado. Entonces, cuando menos lo espero, sus ojos azules e incomparables se clavan en los míos, haciendo que me estremezca sin saber muy bien por qué. Su mirada, de tan intensa, aterradora, atraviesa mis barreras y, dulce como una caricia, roza mi alma durante un segundo largo, tal y como sus dedos han rozado los míos hace apenas unos minutos.

—Algún día, Lola, —dice, en un susurro que casi tengo que esforzarme por escuchar—, me gustaría besarte.

Y es una declaración de intenciones tan transparente y carente de subterfugio que me pilla desprevenida, me deja sin saber cómo contestar.

—¿Te parece bien? —pregunta entonces, para romper el silencio de mi mutismo.

Atrapada en la profundidad de sus ojos, asustada y con una creciente sensación en mi interior que no logro ubicar en ninguna categoría, asiento con la cabeza y me quedo esperando que sus palabras tomen forma de realidad, a

ver qué pasa.

Y entonces me besa, de una forma imprevista, sorprendente y muy distinta a los últimos besos que aún viven en mi memoria. Pero me gusta, esa es la verdad. Me gusta y cuando nuestro beso termina y volvemos a mirarnos...

En fin, eso es otra historia y va a llevarme un tiempo ser capaz de ordenarla en este caos que tengo por cabeza. No obstante, cuando lo haga, serás la primera a quien se la cuente.

[1] Nota de la autora. Llevaba tiempo queriendo hacer este chiste que, a menos que seas una apasionada de la literatura española, no te va a hacer ni la más mínima gracia (y puede que tampoco entonces). En cualquier caso, ahí lo dejo, por fin.